LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 5 DE JULIO DE 1886 — NUM. 236

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Desde Roma* (conclusión), por don A. Fernández Merino.—*Las custodias clásicas de nuestras iglesias* (1), por don F. Giner de los Ríos.—*La viña del Señor* (continuación), por don Pedro María Barrera.—*Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*A merced de las olas*, cuadro de M. Renouf.—*La catedral de Colonia.*—*Magdalena*, cuadro de Pedro de Rotari.—*Un apunte*, de J. M. Marqués.—*Aspasia*, escultura de Ernesto Herter.—*Luis II, rey de Baviera*, † el 13 de junio de 1886.—*Oton I, rey de Baviera.*—*Leopoldo*, príncipe regente de Baviera.—*El doctor Gudden*, † el 13 de junio de 1886.—*Bincungán, aldea de moros.*—*Aldea mandaya.*

NUESTROS GRABADOS

Á MERCED DE LAS OLAS, cuadro de M. Renouf

La idea del náufrago que disputa á la voracidad de las olas una existencia cada momento más amenazada, es siempre conmovedora y dramática. Esto explica porqué ha inspirado tantas obras de arte, y continuará inspirándolas, mientras el artista busque, como es natural, asuntos que interesen al sentimiento público.

El autor del cuadro que hoy publicamos acudió ya á ese sentimiento cuando expuso su inmenso lienzo *Los náufragos*, en el cual describió la prolongada agonía de los tripulantes de una lancha, perdidos en un mar proceloso. Seguro de sí mismo y de la bondad del argumento, Renouf ha pintado últimamente lo que pudiéramos llamar un detalle; y con tanto acierto lo ha verificado que difícilmente cabe excitar con mayor poder el sentimiento del espectador.

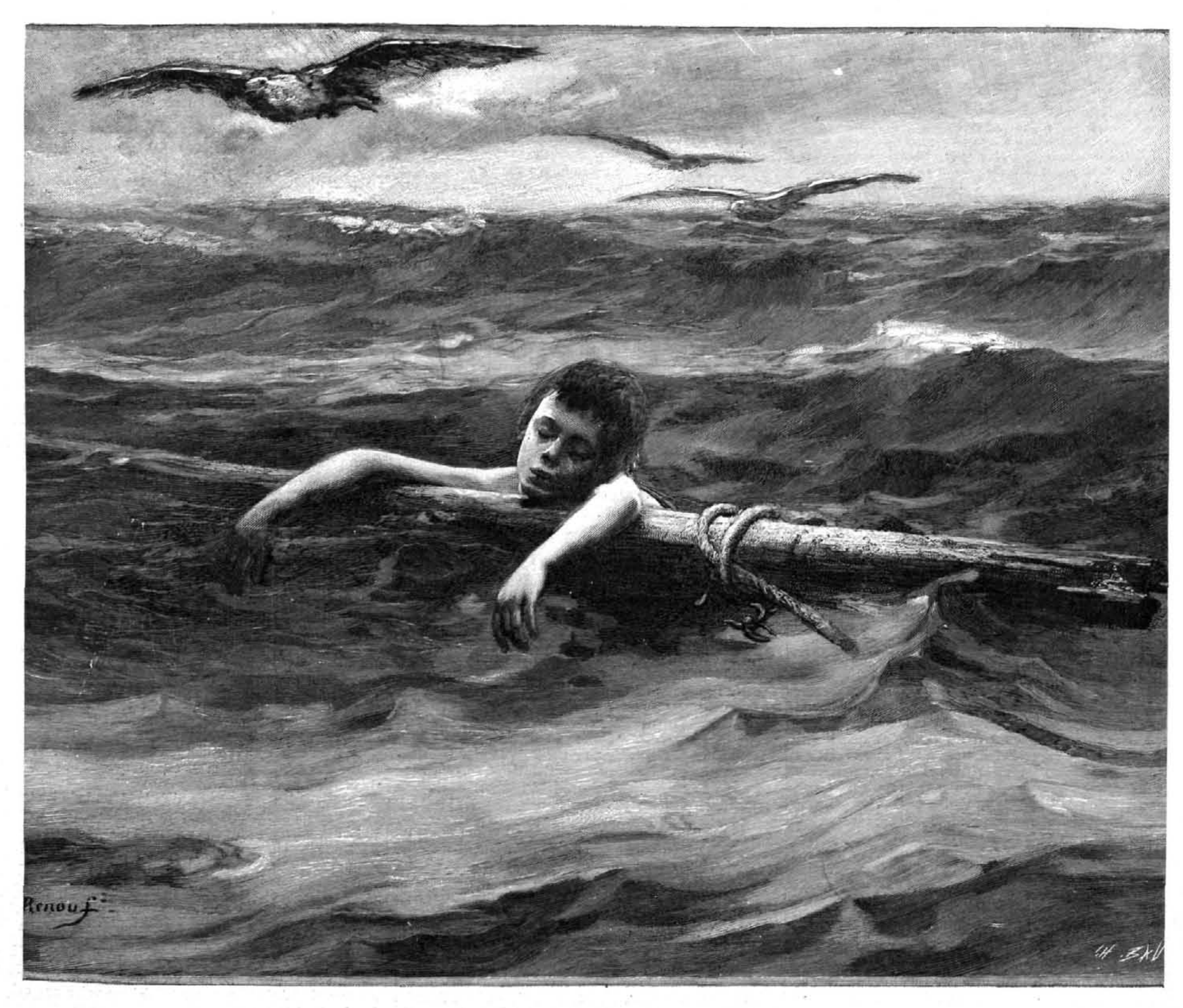
Si un náufrago es siempre interesante, mucho más ha de serlo ese pobre niño, arrancado sin duda por las olas á los brazos de su madre desesperada, y pendiente su vida de ese leño que la casualidad le ha deparado con la maligna intención de prolongar sus tormentos. Mas ya el pobre niño ha cesado de padecer: el instinto de conservación, mejor que la conciencia del hecho, lo tiene débilmente unido á ese pedazo de mástil: fáltanle las fuerzas, ha cerrado los ojos como el reo de muerte al descubrir el cadalso, y dentro de un instante...

Dentro de un instante todo habrá concluido; el cuerpo se hundirá en el abismo, y las olas, rodando con su implacable monotonía, borrarán el epitafio de ese sepulcro, imposible de colmar, que se llama el Océano.

Dada esta inspiración, dado este asunto, dígase si es posible ejecutarlo con mayor verdad y con mayor sobriedad de medios de los empleados por Renouf para llamar la atención hacia ese débil ser abandonado á merced de las olas.

LA CATEDRAL DE COLONIA

Por la grandiosidad del proyecto, por la elegancia y armonía de



Á MERCED DE LAS OLAS, cuadro de M. Renouf

sus líneas, por las bien estudiadas proporciones de sus diversas partes, por lo imponente de su conjunto y por la riqueza de sus detalles, la Catedral de Colonia debe considerarse la más importante y bien acabada construcción del arte gótico. Ante una obra de tanto aliento, el hombre se sentiría muy pequeño, si al fin y al cabo esa gran maravilla ojival no fuese obra de los hombres.

Concibió esta portentosa catedral el maestro Gerardo de Ryre y se colocó su primera piedra el día 14 de agosto de 1248. Sus torres, digno remate del edificio, tienen la elevación de 156 metros: no las hay más altas en Europa. Nuestro grabado representa una sección de la fachada principal tomada por su base. Ella basta para formarse idea de la riqueza del monumento: las esculturas que la adornan profusamente, sin que por esto se resienta su severidad, son del siglo XV y las ejecutó probablemente Conrado Cuyor.

El interior del templo en nada desmerece de su aspecto exterior. A la hora del crepúsculo vespertino, cuando las inmensas naves se hallan apenas alumbradas por la dudosa luz que penetra por los ventanales acristalados de colores, cuando el paso del *touriste* resuena bajo aquellas bóvedas que se elevan á más de sesenta metros, la imaginación tiende el vuelo en alas del sentimiento cristiano y se le figura que una legión de prelados, de príncipes y de artistas han abandonado sus sepulcros para ser testigos del asombro que causa su obra á los hombres del siglo XIX, á los hombres que han construido el istmo de Suez y perforado el San Gotardo; pero que han quedado muy rezagados en arquitectura cristiana, porque no tienen, ni en Dios ni en el arte, la fe que levantaba catedrales como la de Colonia.

MAGDALENA, cuadro de Pedro de Rotari

El autor de este lienzo es uno de aquellos pocos hombres que, cuando más extremadas eran las exageraciones de la rancia nobleza, ó sea á mediados del siglo XVIII, no creyeron incompatibles los laureles del artista con los blasones del aristócrata. Conde de Rotari le llaman los biógrafos y en la corte de Rusia encontró acogida digna de su cuna y de su talento. El Museo de Dresde, empero, es el que posee los más bellos cuadros de este pintor, incluso el que hoy publicamos. Por él se echa de ver que Rotari cultivó la buena escuela italiana. Su *Magdalena* es bella y no carece de sentimiento; pero en rigor ni su belleza es la de la penitente del desierto, ni su pena es la de la mujer arrepentida y sublimada por un amor tan intenso como inmaterial. Ello, sin embargo, no desmerece la importancia del autor y su obra es digna de figurar entre las valiosas reproducciones que valen á un artista el derecho de ocupar un sitio en la historia formal del arte.

UN APUNTE, de J. M. Marqués

A la vista de este dibujo sólo nos cabe decir que si su autor apunta siempre de la misma manera, muy á menudo dará en el blanco.

ASPASIA, escultura de Ernesto Herter

El autor de esa preciosa estatua suele inspirarse en los personajes de la antigüedad clásica. Su *Aquiles moribundo* y su *Patricia romana* le dieron justa reputación, á la cual ha puesto el sello con *Aspasia*, la célebre cortesana griega, la amante de Alcibiades, la oradora elocuente y disoluta, que debiendo estar en el vergonzoso gineceo, compartió legalmente el tálamo de aquel supremo magistrado que dió nombre á su siglo, el siglo de Pericles.

Herter ha dado en esta obra una prueba ostensible de que ha hecho un profundo estudio de la estatuaria griega, en la cual se traduce el carácter de ese pueblo, más que otro alguno adorador de la forma. La *Aspasia* de nuestro escultor es bella en todas sus partes y mereciera la calificación de correcta aun después de acostumbrada la vista á las estatuas de Fidias.

EL DRAMA BÁVARO

La reciente catástrofe que ha puesto fin á la vida de Luis II rey de Baviera, ha servido de epílogo á una existencia llena de insensatos desvaríos que tanta notoriedad dieron al desgraciado monarca. Juzgamos inútil describir el modo cómo el rey Luis y su médico Gudden han encontrado la muerte en las tranquilas aguas del lago de Starnberger, pues nuestros lectores deben conocerlo por los muchos detalles con que lo ha descrito la prensa de todos los países, y nos limitamos á publicar los retratos de los dos protagonistas de este drama, así como el del actual rey Oton I, heredero nominal del trono bávaro, desgraciadamente tan falto de juicio como su difunto hermano, y el del príncipe Leopoldo, que por esta causa ha debido empuñar las riendas de la regencia en nombre de su sobrino.

DESDE ROMA

EXPOSICIÓN EN LA ACADEMIA DE ESPAÑA

(Conclusión)

Por esta vez ha ocurrido lo que, según cuentan, hace mucho tiempo que no sucedía: las obras de los pensionados de escultura son superiores á las presentadas por los de pintura. Unos y otros han llevado á la actual exposición sus envíos correspondientes á los dos años que llevan pensionados y gracias á esto aumenta la importancia del concurso celebrado en estos días. Bansells, Barrón y Querol son los campeones que mantienen allí el arte caracterizado por Praxiteles y Fidias, y justo es confesar que si el primer impulso en pro de la excelsa causa no es muy fuerte, tiene grandísima intención y está perfectamente dirigido al fin que se han propuesto.

El orden alfabético que hemos establecido para estudiar las obras que han presentado, tiene en esta ocasión la ventaja de que nos lleva á tratar primero del pensionado de mérito señor Bansells, obligado en su primer año á presentar un bajo relieve. Esta declaración nos hace lamentar de nuevo el estúpido rigorismo del Reglamento á que está sujeta la mal llamada Academia de España en Roma. Pensándolo bien, ocurre con ésta lo contrario que con todas las demás que existen en España: aquí por condiciones especiales que enumeraremos en su día, vienen los artistas á momificarse por algún tiempo; allí llegan momificados ya; aquí vienen á sufrir desengaños, cuando sonríen ilusiones; allí se despiertan vanidades cuando el corazón está seco y tan extraño contraste hace pensar en la verdad de aquel loco que afirmaba estaban en los manicomios los francos, pues los disimulados conseguían gozar de libertad.

Hará V. una estatua, dice el Reglamento, tal vez cuando el joven artista sueña con las tenues líneas de un bajo relieve y le ordena hacer uno de estos cuando seducido por el Apolo del Belvedere ó por la Venus capitolina, anhela llegar á la realización de una obra bella desde todos puntos de vista. Si en la realización de una estatua hubiera menos dificultades que en las de un bajo relieve ó vice-versa, comprenderíamos aún que el Reglamento estableciera éste ó aquél orden; pero, ¿quién es el maestro que ha definido esto? Mirados con los ojos del alma los bajo relieves del Partenón, ¿pueden compararse en dificultades con alguna estatua? ¿Es más fácil realizar la Venus de Milo, que cualquiera de los grandes bajos relieves que pueden admirarse?

Tal vez se nos diga que la exigencia del bajo relieve es principalmente para probar lo que el artista vale en composición; mas para esto es preferible el grupo, obra á la que naturalmente se inclinan los artistas de verdad y que es, digámoslo así, el cuadro en escultura. Volvemos á decirlo, el Reglamento exigía y Bansells tuvo que hacer un bajo relieve y como si la imposición fuera escasa aún, hasta le determinó el género, prescribiéndole que el asunto lo debía tomar de la Historia Sagrada. Estas exigencias son aventuradas, pues de la Biblia pueden tomarse escenas nada edificantes que el Gobierno rechazaría después, faltándose á sí mismo: con arreglo al reglamento un pensionado de escultura puede inspirarse en los infundados temores que asaltan á las hijas de Loth ó puede representar alguna escena de la vida íntima del Santo y Sabio Salomón, ó queriendo justificar la cólera celeste, presentar interiores de Sodoma ó Gomorra antes de su destrucción ó la tremenda escena á que debió su salvación el Levita de Efraim, y juzguen nuestros lectores lo que resultaría de la obra del pensionado inspirándose en la Sagrada Escritura, para lo que sin duda y aunque fuera sólo como sobre ascuas, tendría que pasar por el Cantar de los Cantares. Pero detalles son estos en que no se fijó sin duda la inteligencia suprema que redactó la ley interna de aquel cuartel-convento: debió atender sólo al mérito incalculable que adquiría el Estado pensionando á quien le probó merecerlo justamente y no vió que le colocaba en la situación del infeliz sobrino á quien su rico tío le comprara frac con que asistir á suntuosos bailes; pero que no presentara al joven en parte alguna y lo tuviera trabajando todo el dia.

El señor Bansells, que no es nuevo en el arte, escogió para asunto de su obra más que una escena, más que un momento indivisible, un drama tiernísimo, una serie sucesiva de impresiones que se reflejan plácida y dulcemente en el ánimo del espectador. La vida del precursor de Cristo, los actos, la muerte de aquel que con las aguas del histórico río que enriquece el lago de Tiberiades, determinó al redentor del linaje humano, ha servido de inspiración á distinguidísimos artistas cuyas obras son conocidas de todos, pero hasta ahora la pintura era la que había encontrado más campo para producir, inspirándose en la vida del Bautista: Ghirlandajo y Andrea del Sarto la explotaron casi por completo y de una manera admirable, dejando obras de eterna fama en los claustros de Santa María Novella y en la Hermandad de lo Scalzo, é incidentes aislados y presentaciones diversas han servido á muchos más para lucir méritos inolvidables. La escultura no se había ejercitado tanto en los asuntos señalados; salvo alguna que otra escena convencional, hecha más para adorno de iglesia que como obra de arte y alguna cabeza separada simulando la que, sobre repujado plato, fué presentada á Herodías, no recordamos obra alguna digna de particular mención. Bansells ha hecho una de la que se debe sentir orgulloso; tal vez en su ejecución no esté de acuerdo con las imposiciones modernas del arte, pero guarda intactas las venerandas tradiciones y la acusación de académico que no puede estremársele en modo alguno, es un elemento que hace bien á su producción por las condiciones particulares de la misma.

Titular la obra de este pensionado de mérito *La Degollación de San Juan Bautista* no nos parece propio: el Bautistá ha sido degollado ya y sus discípulos se aprestan á darle sepultura; mas antes contemplan el inanimado cuerpo con religioso recogimiento, expresión en la que el artista ha sabido encontrar efectos que colocan su nombre muy alto. El cuerpo del Santo es tal vez demasiado rígido; la anatomía en el cuerpo muerto no resulta bien estudiada, mas en cambio la figura del discípulo que besa la mano de su maestro, sacrificado á temores de la que más tarde tuvo que seguir en el destierro á Herodes Antipas, complaciente juez en injusta causa, es muy notable. Perfectamente estudiada la composición, armoniosa de líneas en el conjunto y en sus detalles, llamaría justamente la atención. Aun posee un mérito más, muy digno de tenerse en cuenta: la escena presentada por el artista se halla tan bien sentida que no resultando arcaica en modo alguno, tiene carácter de época; hay en ella una suavidad de líneas tan grande, que resulta, siendo perfecto de proporciones, una creación artística de los primeros siglos; está impregnada del sentimiento cristiano más puro, y contemplándola se recuerdan sin querer las catacumbas y los primeros mártires, las escenas de caridad llevadas á cabo por aquellos que á costa de su existencia, querían probar eran hermanos en la vida y en la muerte.

El *Acta martyrum* resulta puesto á contribución este año por los pensionados del cuartel-convento que el Gobierno español tiene aquí, para que haga el papel de Academia de Bellas Artes. Después de San Juan Bautista, Santa Eulalia. La confesión de la exaltada cristiana ante el pretor Daciano, ha servido á Barrón para asunto de su bajo relieve, esto es, para asunto de su *alto* relieve, que es lo que por ejecución resulta. Desde luego se advierte una cosa que salta á la vista y es que el autor no ha sentido el asunto como su compañero de quien hemos hablado. La composición resulta perfectamente estudiada, siendo sin duda de esto de lo que peca: Barrón no ha podido perder aún sus hábitos de escuela y es una verdadera lástima, pues tiene como escultor recomendabilísimas condiciones, que aparecen dominadas por hábitos académicos, que si pasaron en un tiempo, no pasan ya en nuestros días. Consideradas separadamente, las figuras de la obra son dignas de alabanza, mas dentro del cuadro revelan inexperiencia ó afán de conseguir efectos á los que puede llegarse por más legítimo camino: el artista lo sabe perfectamente, pero no ha querido probarlo, antes bien hace como que no lo sabe y de aquí los defectos que se le pueden señalar. Para conseguir una obra notable no eran necesarias tantas figuras como resultan aglomeradas allí y que sobran ciertamente: aquel lictor que apoyado en sus haces escucha como si formara parte del tribunal, no estaría con tanta confianza si respirara Daciano, y la vestal que cuida del fuego y el sacerdote de luenga barba, son personajes que huelgan allí; los pretores romanos no estaban asistidos por personajes religiosos como en la Edad media ocurría con los fanatizados jueces. Nerón, Domiciano, Adriano y Decio lo que exigían era que no fueran cristianos y que sacrificaran á los dioses sin decir á cuáles; de aquí que estén de más personajes en la composición y que se revele un sensible defecto. La figura más sentida es sin duda la de la santa; el artista, libre de sugestiones, inspirándose en los grandes ideales cristianos y sintiendo verdadero entusiasmo por aquella atrevida joven, ha puesto su alma en ella y resulta en actitud calmada, mas la expresión de aquel rostro es bastante para hacerla comprender valerosa y entusiasta de una causa que la arroba. ¡Cuánto más no valdría la composición toda, tratada con la sencillez con que el autor ha tratado á la protagonista!

El desnivel que hemos señalado entre el detalle y el conjunto, se revela de una manera más clara y perfecta en la figura del pretor Daciano. Quitada de allí tal figura, aislada como estudio de interés, en el que por partes iguales se quisiera dar importancia á los paños y al desnudo, nada tendríamos que decir, alabaríamos sólo; mas en el relieve hace un efecto deplorable. ¿Cree el señor Barrón que el hecho de haber sido enviado á Barcelona Daciano porque el emperador lo sabía *truculentiores expertus*, basta para suponerlo inmoral, mal educado é inconveniente, hasta el punto de presentarle medio desnudo en el tribunal? ¿Cree el señor Barrón que porque los pretores romanos han adquirido fama de crueles, que por haber condenado en algunos casos á jóvenes doncellas á penas en las cuales el pudor sufría tanto como el cuerpo, eran inmorales hasta el punto de administrar justicia con menos ropa que cuando se sale del baño? No por cierto; casi estamos seguros de que el distinguido artista lo sabe, pero la toga y la clámide no le parecieron de efecto: acudió al desnudo que manejó bien, pero que le paga mal por las condiciones en que lo ha empleado. Cuando la mártir cristiana no le hubiera inspirado ningún respeto, la presencia de la vestal aquella, le debió obligar á vestirse. De todos modos, la obra del distinguido pensionado será un elemento de fama en su vida artística y puede estarse seguro que el día que proceda libre de trabas de escuela y de imposiciones académicas, será una gloria de la patria.

El tercer pensionado de escultura es Agustín Querol, discípulo de Vallmitjana á quien honra sobremanera. Querol ha cultivado ya el género religioso y pocos de nuestros lectores desconocerán su *Mater dolorosa*, obra en la que al par de la buena ejecución, puede admirarse la más perfecta originalidad. Nada mas antiestético que esas vírgenes de corazón superpuesto, atravesado por siete espadones y al parecer descolgado de una armería de la Edad media: el primero que concibió en esta forma á la Santa Madre de Dios, debía de ser romo de ingenio ó demasiado presuntuoso, hasta el punto de concebir á la grey cristiana del todo obtusa: de otro modo no se comprende que tuviera que sacar fuera el corazón, para indicar claramente el lugar del daño y significar el dolor más grande, el de una madre que ve morir á su hijo, por una puñalada. Querol, separándose de trivialidad tan grande, presentó á la Virgen atristada, en el momento que oprime contra su pecho la corona de espinas que fué instrumento de martirio para su hijo.

En la ocasión presente ha dejado á un lado las tradiciones religiosas, para buscar inspiración en lo que le rodea: pensionado en una Academia donde no se aprende, ha vuelto sus ojos á la Roma que puede contemplar desde el histórico Gianicolo y en la historia antigua de este pueblo, que fué tan grande, halió elementos en que ejercitar sus poderosas facultades. El asunto no puede ser más terrible ni más dramático: Tulia, la hija de Servio, sabe que su padre ha sido asesinado; se ve reina, en lo que no han tenido pequeña parte sus criminales sugestiones y corre á saborear la satisfacción del trono, con aquel á quien sarcásticamente había dicho: *Devolvere retro ad stirpem, fratri similior, quam patri:* hace volar sus caballos hacia el foro, para dar á Tarquino la que en su ambición cree feliz noticia y una vez hecho esto al volver al

Palatino, pasando por la vía Cypria donde yace en su sangre el monarca asesinado á quien debió la existencia, nada le detiene y la biga pasa por encima, con horror de los que contemplan la escena y que llamaron á la calle *via Scelerata*. De aquel sangriento drama el artista ha escogido la mejor escena, el momento en que el auriga mismo horrorizado, se vuelve hacia Tulia refrenando los caballos para pedirle órdenes, y ésta le manda seguir sobre todo.

Atento Querol al plano principal de la composición, se ha fijado, y ha hecho bien, en el grupo central, que es de indisputable mérito. La biga ha sido estudiada del natural en los bellos ejemplares que de tan antiguos carros se hallan en el Vaticano y en el Capitolio; el modelo constante ha servido á nuestro ilustre compatriota para el perfecto estudio de los personajes, y del natural también ha tomado los caballos, que resultan admirables, tal vez lo mejor de la composición. El movimiento en toda la obra se ve admirablemente representado; se ve desde luego la pasión vehemente en Tulia, el miedo y el horror en el cochero, el ímpetu violento en los fogosos animales que se sienten reprimidos con violencia y los personajes que se destacan en el fondo manifestando su horror con ademanes distintos, completan el cuadro.

Este fondo, que atentamente considerado resulta inocente y la figura de la derecha, que aunque buenísima como estudio del natural, resulta inestable dada la duración de la escena, son los dos lunares de la obra, mas contribuyen poderosamente á quilatar los sobresalientes méritos de la acción principal. La figura de Tulia pudiera parecer desproporcionada dentro de la biga, más hay que tener presente el movimiento natural de la misma; está erguida por la violencia; como vulgarmente se dice, crece.

La apertura oficial de la exposición, en que se pueden admirar las obras que dejamos señaladas, tuvo lugar el día 11 de junio: allí, en la mal llamada academia, donde se obliga á los artistas á más de pagarlo todo, á que dejen de su escaso haber diez pesetas *por lo que pueda romperse*, nos parecía estar en España. Resultó lo peor posible: dentro del Salón, que no es nada grande, se colocó una numerosa orquesta que sobre quitar la mayor parte del espacio no dejaba ver las obras, por lo que acompañamos en su sentimiento al autor de tan descabellada idea. No felicitamos á nuestros ilustres compatriotas Espino, Bretón, Chapí, etc., pues aunque con la mejor intención y por una orquesta que tiene justa fama, quedaron EJECUTADOS. El embajador, jefe de la casa, llegó tarde, lo cual aumentó la impaciencia del público, formado por más de ochocientas personas que se agitaban donde cómodamente no se pueden mover doscientas; el cuerpo diplomático extranjero, falto de asientos, se paseó por las galerías y todo, todo, estuvo á esta altura.

Hubo faltas mayores por quien no debía cometerlas; se dieron tristes escenas que acusan los profundos vicios de aquella inútil institución en que tanto dinero se tira: de unas y de otras nos ocuparemos, si la índole de los sucesos nos obliga á ello.

A. FERNÁNDEZ MERINO

LAS CUSTODIAS CLÁSICAS

de nuestras iglesias

I

Ya en otra ocasión (1) he hecho ligerísimas indicaciones de nuestras principales custodias góticas; ahora toca la vez á las que poseemos pertenecientes al tipo clásico, ó del Renacimiento, entre las cuales descuellan las de Avila, Sevilla, Valladolid, Palencia, Jaen, Baeza, Zaragoza, Alarcón, Segovia, Santiago y la grande de Cádiz, ciudad que tiene dos, por consiguiente: ésta y la gótica, apellidada «El Cogollo» de que ya en aquella ocasión se dió cuenta.

Las tres primeras son obra del más célebre platero que trabajó en este gusto, á saber: Juan de Arfe, nieto del no menos famoso Enrique, fundador de la dinastía y autor de las custodias de Sahagún, Córdoba y Toledo, como de tantas otras piezas de orfebrería eclesiástica. A su padre Antonio, también celebérrimo, atribuye Cean Bermúdez (2) haber sido «el primero que usó en España, en las piezas de plata, de la arquitectura greco-romana, desterrando la gótica, aunque la usó con columnas balaustradas y con excesivos adornos, que es la que llamaron plateresca (3).» Por desgracia, de todas las obras que á Antonio dieron fama, sólo parece haberse conservado la hermosa custodia de Santiago (1554).

Es esta de plata sobredorada, tiene 1m,50 de altura y consta de cuatro cuerpos, sustentados cada uno por seis columnas y adornados con estatuas. En el primero, un ángel sostiene el viril: ocupa el segundo la imagen del apóstol de Compostela; el tercero, la del buen Pastor, y el libro de los Siete Sellos el cuarto, sobre cuya cubierta, probablemente á causa de haberse perdido el remate, suelen colocar un ramo de flores naturales, al exponerla y llevarla en procesión (4). Por el carácter general de las obras de este artífice, corresponde su custodia al tipo de las de Zaragoza y Palencia, más que al de las de Avila, Valladolid y Sevilla, debidas á su hijo.

Respecto de éste, nada hay que decir, siendo el más célebre de nuestros plateros del Renacimiento. Fuera de su arte, se le deben también otros trabajos de mérito, ya de escultura en bronce, como las estatuas de los duques de Lerma, hoy en el museo de Valladolid, y hasta hace poco atribuídas á Pompeyo Leoni; ya de grabado, como las estampas del *Caballero determinado* ó el retrato de Ercilla; ya, por último, de ciencia, como sus tratados de *El quilatador de oro, plata y piedra*, ó el tan celebrado de la *Varia comensuración para la escultura y arquitectura*. El número de las custodias, bustos, cruces, porta-paces y demás alhajas que Arfe hizo fué extraordinario, y su fama tal, que no hay pieza de platería de estilo greco-romano que no se le haya atribuído, con tal de que tuviese algún mérito (5).

Ciñéndonos á las custodias, á él se debieron—por lo menos—las de Avila (1564-1571), Sevilla (1580-1587), Burgos (concluída en 1588), Valladolid (concluída en 1590), Osma y San Martín de Madrid. De ellas, por desgracia, se han perdido la de Burgos y las dos últimas (6).

La de Avila, que le encargó el cabildo cuando apenas contaba veinticinco años, tiene cerca de 2m de altura, seis cuerpos, alternando los exagonales con los cilíndricos, sobre un basamento muy alto; profusión de estatuas; en el templete inferior, de gusto jónico, el grupo del sacrificio de Abraham; el viril, en el segundo, de orden corintio; en el tercero, compuesto, la Transfiguración; la Asunción de la Virgen, en el cuarto; de la bóveda del quinto pende la acostumbrada campana, y el sexto es una linterna, rematada por una cruz. El zócalo, los pedestales, los frisos, las enjutas, los fustes de las columnas: todo está lleno de relieves. La estructura, completamente clásica, es muy esbelta: sólo la afean las pirámides terminadas por bolas, que por entonces entran á sustituir á los pináculos góticos. Pesa más de cincuenta y cinco kilogramos y costó 1.907,403 maravedises.

La de Valladolid, donde habitualmente residía el artista leonés, es de la misma altura y muy semejante á la anterior, incluso en el peso de más de sesenta y seis kilogramos y el precio (44,649 reales), aunque el conjunto es menos elegante. Consta de sólo cuatro cuerpos, alternativamente exagonales y redondos también; en el primero de ellos se hallan Adan y Eva; en el segundo, el viril; en el tercero, la Concepción; y la rotonda que forma el cuarto termina por una pirámide, coronada por su correspondiente esfera, sobre la cual se alza la cruz.

La disposición de la de Sevilla, sin duda la más importante de todas las de Juan de Arfe, el cual la reputa por «la mayor y mejor pieza de plata que de este género se sabe (7)», varía de las anteriores. Todos sus cuatro cuerpos son cilíndricos. Dentro del primero, puso el artista la estatua sentada de la Fe, sustituída desde 1668 por una imagen de la Concepción, obra de Juan de Segura y de gusto bastante inferior y menos puro que el de las restantes del primitivo artífice, muchas de las cuales rodean este primer cuerpo, coronado por una balaustrada, sobre cuyos machones, correspondientes á las columnas jónicas que la sostienen, se ofrecían «doce ángeles niños, con las insignias de la pasión (8),» sustituídos hoy por otros tantos «ángeles mancebos» que dice Cean, bastante barrocos. El segundo cuerpo, corintio, está ocupado por el viril, en medio de las figuras y signos de los evangelistas; en el tercero, se alberga el cordero Pascual; y la Trinidad en el cuarto, de orden compuesto, como el anterior y cerrado por una cúpula, sobre la que se eleva una linterna, coronada por la estatua de la Fe, obra también de Segura, que reemplaza á la primitiva cruz de Arfe y que ha desfigurado con su excesiva mole la elegancia del conjunto. Por último, la altura total de la fábrica es de cuatro varas; y su peso, tal como hoy se encuentra, de unos 435 kilogramos.

No se construyó esta obra sin grandes cuestiones. En primer lugar, para ello se deshizo la antigua custodia de Mateo y Nicolás Alemán (1515), acto de vandalismo, tal vez más frecuente todavía por aquellos tiempos que en los nuestros, pero que con razón promovió disturbios entre los capitulares. Además, para elegir el proyecto de la nueva alhaja, se abrió concurso, según la costumbre, entre varios plateros, siendo uno de ellos el famoso Francisco Merino, autor de la custodia de Baeza y de las urnas de Santa Leocadia y San Eugenio para la catedral de Toledo; y en atención á su nombradía y á pesar de haber sido preferida la traza de Arfe, el cabildo, á buen componer, le concedió una recompensa de diez mil reales por su trabajo.

La de Burgos, perdida y sustituída hoy por una moderna de metal, se componía sólo de dos cuerpos, jónico el inferior, como de costumbre, y corintio el de encima; pesaba once arrobas (110 kilogramos) y costó 235,664 reales. En ella, como en la de Osma (9), perdida también, y en la que hizo para la Hermandad del Santísimo de la parroquia de San Martín, de Madrid y que tampoco se conserva (según ya se ha dicho antes), ayudó á Arfe su yerno Lesmes Fernández del Moral. Era la última de tres cuerpos exagonales, concluyendo también con linterna y cruz, teniendo veintiseis kilogramos de plata y habiendo costado, sólo de hechuras, 16,813 reales.

A otros distintos artífices, y á muy diverso estilo, dentro del clásico (salvo la de Palencia), pertenecen las principales custodias de este gusto de que todavía debe hacerse particular mención.

El estilo de Arfe tiene, en efecto, su carácter propio. De los dos tipos que el Renacimiento en España reviste, á saber: el rico, decorativo, suntuoso, cuya representación más antigua se halla quizá en la Cartuja de Pavía, y el rígido, austero, sobrio de San Pedro de Roma ó de la Sacristía nueva de San Lorenzo de Florencia, tipos ambos que tienen respectivamente su expresión después entre nosotros en la universidad de Salamanca y en las obras de Herrera, prefiere Juan de Arfe el segundo, subyugado por el prestigio del Escorial, mientras que su padre, Antonio, prefirió el primero). El mismo lo confiesa, cuando, al hablar de este «maravilloso templo» que «iguala en suntuosidad, perfección y grandeza á los más célebres edificios que hicieron los asianos, griegos y romanos,» aplaude con entusiasmo deje «por vanas y de ningún momento las menudencias de resaltillos, estípites, mutilos, cartelas y otras burlerías,» «flamencas y francesas (10)» y se refiera á la tradición de Vitrubio. Sus obras, así pues, son la traducción del estilo de Herrera en la platería, aunque algo más rico (por exigencia del material, siempre influyente en el arte), sobre todo, en los frisos, pedestales y fustes. Pero, á pesar de esta mayor riqueza, difícil sería hallar en sus custodias columnas balaustradas, doseletes y otros elementos de esa ornamentación profusa, cuya censura acaba de leerse. Podrían quizá sorprenderse en ellas ciertos comienzos de churriguerismo en otro orden, v. g. en las cúpulas abiertas, ó en el abuso de la vid y el racimo, que nuestros decoradores tomaron de los orientales y que luego ofrecerá, un siglo después, los horrores del retablo mayor de San Esteban de Salamanca: porque no obstante su intención de guardar en todo «significado», ó sea, lo que hoy diríamos «sinceridad constructiva,» esta era empresa por completo imposible para la arquitectura del Renacimiento, y de consiguiente para las artes de ella derivadas. Se había roto el vínculo entre la estética y la estructura de los edificios, cuyos miembros decorativos son tan falsos en manos de Arfe, como en las de Churriguera.

En la custodia de Palencia, obra de Juan de Benavente (1582), contemporáneo de Arfe, es tal vez en la que más domina el gusto greco-romano y la que mayor analogía guarda con las de aquél. Sin embargo, aun descontando las adiciones posteriores, siempre sus líneas presentan algún más movimiento y descomposición en el conjunto. De sus dos cuerpos, de orden corintio ambos (contra la regla general), el inferior contiene el viril y el superior la estatua de San Antolín, patrono de la ciudad, levantándose sobre una falsa cúpula la linterna, que termina en pirámide, coronada por la indispensable esfera. Es muy de notar que las estatuas de esta custodia presentan todavía cierto purismo gótico, que pudiera decirse, muy distinto sin duda del estilo arquitectónico de la obra, en cuyo conjunto se muestran de esta suerte tres estilos diversos.

F. GINER DE LOS RÍOS

(Concluirá)

(1) Véase el núm. 233 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

(2) *Diccionario*, I, p. 54.

(3) Este término hoy va mudando de sentido, aplicándose más bien al arte que combina el elemento gótico con el del Renacimiento; en vez de entenderse por él, tanto las formas de su tipo como de otro, con tal que presente riqueza excesiva de adornos.

(4) Completo mis ligeras notas personales con los datos que ha tenido la bondad de facilitarme el diligente catedrático del Seminario de Santiago, presbítero D. Emilio Villelga.

(5) Buen ejemplo de esto es la inscripción apócrifa en la custodia de Sahagún (á pesar de ser gótica) que la da por obra suya, no siéndolo sino de su abuelo Enrique. – V. *Custodias góticas* en el núm. 233 de la LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

(6) En la parroquia de San Martín se conserva un pequeño y sencillo templete de dos cuerpos, de bronce dorado (metal tan en uso por entonces), montado sobre un pie en forma de vástago que sale de una de esas urnas ó jarrones tan usuales á fines del siglo XVI y en todo el XVII, al cual parece pertenecer. Estos caracteres han hecho pensar á algunos si este templete sería la custodia de Arfe; pero basta verlo para convencerse de lo contrario.

(7) En la Descripción que, al acabar su obra, en 1587, hizo de ella al Cabildo, y que publica Cean (*Diccionario*, I, 60 y sigs.: nota).

(8) Idem idem.

(9) Véase la *Descripción histórica del obispado de Osma*... por don Juan Loperraez Corvalan. – Madrid, 1788, 3 vol.

(10) Documento citado, dado á luz por Cean.

LA VIÑA DEL SEÑOR

POR DON PEDRO MARÍA BARRERA

(Continuación)

1.° Que el escribiente era un pozo de ciencia.

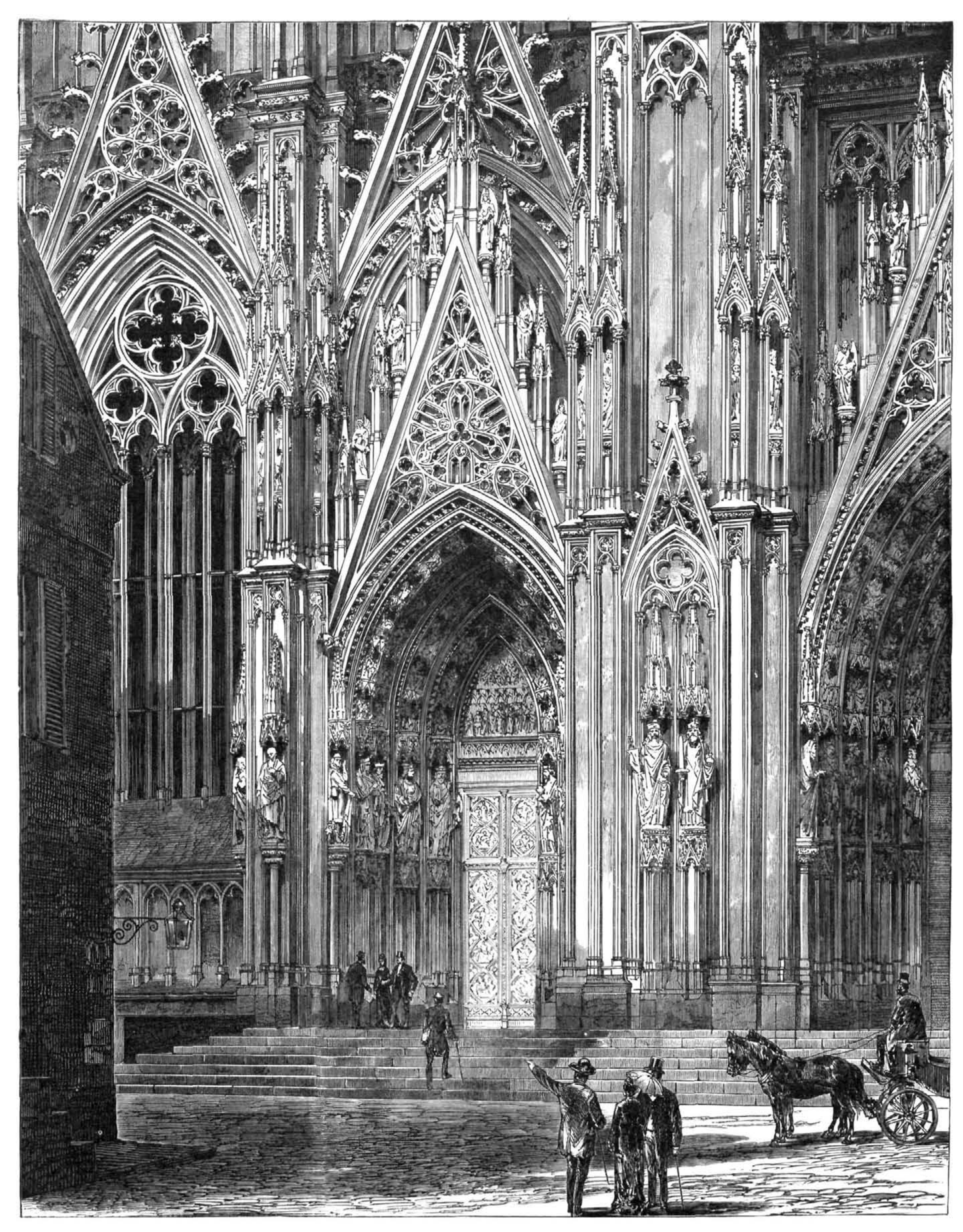
2.° Que el escribiente trabajaba doble que cualquier empleado de cualquier oficina en que los empleados trabajasen.

3.° Que el escribiente estaba retribuído con mucha mezquindad y que era vergonzoso para la corporación no aumentarle el sueldo.

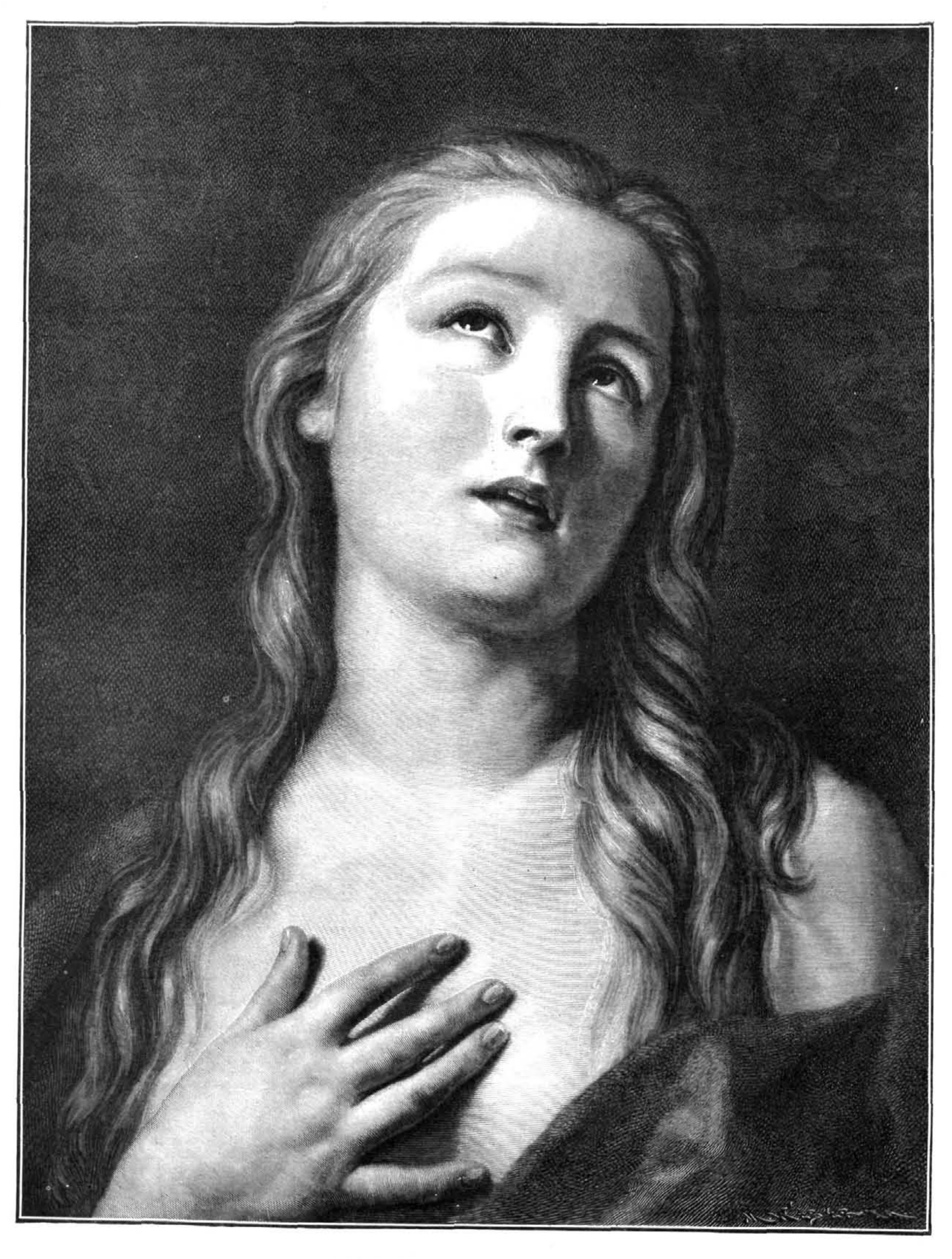
4.° Que urgía arreglar el archivo de la villa, cuyos documentos, revueltos y abandonados en los desvanes de la casa capitular á las ratas y las goteras, corrían peligro de ser destruídos, debiendo ser ordenados, clasificados y conservados con esmero.

5.° Que esta difícil tarea la desempeñaría como nadie el escribiente, aprovechando horas extraordinarias.

No creía el secretario lo que había hecho creer á los demás. En su opinión cuatro de los cinco puntos eran completamente mentira y el restante era completamente verdad; pero convencido de que su subalterno, honradísimo muchacho, unas veces porque en invierno se necesita abrigo para no helarse, otras porque en el verano hace falta ropa ligera para no achicharrarse, y siempre porque es preciso comer para no morirse de hambre, se veía obligado á emprender, contra su instinto y sus deseos, más de una y más de dos cosas reprobadas por la moral



LA CATEDRAL DE COLONIA



MAGDALENA, cuadro de Pedro de Rotari

y castigadas por el código, pensó que él estaba llamado á arbitrar medios para que aquel padre de familia pudiera seguir siendo un hombre de bien sin desfallecimientos, intermitencias, ni vacilaciones. Con tan caritativos propósitos se había impuesto la tarea de engañar á todo el Ayuntamiento, persuadido de que Dios no le pediría cuenta de aquel engaño, y el Ayuntamiento demostró que se había dejado engañar como un chino, acordando por unanimidad que el escribiente ascendiese á oficial con mil reales anuales más de sueldo, y que además, por una sola vez se le diesen otros mil reales, *como gratificación por el servicio extraordinario* de arreglar el archivo.

No tardó en saberse que el tendero había cobrado el piquillo que le adeudaba el flamante oficial de la secretaría. Con este motivo el tío Canina se expresó así en los corros de la plaza:

– Como los pobres estamos por un triste jornal desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, trabajando como negros para que el campo dé á los ricos buenas cosechas, parece que los del Ayuntamiento han tomado sus medidas para que las cosas varíen.

– ¿Y ha dispuesto que nos den más jornal y nos quiten horas de trabajo?

– Dicen que ha dispuesto que pague el pueblo cerca de cien ducados más al escribiente del secretario, que no hace nada desde que despunta el alba hasta que el sol se pone: yo no lo creo.

– Si es verdad, Dios le dé viruelas al Ayuntamiento.

– Como nuestras pobres mujeres trabajan como negras desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, y están reducidas á comer mendrugos y un potaje de habas ó lentejas, y á no tener más ropa que cuatro guiñapos, parece que los del Ayuntamiento han tomado sus medidas para que las cosas varíen.

– ¿Y han dispuesto que se reparta comida y ropa?

– Dicen que ha dispuesto que pague el pueblo cerca de otros cien ducados, para que la mujer del escribiente, que todos los días come su buen cocido, y gasta buenos vestidos y buenos pañuelos de Manila, y no hace nada desde que el alba despunta hasta que el sol se pone, pueda pagar deudas contraídas para regalarse el hocico y lucir moños, perifollos y galas: yo no lo creo.

– Si es verdad, Dios dé un cólico cerrado al Ayuntamiento.

A fuerza de *mala intención* y de noticias falsas, el tío Canina llegó á ser una especie de catedrático al aire libre y de jefe de partido, á quien lo más ignorante y baldío de la villa escuchaba como á un oráculo. No limitaba sus ataques aquel ser venenoso *á las personas cuyo* descrédito pudiera interesarle desde cualquier punto de vista: la tranquilidad y la dicha ajenas le entristecían de tal modo, que el miserable sólo estaba contento cuando clavaba en alguien el diente.

Había entonces en la villa una mozuela muy hermosa, pero de tan poquísima aprensión y tan ligera de cascos que todo bicho viviente la señalaba con el dedo, y las demás mujeres, ricas y pobres, feas y guapas, creían que con sólo mirar á Mariquilla, que así se llamaba la infeliz, quedarían deshonradas en esta vida y condenadas en la otra. Aprovechando esta circunstancia, el tío Canina trató de introducir en los corros matutinos de la plaza la opinión de que todas las mujeres cojean del mismo pie. Un día pasó una señorita con su criada, y un jornalero, que era novio de ésta, dijo:

– La señorita Guadalupe ha madrugado hoy para ir á confesar ¡Valientes pecados tendrá ese ángel de Dios!

– Hombre, – replicó el tío Canina; – pecado más pecado menos, tendrá los mismos que Mariquilla.

***

Volvió el Pato del servicio, más galán que Gerineldos



UN APUNTE, de José María Marqués

ASPASIA, escultura de Ernesto Herter

y más alegre que unas castañuelas. Pepa estuvo á punto de reventar de gozo. No faltó quien con piadosísima intención pusiera al licenciado al corriente de los suspiros pegajosos del hijo del tío Canina: pero el Pato que, contra lo usual, había aprovechado su vida de soldado para aprender mucho bueno y para olvidar algo malo, en vez de escupir bravatas y buscar camorra á su rival, lo que hizo fué darle las gracias.

– Si tú, – le dijo, – no hubieras sido un mal amigo y un moscón de siete suelas, no sabría yo toda la constancia del amor de Pepa. ¡Mira si te debo!... Yo la quería antes; hoy estoy tentado por ponerla en un altar, como á la Virgen. ¡Mira si te debe! En resumen, gaznápiro, te desprecio; pero nos has hecho tanto bien á ella y á mí, que hoy y mañana y siempre haré por tí todo lo que me pidas y yo pueda.

– Pues haz que tu tío me admita para llevarle las cuentas de su tienda, – le contestó el hijo de Canina con envidiable serenidad.

No había pasado una semana, y el tendero, á ruegos de su sobrino, ocupó en su establecimiento al desdeñado pretendiente de Pepa.

En los corros de la plaza se habló mucho del regreso del Pato.

– Ahora veremos si se ha vuelto borracho

– Ahora veremos si se ha hecho pendenciero.

– Ahora veremos si es jugador.

– Ahora veremos si se despepita por todas las mujeres.

Estas frases andaban de boca en boca, y el tío Canina solía añadir diplomáticamente:



LUIS II REY DE BAVIERA, † el 13 de junio de 1886

– Lo que veremos ahora es que los segadores que trajeron esas noticias eran unos grandísimos embusteros. Lo único que yo temo es que se haya vuelto flojo para el *arate cavate*. ¡Son tan malos jornaleros los que vienen de servir al rey!

El temor del catedrático al aire libre duró poco: á los dos días de estar el Pato en la villa, se le vió en los corros de la plaza con su azada al hombro buscando trabajo. Pasaron otros dos días y corrió la voz de que el novio de Pepa seguía siendo capaz de hacer lo que el más pintado. Poco después se supo que trabajaba de nuevo en el cortijo de su antiguo amo. Después se dijo que tenía algunos ahorrillos: que Pepa hacía á toda prisa su ajuar; que él había comprado una casita en los arrabales; que á ella le daban sus padres de dote seis fanegas de tierra y unas ovejas; que se casaban en seguida; que se habían casado; que no había matrimonio más ocupado en quererse y en vivir como mandaba la doctrina. Vacó una plaza de alguacil, por defunción del que la desempeñaba. Todavía no habían enterrado al muerto, y ya andaban unos cuantos golosos haciendo la rueda á la vacante. El tío Canina fué á casa del Pato.

– Aquí vengo, – dijo tomando un asiento que le ofreció Pepa, – á que tu marido se interese por este pobre viejo.

– ¿Qué es ello? – preguntó Patricio.

– Que quiero ser alguacil.

– Pues vuelva V. por acá cuando yo sea alcalde y hablaremos.

– Ahora es cuando tenemos que hablar; porque tú que debiendo haberle cortado las orejas á mi hijo,



OTON I, REY DE BAVIERA



LEOPOLDO, príncipe regente de Baviera



EL DOCTOR GUDDEN, médico de Luis II, † el 13 de junio de 1886

le has hecho hombre, no has de negarme á mí, que te he defendido de malas lenguas, el pedazo de pan que puedes darme.

– Gracias, tío Canina, pero no vuelva V. á defenderme; porque para eso tengo yo cinco dedos en cada mano. Sepamos qué puedo hacer por usted.

– Ayúdame tú, Pepa, que si tú se lo pides, no hay quien me quite la vara. Es el caso que el señor secretario tiene mucha mano con los señores del Ayuntamiento; que el señor oficial de la secretaría no tiene menos con el señor secretario; y que tu tío el tendero ha hecho bastantes favores al señor oficial, y éste le está muy agradecido y deseando servirle.

– No diga V. más, – exclamó Pepa, que tenía siempre gana de estar á solas con su marido. – Esta noche iremos á la tienda, y mi Patricio y yo haremos lo que V. quiere.

– Ya lo ha oído V. tío Canina; con qne vaya V. con Dios; – añadió el Pato, que no tenía menos gana que Pepa de estar sin testigos de vista.

Dió el viejo las gracias lo mejor que supo y tomó las de villadiego.

Cuando se quedaron solos marido y mujer, dijo Pepa:

– Al hijo debías haberle arrancado las orejas; pero al padre también debías haberle arrancado la lengua.

– Yo he aprendido que no hay nada tan hermoso como pagar el mal con bien; pero si tú quieres que haga una barbaridad...

– ¿Qué he de querer, si lo que me tiene á mí más orgullosa es que en tu corazón no hay hiel para nadie?

Pepa y el Pato hablaron al tendero.

– Esto es echar margaritas á puercos, – dijo el tendero; – pero cúmplase vuestra voluntad.

Y habló al oficial de la secretaría.

– Mejor haríamos en pedir que mandaran á ese danzante á presidio, – dijo el oficial; – pero yo no puedo negar á V. nada.

Y habló al secretario del Ayuntamiento.

– A tí, por recomendarme á Canina, y á mí porque voy á darte gusto, – dijo el secretario, – debían declararnos cesantes en el acto; pero pongámonos en su caso. ¿Quién sabe si seríamos tan depravados como él?

Y habló al alcalde, manifestando que así conseguirían convertir en un auxiliar del orden el elemento más disolvente de la población.

– Ese nombramiento nos va á deshonrar para lo que nos queda de vida, – dijo el alcalde; – pero póngamelo usted mañana á la firma, ya que cifra V. en él tan buenas esperanzas.

De este modo, convencidos todos de que hacían un disparate, se llevó el tío Canina la plaza de alguacil que nadie quería darle.

***

Como el Pato no parecía por las tabernas, por la plaza, por los billares, ni por ningún sitio más que por el cortijo, para ganarse honradamente el sustento, y por su casa, para descansar del trabajo cuotidiano, y como la mujer del Pato en vez de perder el tiempo cotorreando con las vecinas ó visitando comadres, lo aprovechaba para tener su vivienda como una taza de plata, y su ropa y la de su marido sin manchas ni desgarrones, nadie hablaba de ellos más que de ramos á pascuas. Sin embargo, contábase que Patricio utilizaba los conocimientos que adquirió en el servicio para apuntar los gastos é ingresos de su casa y para leer obras de agricultura, y un curioso hubiera podido observar que cada dos años hacía Pepa que las campanas tocaran á bautizo y que la gente dijera:

– ¿Quién será la que no quiere que se acabe el mundo?

– La mujer del Pato, que ha salido una conejita de las más aprovechadas.

En cambio el alguacil Canina que después de remojarse el gaznate con una copa de aguardiente, no pagándolo, por olvido, casi nunca, se presentaba todos los días en la plaza á cobrar un cuartillo de los forasteros de las cercanías que acudían á ella á vender algo, se arreglaba de manera que lo mismo los hortelanos y revendedores que los jornaleros, no se ocupaban de otra cosa que de él, y no por cierto para echarle incienso ó agasajarle con flores.

– Vuelva V. más tarde, – le decía un verdulero: – todavía no he vendido ni un ochavo de berengenas y no puedo pagar á usted.

– Eso no es cuenta de la autoridad, – contestaba el tío Canida: – tú paga, y luego vende ó no vende.

– Pero si le digo á V. que después le pagaré.

– Pero si te digo que la autoridad no viene aquí á entrar en contestaciones. ¿No tienes dinero? Pues dame un par de manojos de verdolagas y un par de libras de tomates, y asunto concluído.

– Un tiro le daría yo á usted.

– Que te soplo en la cárcel si me alzas el gallo.

– ¿Usted no sabe que trabajo todo el día para sacarle á la tierra cuatro berzas y cuatro lechugas, y que si usted con sus manos lavadas se las lleva, tendré yo que pedir limosna?

– Lo que yo sé es que los pobres tenéis muchas camándulas y mucho jarabe de pico, y que sois capaces de comeros lo vuestro y lo ajeno. Con que ó suelta los cuartos ó las verdolagas y los tomates.

– Llévese V. lo que quiera: ¡ojalá se vuelva cardenillo!

– Deja que escoja lo mejor, y agradece que mi autoridad se hace cargo de que eres un ignorante y de que clamores de burro no llegan al cielo.

Sus antiguos discípulos y satélites solían rodearle para echar un párrafo, y con frecuencia sostenían con su ex-catedrático y ex-jefe animados diálogos.

Oigamos uno, referente á las autoridades y funcionarios públicos.

– Diga V., tío Canina, ¿es verdad que el secretario es un ladrón que no despacha bien más asuntos que los que le valen dinero?

– El señor secretario se está sacrificando por el pueblo y el deslenguado que diga otra cosa merece un calabozo.

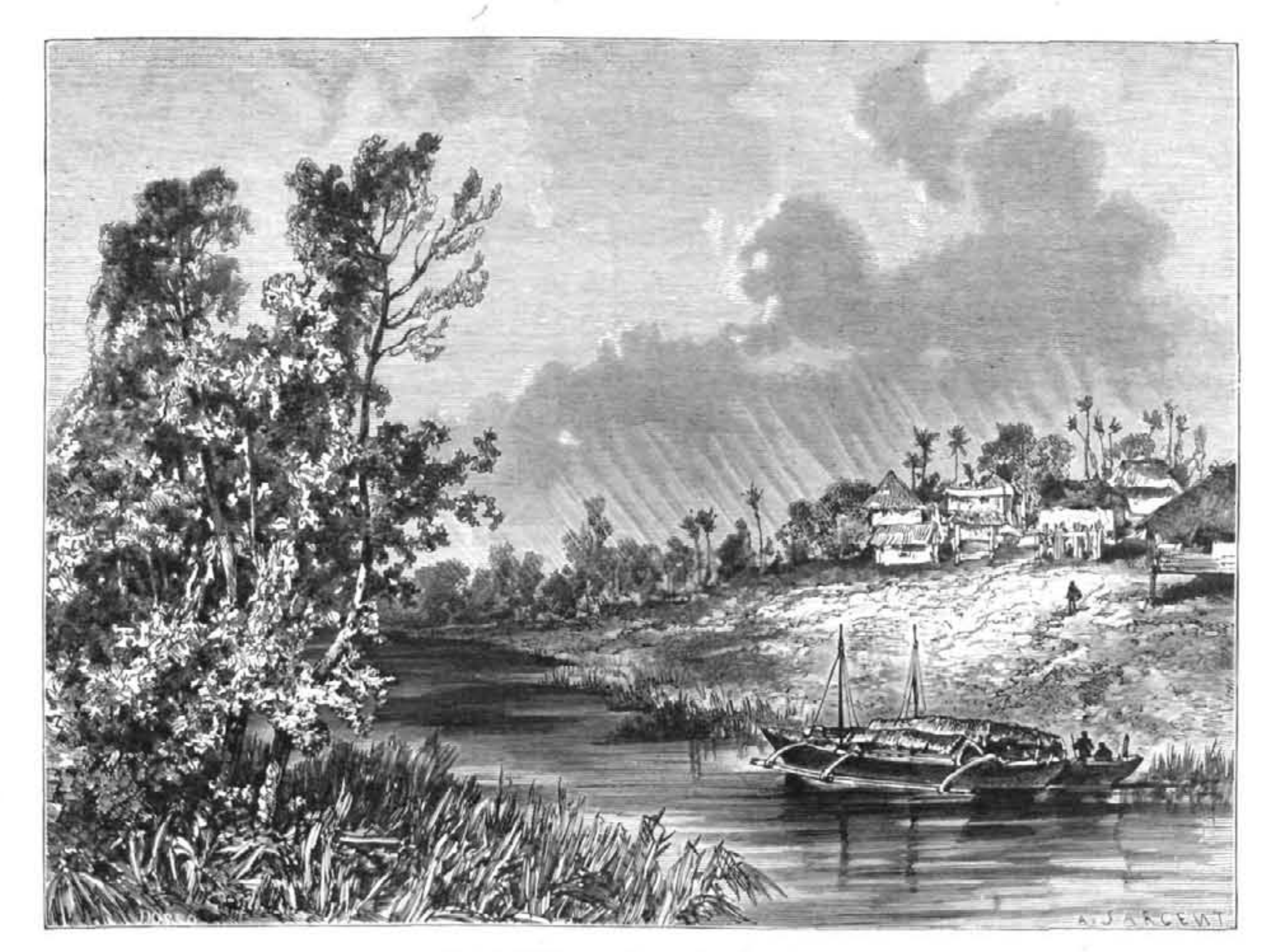
– ¿Es verdad que el alcalde es otro ladrón que para no pagar contribuciones hace que los demás paguen lo que les corresponde y lo que no les corresponde?

(Continuará)

VIAJE A FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)



Viaje á Filipinas. – Bincungán, aldea de moros

El salario se estipula sin dificultad, conviniéndose en que daremos diariamente cierta porción de arroz, tabaco y objetos de quincalla.

8 noviembre. – Llegada la hora de marchar, ya no hay remeros; todos los hombres han huido otra vez á los bosques; las mujeres que están en las casetas me miran con expresión estúpida, sin que sea posible hacerlas decir una palabra. Mientras que mis muchachos buscan los remeros se pasa el tiempo hasta medio día. Observo el sol, y mi cálculo me da un triste resultado; estoy á los 7° 27'3" de latitud norte; y hallándose Davao á los 7° 1'34", no he recorrido más que 25' 29" = 47 kilómetros, por el norte; para llegar á Surigao (9° 47' 53"), debo franquear todavía una distancia que á vista de pájaro equivale á 261 kilómetros.

No se encuentran los fugitivos; pero las embarcaciones prometidas siguen amarradas en el mismo sitio. Todos mis *casancapan* (bagajes en bisaya) quedan embarcados en las tres piraguas; envío á Davao la barca de D. Basilio, y emprendo la marcha con mis cuatro muchachos y mi pretendido intérprete. Aunque esta tripulación no sea bastante, ni con mucho, mis hombres luchan contra la corriente sin queja alguna.

Una de las piraguas, muy averiada, acaba de zozobrar, y dejo en el fondo su cargamento, que no me es indispensable; en el mismo instante veo en la orilla un joven mandaya, que nos contempla con aire estúpido; le hago pasar á bordo, le pongo un remo entre las manos, y sin pedirme explicación alguna comienza á remar; de modo que ya tengo tres tripulantes para cada embarcación.

A una milla más arriba de Babao, el Tagum recibe un afluente, el Sahug; y después de algunas vacilaciones, ocasionadas por los informes contradictorios de mi nuevo auxiliar, me resuelvo á penetrar en el Sahug, deteniéndome á eso de las cuatro de la tarde en Mapawa, pueblo mandaya bastante poblado.

Todos los indígenas, agrupados á cierta distancia, me miran como si fuera un animal extraño, sin manifestarme benevolencia ni hostilidad; mis muchachos se mezclan con los habitantes, y este es el mejor medio de franquearse, pues los mandayas no se asustan de hombres que tienen el mismo color. Voy á los alrededores para cazar algunas aves; al primer tiro, varios indígenas que me seguían á cierta distancia se dejan caer unos encima de otros, y huyen después profiriendo gritos de terror; inútilmente los llamo, y no consigo darles alcance hasta llegar á Mapawa, donde se disponen á sembrar la alarma. Contengo la emoción popular, señalando á varios ancianos un ave parada en un árbol; disparo el tiro, hágola caer, y se la doy á los indígenas, asegurándoles que *mis rayos* no son temibles más que para los jabalíes y los ladrones.

Una botella de vino que esos naturales prefieren al rom, algunos espejos y collares aseguran la tranquilidad, y hasta la benevolencia; una mujer me trae dos huevos, y algunos esclavos ayudan á mis hombres á guisar la comida.

Mucho tiempo después de ponerse el sol resuenan en las casetas las carcajadas y las canciones: restablecido el silencio, un anciano que se precia de adivino eleva la voz, salmodiando una larga letanía, con la que parece invocar á la luna, cuyos rayos iluminan poéticamente muchas casetas silenciosas en medio de los bananos. El adivino se calla al fin, pero entonces prodúcese una furiosa disputa entre un marido y su mujer, y todos los mandayas de ambos sexos no tardan en tomar parte; por desgracia, se necesitaría apelar al latín para referir las peripecias tragi-cómicas de esta escena, que me da á conocer una fase enteramente nueva de las costumbres conyugales del país.

9 noviembre. – Continúo el viaje á las seis de la mañana. Los habitantes de Mapawa me aseguran que el Libaganum viene de un lago situado al oeste; mientras que el Sahug nace hacia el norte; y en su consecuencia sigo remontando la corriente de este último. Durante el día encuentro siempre bastante fondo, y no hay obstáculos, salvo algunos árboles tendidos á través del Sahug, que no resisten largo tiempo á las hachas de mis muchachos; pero el río describe curvas cada vez más estrechas, formando penínsulas innumerables, cuyos istmos no tienen á menudo más de 50 á 60 metros de anchura. He aquí por qué, aunque adelanto bastante camino, me elevo poco por el norte; la latitud observada á medio día cerca de la desembocadura del río Hilug no me da más que 7° 29' 48"; en los pequeños promontorios bañados por el Sahug veo con frecuencia casetas rodeadas de algunos pequeños plantíos de batatas y de arroz; me cruzo con algunas piraguas que no tan cargadas como las mías, pasan como una flecha.

(Continuará)

Viaje á Filipinas. – Aldea mandaya (región central de Mindanao)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO V —BARCELONA 12 DE JULIO DE 1886— NUM. 237

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ESCENAS PARISIENSES



LAS PRIMERAS GOTAS, cuadro de F. Miralles (copia fotográfica, grabada por M. Pérez)

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*La viña del Señor* (conclusión), por don Pedro María Barrera.—*Las custodias clásicas de nuestras iglesias* (II), por don F. Giner de los Ríos.—*Ella*, por don Francisco Grasys Elías.—*La música en la exposición de inventos.*—*Viaje á Filipinas*, por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*Las primeras gotas*, cuadro de F. Miralles.—*Estudio*, de Werner Schuch.—*Capricho infantil*, cuadro de G. Brennan.—*El sacrificio*, dibujo de Stone.—*El movimiento*, cuadro de Eduardo Picnul.—*La tranquilidad*, cuadro de Maudtmann.—*Galería de mujeres hermosas*, cuadro de Elena Birnbacher.—*La pastora.*—*Balsas mandayas.*—*Interior de una cabaña mandaya.*—*Suplemento Artístico: Una fiesta de bodas*, cuadro de F. Weiser.

NUESTROS GRABADOS

LAS PRIMERAS GOTAS, cuadro de F. Miralles

El autor de este cuadro es uno de los artistas extranjeros que con mayor facilidad se han empapado de las costumbres parisienses. El *boulevard* de los Italianos y el Bosque de Boloña le son tan conocidos como si hubiera nacido á la sombra del campanario de *Notre Dame*. Esto prueba la serenidad con que observa y la seguridad con que ejecuta.

Generalmente, cuando un pintor reproduce tipos ajenos á su país natal, si no comete errores garrafales, cosa muy frecuente, dista mucho de trasmitirles el sabor, la sangre de los personajes que le inspiran. Para convencerse de esta verdad, basta examinar cualquier dibujo de artista francés que reproduzca costumbres españolas. No há muchos días hemos visto á un *Hernani* con polainas de cuero y sombrero calañés.

Miralles ha vivido en París y no ha pintado cuadros de género sobre asuntos de la elegante capital, hasta que se ha identificado con ellos, es decir, hasta que ha pintado en parisiense. El cuadro que hoy publicamos es otra demostración de cuanto venimos diciendo hace tiempo respecto de este artista.

La acción reproducida, los tipos, las actitudes, el conjunto como los detalles, tienen sabor especial, y cuantos conocen las avenidas de los Campos Elíseos no pueden equivocarse en el lugar de la escena. En todas partes llueve y en todas partes las damas procuran resguardar sus *toilettes* de las primeras gotas y de las últimas. Pero ni la igualdad ante la ley, ni la igualdad ante la lluvia, se manifiestan en todas partes de la misma manera. Miralles *pinta en francés* como no hay un pintor francés que *pinte en extranjero*.

ESTUDIO, de Werner Schuch

Dibujo hecho á conciencia: su autor no pinta al acaso. Es la mejor manera de no resbalar en el difícil camino del arte.

CAPRICHO INFANTIL, cuadro de G. Brennan

El viejo tambor se dirige al cuartel y una niña de pocos años no puede resistir á la tentación de golpear con su linda manecita la caja que aquél lleva colgada á la espalda. Esta sencilla escena está representada con naturalidad y buen gusto en el cuadro de Brennan, artista irlandés, sorprendido por la muerte cuando más risueño se le presentaba el porvenir.

EL SACRIFICIO, dibujo de M. Stone

Marcos Stone es un artista inglés que llamó la atención al exponer su cuadro titulado: *El Sacrificio*. Su principal figura es la de una joven que renuncia á enlazarse con el elegido de su corazón para salvar la honra de su padre. El grabado que publicamos es un correcto dibujo de esa figura, admirable de expresión y de naturalidad.

EL MOVIMIENTO, cuadro de Eduardo Picnul

Tratándose de dar forma al bullicio de una gran ciudad, el autor de este lienzo ha creído que la mejor síntesis era uno de los *boulevares* de París. Y ha estado, realmente, en lo cierto. Algunos barrios ingleses ofrecen, quizás, mayor animación, es decir, mayor número de carruajes atareados, más transeuntes atropellándose unos á otros, empujones en superior cantidad, mayor contingente de ciudadanos curados en las casas de socorro. Pero la animación inglesa es la precipitación del negocio, es la forma del aforismo: *El tiempo es oro*, es la actividad de la máquina de vapor que imprime un movimiento uniforme á las máquinas secundarias que de aquélla reciben vida. Al paso que la animación del *boulevard* tiene causas múltiples y manifestaciones múltiples, desde el banquero que va á la Bolsa hasta la griseta que va al taller, desde el militar que se incorpora á su regimiento hasta el pilluelo que pregona los periódicos del día, desde el estudiante que va á encerrarse en el anfiteatro para destripar cadáveres, hasta la *cocotte* que va á pasearse por el *Bois* para arruinar príncipes rusos.

Este movimiento está bien reproducido en el cuadro que publicamos, de un color y sabor rigurosamente parisién.

LA TRANQUILIDAD, cuadro de Maudtmann

Este lienzo es contraste del anterior. El movimiento es nulo, mejor dicho, el movimiento tiene lugar en el seno de la tierra, en el tronco de los árboles, en el curso de los astros: el hombre, explotador activo de ese movimiento invisible, parece la nota discordante en medio de tan apacible calma. La naturaleza, llamémosla así, no es tan chillona como el hombre; trabaja más, mucho más, trabaja sin distinguir ni los días, ni las horas de los días; y sin embargo, no se queja, no se alaba á sí misma, no pide aumento de salario ni promueve sangrientas huelgas. ¡Cuándo el hombre se hará digno de su reino!...

GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS, cuadro de Elena Birnbacher

Convienen los escritores en que las dos cosas más difíciles de definir son la libertad y la belleza. Se comprende la dificultad, pues se trata de dos cosas que cada cual concibe á su manera. Sin embargo, el arte se ha encargado á menudo de dar forma por medio de líneas y sombras á lo que no la tiene por medio de palabras, siquiera se concierten las de todos los idiomas conocidos é ignorados.

¿Cómo ha de ser la mujer hermosa?... ¿Cuándo es hermosa una mujer?

Cuando lo es; he aquí la única respuesta admisible, sin que la estética tenga el derecho de imponer reglas *constituyentes*, de que la práctica se burla con frecuencia.

En Munich y en Berlín, principalmente, hay galerías de mujeres hermosas: todas lo son y ninguna se parece. Entonces, ¿de qué sirven las reglas?

A la simple vista del cuadro de Elena Birnbacher exclama el más indiferente: —¡Hermosa mujer!—El arte demuestra lo que la crítica no define. Contemplando á esa dama, nos sentimos fuertemente atraídos hacia ella; quisiéramos merecerla, ser dignos de su amor, de su amistad á lo menos...

Pues esto es, precisamente, la obra de la belleza.

LA PASTORA

Este lienzo trasciende á retrato. Pero no es uno de esos retratos vulgares en que la reproducción de las líneas da por resultado un algo frío, insoportable, sin vida: el algo de las figuras de cera. Todo lo contrario: tenemos á la vista un rostro expresivo, unos ojos que subyugan, unos labios que convidan á besarlos, una pastora temible...

Temible, ¿para quién? Quizás para ella misma. Dios no lo permita; mas no sería la primera vez en que el idilio empezado en el campo terminase en la marmórea mesa de un anfiteatro anatómico.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UNA FIESTA DE BODAS, cuadro de F. Weiser

Hay en este lienzo algo que recuerda á Rubens; la grandiosidad de concepción, la prodigalidad de personajes, la riqueza de detalles, y hasta cierta manera de agrupar propia del ilustre pintor flamenco.

LA VIÑA DEL SEÑOR

(Conclusión)

– El tunante que ponga en duda que el señor alcalde es la honra del pueblo, merece ir á presidio.

– ¿Es verdad que el síndico y el escribano son otros dos ladrones que están ligados para heredar á todo el que se muere?

– El pillo que no hable bien del señor regidor síndico y del señor escribano merece que le den garrote.

– Pues de V. lo hemos aprendido, tío Canina.

– ¡Embusteros!... ¡canallas!... ¡Eso es una mentira! ¡eso es una calumnia!... ¡viva el señor alcalde! ¡viva el señor regidor síndico! ¡viva el señor secretario! ¡viva el señor escribano!...

Era costumbre inmemorial en la villa arreglar durante el otoño los caminos y calzadas, para evitar que se convirtieran en barrizales intransitables con las lluvias del invierno. Cuando el caso llegaba, el Ayuntamiento publicaba un bando en que advertía que los mayores contribuyentes estaban obligados á pagar tres jornales; dos los demás propietarios y dueños de establecimientos no matriculados en las clases inferiores del subsidio industrial, y uno toda la gente menuda avecindada en la población. La primera vez que el alguacil Canina colgó en la plaza la tablilla del bando de los caminos, uno de los más fervorosos oyentes de sus predicaciones de otros tiempos se le acercó seguido de cortejo numeroso.

– ¿Qué quiere la buena gente? – preguntó el alguacil, dando un golpecito en el hombro á su discípulo y echando una mirada sesgada y recelosa á los que le acompañaban.

– Como V. tiene un pico de oro, – dijo el interpelado, – venimos á que nos favorezca. Queremos que nos lleve usted á ver al alcalde...

– Al señor alcalde, – corrigió Canina, interrumpiendo á su admirador. Este continuó:

– Sea el señor alcalde, que no hemos de disgustarnos usted y yo por palabra más ó menos. Queremos que le diga V. en nuestro nombre que no ignora que el año ha sido muy malo para los pobres, y que aunque estamos dispuestos á seguir trabajando como negros desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, para que el campo dé á los ricos buenas cosechas, desearíamos que antes de exigirnos un jornal para arreglar los caminos se echara mano de los cien ducados que paga el pueblo de más al escribiente del secretario, que no hace nada desde que despunta el alba hasta que el sol se pone.

– El señor escribiente del señor secretario ascendió á señor oficial porque merece mucho más de lo que cobra, – repuso Canina. – De ello podemos dar fe todo el ayuntamiento. ¿Qué sabéis vosotros de lo que valen los trabajos de cabeza? Además, el señor alcalde nos mandaría á paseo.

– Pues no le diga V. eso. Dígale V. que estando reducidas nuestras pobres mujeres á trabajar como negras desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, comiendo mendrugos y un potaje de habas ó lentejas, y vistiendo una ropa que es un purísimo guiñapo, queremos que antes de pedirnos un jornal le hagan devolver á la mujer del oficial del secretario, que todos los días come su buen cocido, y gasta buenos vestidos y buenos pañolones de Manila, y no hace nada desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, los cien ducados del pueblo que le dieron para regalarse el hocico y lucir moños, perifollos y galas.

– La señora del señor oficial, – replicó Canina impacientándose, – hace muy bien en gastar en lo que le dé la gana el dinero de su casa. Y en vez de meteros en si trabaja ó no trabaja, lo que vosotros tenéis es obligación de hablar bien de ella porque es toda una señora.

Tales palabras hicieron enmudecer al que antes había hablado, y desataron las lenguas que hasta entonces habían permanecido mudas. Entre un vocerío general se oyeron estas frases, que si no eran rayos, eran relámpagos y truenos de una tormenta pavorosa.

– ¡Señora! ¡señora! Pecado más, pecado menos, será una Mariquilla.

– ¿Y qué tenéis que decir vosotros de Mariquilla?

– ¡Nada! Que no sabemos por qué le han regalado la casa en que vive.

– Y los muebles de lujo que tiene.

– Y los anillos de sus dedos y los zarcillos de sus orejas.

– Y el dinero con que compró el último verano veinticinco cahices de trigo.

– Y el que empleó el invierno anterior en cincuenta arrobas de aceite.

– Y el que tiene prestado con escritura á los labradores, que de dos mil ducados no bajará mucho.

– ¡Todos sois unos envidiosos! ¡todos sois unos deslenguados! ¡todos sois unos tunos!

– Hace V. bien en defenderla. Ya sabemos que su hijo de V. la quiere para mujer.

– Y que V. la quiere para nuera.

– Y que el domingo pasado leyó el señor cura en misa la segunda amonestación.

– Y váyase lo perdido por lo ganado.

– Y lo que le sobre por lo que le falte.

– Lo que yo os digo es que vosotros y vuestras mujeres sois una gentuza; vosotros robáis el jornal que os pagan, porque todo el día lo pasáis murmurando, en vez de pasarlo destripando terrones; y vuestras mujeres son unas tramposas que deben el pan en el horno, el aceite en la tienda, y hasta la carne al carnicero, porque todo lo necesitan para vinazo y aguardentazo. ¡Los pobres! ¡los pobres!... ¡la canalla! digo yo ¡la canalla!

Se oyó un rugido y voces de ¡muera! Afortunadamente para el viejo alguacil, pasaba en aquel momento por la plaza el Pato, montado en una mula, de la que llevaba otras dos de reata. Hecho cargo de la apurada situación del viejo, metió las mulas entre la muchedumbre, atropellándola y abriéndose paso, con lo cual no sólo produjo la confusión consiguiente, sino que logró también llegar hasta Canina. De un salto se plantó á su lado, y de un tirón quitó la azada al que tenía más cerca, enarbolándola con la misma facilidad que si fuera un carrizo.

– ¡Valiente hazaña de cobardes! – gritó con todas sus fuerzas. – ¿Os ha insultado? ha hecho bien: eso merece una multitud de fieras que se juntan para acorralar á un anciano. ¿Os ha amenazado? ha hecho bien: aquí estoy yo para aplastar de un solo golpe al que se atreva á tocarle.

Todos retrocedieron. Y es que todos sabían que aquel hombre que había sufrido con paciencia muchas ofensas que otro hubiera vengado, tenía aliento para mandar á la eternidad al primero que se acercase.

Aquella noche se presentó el Pato en casa de Canina y le habló de este modo:

– Está de Dios que yo lleve á V. al buen camino. Si Pepa no se encontrase en vísperas de darme otro hijo, y si mi amo no me dejara ser cortijero á mi modo, ni yo vendría todas las noches á mi casa, ni saldría tan tarde á cumplir mi obligación, y á estas horas habría vacante una plaza de alguacil.

– Puede ser, – refunfuñó Canina con un acento que revelaba menos gratitud á su salvador que odio á sus antiguos oyentes.

– Délo V. por cierto; pero no vengo á eso. Vengo á decirle á V. que cuando yo fuí militar conocí á un cabo llamado Terrones. Hablaba mal de todo el mundo porque era envidioso, sin perjuicio de hablar bien al siguiente día, si entraba en sus cálculos, porque era egoista. Le gustaba echársela de personaje, porque no le faltaba vanidad. Se humillaba para pretender, porque también era adulador, y con tal de tener dinero sin trabajar se atrevía á todo, porque además era de la raza de los holgazanes. Es decir, que si hubiera estado aquí, hubiera hecho lo mismo que V. viene haciendo toda su vida, y hasta se le hubiera ocurrido, como á su hijo de V., casarse con Mariquilla. Pues bien, la envidia, el egoismo, la vanidad, la adulación y la holgazanería del cabo Terrones tuvieron un fin desastroso. En una taberna le atravesaron el corazón de una puñalada. Acuérdese V. de ello todos los días al salir de su casa, y quédese V. con Dios, que Pepa me estará esperando impaciente.

A rejalgar supieron á Canina las palabras del Pato. Ya lo presumía éste: pero así como los médicos recetan lo que creen que ha de curar á sus enfermos, sin tener en cuenta lo dulce ó lo amargo de los medicamentos, Patricio, á pesar de su temperamento generoso, ó mejor dicho, precisamente por su temperamento generoso, había apelado á frases que cada una era una bofetada, creyendo conseguir de este modo que el alguacil se desviase del camino de los profundísimos infiernos. ¡Vana esperanza! No hay medicina capaz de volver á un tísico los pulmones que las úlceras le han destruído, ni son menos incurables los pulmones del alma cuando están destrozados por las úlceras de todas las ruindades y todas las miserias humanas.

El alboroto de la plaza no produjo sólo la visita del Pato al tío Canina: produjo además una sesión extraordinaria del Ayuntamiento. Se puso á discusión si debía destituirse al alguacil: el secretario dijo:

– Como en el fondo resulta que ha ensalzado á la corporación municipal, yo opino que en vez de castigarle, lo que procede es acordar que todos en su caso hubiéramos hecho lo mismo.

Entonces se pensó que lo mejor sería formar causa criminal á los alborotadores. El secretario habló así:

– Si oyéramos que á nosotros y á nuestras mujeres nos llamaban gentuza, canalla, ladrones y tramposos, ¿tendríamos serenidad para oirlo? Pongámonos en su caso, y convengamos en que hubiéramos hecho lo mismo que ellos; ¡lo mismo!... ¡lo mismo!

– Pues algo hay que acordar, – dijo un individuo del Ayuntamiento.

– Acordemos irnos á comer, – replicó el alcalde, poniéndose el sombrero en señal de que había concluído la sesión extraordinaria.

* * *

El hijo de Canina se casó filosóficamente con Mariquilla.

Acto continuo manifestó al tendero que en adelante no podía dedicarse á llevar cuentas ajenas porque necesitaba el tiempo para ajustar las de la riqueza de su mujer. En esto se equivocaba de medio á medio: cuantas veces intenta intervenir en la administración y manejo de lo que Mariquilla aportó al matrimonio, tiene que contentarse con oir que ella no necesita cirineos y que él no sirve para nada. Viven como perros y gatos. ¡Se dicen uno á otro unas cosas, y se llaman con unos nombres tan feos!...

El padre de Pepa murió de puro viejo, dejando á su hija una herencia de más de diez mil ducados. El Pato está convencido de que llegará á tener un cortijo propio, á pesar de que Pepa continúa siendo una conejita de las más aprovechadas.

El tío Canina tuvo una mañana el mal acuerdo de enjuagarse el gaznate con mayor cantidad de aguardiente que el que acostumbraba. Se presentó en la casa capitular en un estado lamentable. El alcalde le anunció que desde aquel momento quedaba destituido, y acto continuo el viejo fué á la plaza, donde se acercó á un grupo de jornaleros que no habían encontrado trabajo. Pronunció una de aquellas arengas que podían condensarse en dos frases: Los pobres son honrados y laboriosos: el Ayuntamiento es una madriguera de ladrones.

Los jornaleros le oyeron como el que oye llover.

Al siguiente día, en vista de que lo de la destitución no pasó de ser una amenaza, el alguacil se creyó obligado á cambiar de opiniones, y sostuvo que los pobres son unos haraganes y canallas y que el señor alcalde y los demás señores del Ayuntamiento se sacrificaban por la felicidad de la villa. También esta vez le oyeron como el que oye llover.



ESTUDIO, de Werner Schuch

Poco después murió ahogado en un pozo de las inmediaciones de la población. ¿Se arrojó? ¿Lo arrojaron? Las diligencias que se instruyeron con tal motivo no esclarecieron el hecho: con distintas palabras, todas las declaraciones que se tomaron decían:

– He oído que el tío Canina era una víbora, y si lo era, parece natural que le hayan aplastado; pero yo no lo creo. Si no le aplastaron, esto es, si no lo echaron al pozo, es que se echó él; pero tampoco lo creo.

El secretario del Ayuntamiento, hablando con el oficial, dedicó al suceso el siguiente comentario:

– Si ha sido un asesinato, pongámonos en el caso del asesino y convendremos en que tal vez nosotros hubiéramos hecho lo mismo. Si ha sido un suicidio motivado por los remordimientos, pongámonos también en el caso del suicida y sacaremos en limpio que probablemente nosotros hubiéramos obrado como él.

¿Se ha suicidado? ¿Le han asesinado? No formemos juicios temerarios: de todo tiene la viña del Señor; uvas, pámpanos y agraz, y lo mismo puede haber sido lo uno que lo otro.

PEDRO MARÍA BARRERA

LAS CUSTODIAS CLÁSICAS
de nuestras iglesias

II

Es la ciudad de Cuenca tan famosa casi como la de León, por la familia de plateros que con el apellido de Becerril dió al arte de Castilla, y entre los cuales sobresalieron Alonso y Francisco, hermanos, y Cristóbal, hijo del segundo. Sobre quién de los primeros fué el verdadero autor de la custodia de dicha ciudad (1528-1573), ha habido distintos pareceres, aunque la inscripción la atribuía á Francisco; según Cean, pudo haberla comenzado Alonso y concluído éste. Por la descripción que hace de ella (pues se perdió, como siempre se dice, «cuando los franceses»), pesaba 616 marcos (unos 123 kilog.), constaba de tres cuerpos coronados por un cimborrio con su linterna, sobre la cual se alzaba la imagen del Salvador; tenía quizá mayor número de estatuas que ninguna de las demás; el viril ocupaba el segundo cuerpo; y en los otros dos, en vez de las figuras aisladas que usualmente van en el centro, ofrecía dos grandes composiciones de escultura (en el primero la Cena, y en el tercero la Resurrección), peculiaridad esta que, junto con su extremada riqueza de ornamentación, debió dar á la custodia de Cuenca la fama á que alude el mismo Juan de Arfe, el cual añade, trabajaron en ella «todos los hombres que en España sabían en aquella sazón (1).»



CAPRICHO INFANTIL, cuadro de G. Brennan

Por fortuna, se conserva aún otra custodia de este grupo: la de Alarcón (Cuenca), ejecutada por Cristóbal Becerril para la parroquia de San Juan de dicha villa y acabada en 1575. Consta de tres cuerpos, terminados por una cúpula. Los dos primeros son de planta cuadrada, corintio el inferior, y jónico el segundo; decorados ambos con profusión de estatuas de santos, evangelistas, cabecitas, etcétera; en el tercero, octógono, va un apostolado; la cúpula está sostenida por unos dragones; y el viril por cuatro ángeles en el centro (2).

La custodia de Segovia es obra del toledano Rafael González, comenzada en 20 de setiembre de 1654 y concluída en 28 de abril de 1656, é inferior, sin duda, á lo que habría sido en caso de haberse llevado á cabo el encargo que para hacerla recibiera del cabildo en 1588 Juan de Arfe, el cual llegó á presentar el proyecto, quedando en tal estado. La alhaja de González tiene dos cuerpos (en el segundo de los cuales van, por cierto, ocultas en la especie de buhardilla que viene á formarse entre el cielo raso y la cúpula, las campanillas de ordenanza). Su planta es octogonal, de lados desiguales abajo, é iguales en el cuerpo de encima, cuya linterna remata en una perinola de forma poco agraciada. En el primer templete se halla albergado el viril, dorado, de escaso gusto y que representa al ave mística, en cuyo corazón se coloca la Sagrada Forma; la estatua de la Fe ocupa la capilla superior, estatua que, como las restantes, carece de importancia. En cuanto á su estilo, puede en cierto modo referirse al de Juan de Arfe, cosa por lo demás explicable, pues es sabido que, de los dos tipos del Renacimiento que aquí prosperan, el greco-romano preponderó al cabo, hasta ahogar por completo á su rival, con ser tan espléndido y suntuoso. A esto queda reducida la semejanza entre la obra de González y las del platero leonés, de cuya gracia sería difícil hallar el menor vestigio en sus adornos, más bien que sobrios, pobres (que es muy otra cosa), y en sus repujados de muy vago carácter, como lo es la decoración general del XVII, entre nosotros, hasta que se acentúa el barroquismo, visible ya en muchas partes de esta pieza.

Las otras custodias que merecen citarse son las de Jaén y Zaragoza y la grande de Cádiz.

Fué autor de la primera, Juan Ruiz, andaluz, discípulo de Enrique Arfe, mientras en Córdoba trabajaba la de aquella Catedral; pero que optó por el nuevo estilo «de la arquitectura restaurada,» comenzando su obra en 1533 y dándola por concluida en cuatro años. Pesa 80 kilog. de plata; tiene más de dos metros de altura y consta de seis cuerpos, el primero de los cuales contiene el viril, sostenido por unos ángeles; llevando en los demás gran número de estatuas, una de ellas la de la Concepción, dentro del tercero, y coronándolo todo por la del Salvador. Sus proporciones son por extremo esbeltas, recordando la forma general de las góticas de Córdoba y Toledo, y su estilo es diametralmente opuesto al de Juan de Arfe, es decir, el más rico y profuso. Templetillos, hornacinas y doseletes; columnas, balaustradas, flameros y una superabundancia de estatuillas, relieves y filigranas tal, que no hay faja, pilastra, zócalo, enjuta... en suma, superficie alguna, por pequeña que sea, que no esté decorada de espléndida manera, ofrecen un conjunto, cuya primera apariencia más recuerda en verdad el último estilo gótico, que la severidad y sequedad greco-romanas. En este género del primer Renacimiento suntuoso, es la custodia de Ruiz, la mejor tal vez que poseemos.

Las proporciones de las de Zaragoza y Cádiz son muy inferiores á las de ella, aunque por diversa razón: la de la Seo aragonesa, por demasiado ancha en sus cuerpos inferiores, en relación con los altos; la de Cádiz, por excesivamente estrecha é igual en todos ellos, que parecen casi del mismo diámetro.

La primera (3), cuyo autor fué Pedro Lamaison, se concluyó en 1537, siendo hecha de la plata que dejó para ella el arzobispo D. Alonso de Aragón, hijo del Rey Católico. Tiene cuatro cuerpos y pesa 200 kilog. En el primero de aquellos se halla la imagen de Santo Tomás de Aquino; en el segundo, el viril; el Salvador (título de la Iglesia) en el tercero; terminando por un remate extraordinariamente prolongado, subdividido en tramos y cuya forma recuerda la de las macollas góticas de los siglos XV y XVI. El número de sus columnas, templetes, estatuillas,



EL SACRIFICIO, dibujo de M. Stone

(1) Citado por Cean, I, p. 116.

(2) No he visto esta custodia y me limito á extractar á Cean.

(3) Todos los datos relativos á la historia de esta rica obra, que he podido en más de una ocasión admirar y cuya fotografía (por Laurent) tengo delante, los debo exclusivamente á la bondad del erudito coronel de artillería Sr. D. Mario de la Sala. Cean Bermúdez nada dice de ella. En cuanto al apellido *Lamaison*, no ofrece mucho carácter nacional; pero la obra lo tiene resueltamente.

EL MOVIMIENTO, cuadro de Eduardo Picnul



LA TRANQUILIDAD, cuadro de Maudtmann



GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS, cuadro de Elena Birnbacher

relieves, cresterías y adornos de todas clases, es verdaderamente enorme, hasta hacer de esta riquísima pieza, en su género, la más suntuosa quizá de nuestros tesoros eclesiásticos. Por lo mismo, resulta recargada hasta el extremo; defecto que, unido á las excesivas dimensiones de los dos cuerpos inferiores y de sus magníficos contrafuertes, por relación á las de la parte superior, impiden que su estructura sea de tan delicado gusto como el de otras, por más que el pormenor ofrezca verdaderas maravillas de finura. El basamento y otras adiciones, como son las estatuitas de los cuatro doctores sobre la cornisa del primer cuerpo, son obra de Xargallo, á principios del siglo XVIII.

En cuanto á la de Cádiz, es de Antonio Suárez, que la principió en 1648, acabándola en 1664. Su planta es exagonal; y su altura excede de 4 metros, distribuídos en tres cuerpos, sobre los cuales y la cúpula cerrada que los termina, se alza la estatua de la Fe. En el cuerpo inferior se coloca, como viril, el «Cogollo,» de que ya se hizo en otra ocasión mérito (1) y que se recordará es por sí mismo una custodia completa: particularidad que quizá no se ofrezca en otra alguna; en el segundo cuerpo se halla la imagen del Salvador resucitado, y en el tercero, una cruz. A pesar de la época, todavía conserva en su estructura y ornamentación el estilo Renacimiento afiligranado, tan enteramente distintivo é imposible de confundir, así con el de Juan de Arfe, como con los desvaríos posteriores. En las estatuas y relieves, como en alguna alteración que experimentó en 1698, parece haber tenido parte Bernardo Cientolini, italiano, autor quizá de los cuatro grandes faroles que decoran el carro; aunque no de este, completamente churrigueresco y obra de Juan Pastor, en 1740. Ya se ha dicho su capital defecto; por lo demás, presenta sumo interés.

No lo tendrían menor tantas otras que se han perdido. Cuando los aficionados á ver estos productos del arte llegamos á un templo y nos enseñan los estuches vacíos, donde se guardaron la fabulosa cantidad de alhajas, relicarios y joyas, cuyos últimos restos hacen, sin embargo, que hoy mismo nuestras Catedrales no tengan probablemente rival en el extranjero; cuando sobre todo vemos las enormes cajas de las custodias, hoy desaparecidas; cuando se piensa en nuestras turbulencias, guerras, calamidades, y sobre todo, en nuestro atraso, causa la más grave de todas y la más lenta de remediar, un sentimiento de dolor profundo se apodera del espíritu, al ver lo que hemos sido, lo que todavía podríamos ser... y lo que somos!

F. GINER DE LOS RÍOS



LA PASTORA

ELLA

(Historia de un pañuelo de batista)

POR DON FRANCISCO GRASYS ELÍAS

Introducción

Era la hora del alba; pero era una aurora sin el saludo de la alondra, sin el toque de diana de los pájaros, sin lluvia de perlas, sin rosados resplandores, sin perfumes, sin galas, sin encantos, sin poesía.

La luna, como un grandioso globo de fuego, se ocultaba tras los violetados montes del vecino reino de Aragón, en el mismo sitio en que algunas horas antes se había hundido el claro sol ansioso de admirar otros seres, otras tierras, otros mares y otras regiones.

Era el espectáculo más triste, más imponente y más desconsolador el que presentaba en aquella hora indecisa del crepúsculo matutino aquel melancólico astro, perdido tal vez en el vacío; aquella mole sin vegetación y sin aire, hundiéndose en el ocaso y asemejándose al sol de los muertos, al sol del Polo, al sol que alumbrará á la tierra, según rezan las Escrituras, en el tremendo día del juicio final.

Y sin embargo, aquella luna me atraía, me cautivaba y reunía á la par ciertos encantos arrobadores. Tal vez había besado la tumba de mi padre y la cama de mi madre; las trenzas de la mujer amada, los cristales del balcón de mi casa solariega; la tierra que me vió nacer y el mar que se adormece ante los muros de la populosa capital que como un ara santa, guarda las páginas más bellas de mi revolucionaria juventud.

La naturaleza presentaba en aquella hora el aspecto de un vasto cementerio: y los árboles, despojados de sus verdes ropajes y envueltos en la niebla, parecían imponentes esqueletos que hubiesen abandonado el panteón.

El frío era glacial; la escarcha trocaba la vía en un camino de plata; el aire matutino hería como punzantes agujas nuestros rostros y todo respiraba tristeza, silencio, abandono, muerte y quietud.

Acurrucado y más que arropado con bufanda y capa, admiraba desde el interior de una diligencia tan sombrío como imponente panorama.

Todos los viajeros aguardábamos con impaciencia la hora de partir.

La villa dormía por sus cuatro costados, y el canto de los gallos, el cacareo de las gallinas y el repique de las campanas que llamaban á los fieles á misa de alborada, eran los únicos acentos, aunque vagos, que se escuchaban en derredor.

Era domingo, y como tal día de descanso, y por lo tanto, todo hijo de vecino descansaba á pierna suelta en la población.

De pronto, en medio de aquel sepulcral silencio, llegó á mis oídos una de esas coplas desaliñadas, pero siempre tiernas y llenas de sentimiento, que constituyen la poesía del pueblo español.

El cantor era un mozo de mulas; la copla decía así:

Por lo mucho que te quiero,
tan sólo reclamo,
Que con tu pañuelo,
cuando yo me muera,
me aten las manos.

Esta trova, cantada con melancólica voz en aquella hora, en aquel sitio, en aquella mañana de invierno, lejos de mi ciudad natal, ausente de mis amores, apartado de mi familia y de cuanto amaba y codiciaba en la tierra, me llegó al corazón.

Recordé otros pañuelos, cerré los ojos y soñé.

Aquel sueño fué una verdadera novela, y aquella novela empieza así:

I

Nuestro héroe ó Félix, si quieren Vds. darle este nombre, pues este no es el suyo ni lo será nunca, era un joven de treinta años, moreno, de ojos negros, de cabello ídem, de sedoso bigote, de recortada barba como los árabes, elegante sin afectación, de carácter franco, comunicativo y emprendedor. Poseía algunos caudales, cuatro idiomas, había cursado en diferentes Universidades, poseía el mágico don de la oratoria, manejaba los pinceles, amaba la música hasta el delirio y tiraba el sable como el general Ney. A más reunía la mejor de las condiciones en su favor: era soltero.

Una tarde de mayo, en que paseábamos juntos por la carretera de Castellón, le dije amistosamente:

– Me han dicho, Félix, que hay en tu vida una página de amor muy interesante.

– Pues te han engañado por completo, – contestó mi interlocutor.

– Aseguran que no has sentido más que un amor.

– Y obran bien en asegurarlo, aunque eso no encierra nada de particular.

– ¿Es posible que una sola pasión se haya albergado en tu pecho?

– ¿Por qué no? Tú mismo lo has dicho y lo has jurado en aquella obra titulada: *Para la mujer*, que se compone de pensamientos de varios autores, que coleccionó el hermano del pintor de los muertos, como le llaman en la corte, y que tan bien pinta las mujeres vivas. «En el corazón humano caben todos los dolores y todas las alegrías; pero tan solo un amor.» ¿Te acuerdas de ello?

– Sí. Lo tengo presente. Has ganado el pleito, – murmuré bajando la frente.

– Te he vencido con tus mismas armas.

– Es verdad. Pero ¿podrá saberse el nombre de la dama?

– La heroína de mi historia, es... un pañuelo de batista.

– ¿Pues es una historia en blanco?

– Sí; es un libro virgen, la primera página de un álbum, que tú podrás llenar.

– Préstame el pañuelo y principiaré la obra.

– Procuraré complacerte. Suprimirás todos los nombres y el lugar de la escena.

– Se da por suprimido. Empieza.

– Allá voy.

Tomamos asiento en uno de los puentes de la carretera, desenvainamos las petacas, encendimos los cigarros, extendí el blanco lienzo sobre las rodillas, crucé las piernas, empuñé el lápiz, habló mi amigo y escribí.

Principia el drama.

II

Era una tarde de otoño. El melancólico sol de las almas tristes, como dicen en las Provincias Vascongadas, bañaba por última vez su espaciosa galería.

(1) *Custodias góticas*, en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, n.º 232.

Allí estaba ella, allí la ví por vez primera, sentada en un taburete, bordando sus iniciales en un pañuelo de batista, con el cuerpo inclinado hacia adelante, con los ojos fijos en la costura, con la sonrisa en los labios y con la aguja en las manos.

Toda su persona respiraba hermosura y juventud. Blanco era su rostro, y blanca su pureza, blanco su lienzo, blanca su bata y blancas las flores que adornaban su púdico y redondo seno.

Era... una divina transición entre la Virgen de la Silla de Rafael y la Margarita del Fausto sentada en la rueca.

El sol la envolvía con sus ósculos de luz; yo con las miradas más ardientes, más vivas y más apasionadas que hayan brotado del corazón.

Huí de ella y de la ciudad.

Procuré olvidarla, y sin embargo, su bella imagen no se apartaba de mi pecho.

Parecía que él fuera su marco, su altar, su medallón, su guardapelo.

¡Y cómo olvidar su pequeño y peregrino rostro; sus lustrosas trenzas negras como el ángel de la noche; sus rasgados y amorosos ojos verdes, que parecían dos hermosos cielos pintados del color de la esperanza; su esbelto y flexible talle; su elegante porte; sus aristocráticos ademanes; su pintoresca conversación; sus finísimas manos, y hasta, aunque parezca exagerado, sus diminutos pies!...

Era pedir un sacrificio, y ellos no se han hecho para mí.

III

Era la noche de un viernes de cuaresma.

Velada de penitencias, de maceraciones, de vigilias, de rezos, de ayunos y de abstinencias de carne.

Era una noche consagrada al espíritu y en que la materia estaba de más.

Como no había función en el teatro, siguiendo añejas costumbres, ni velada literaria, ni científica, ni musical en el Ateneo, ni ninguna reunión política, encaminé mis pasos á una de las iglesias principales de la capital.

La música de capilla ejecutaba el sublime Miserere de Doyague. Aquel poema musical que encierra el arrepentimiento de una página de amor sacrílego en alto grado y que no es del caso consignar.

En el crucero, detrás de una mesa petitoria, ante una artística bandeja colocada entre dos magníficos candelabros de plata, la descubrí.

Allí estaba ella. Allí la admiraron mis ojos por segunda vez.

No era una mujer, era una tentación, era una divinidad con todo el esplendor de su hermosura.

Se hallaba de nuevo en mi camino: pero más esbelta, más hermosa, más elegante que cuando la contemplé por vez primera.

Iba vestida de negro, como todas las mujeres que has amado, que has descrito en tus novelas y que has cantado en tus poesías. Una elegante mantilla cobijaba su pequeña cabeza dejando en claro los perfumados rizos que jugueteaban sobre su frente, y una caprichosa cruz de oro se agitaba sobre su pecho.

Me acerqué á la mesa y tiré á la bandeja una moneda de cien reales.

Dí algo más que una moneda de oro: en aquella bandeja arrojé el corazón.

Ella sonrióse dulcemente, dobló la cabeza con cierta coquetería aristocrática y murmuró un cumplido.

Entonces creí que Dios había abandonado el altar y que ella era la única divinidad en aquel religioso templo.

Entonces... me tratarías de ateo, de loco, de visionario, de exagerado y prefiero ocultar mi sentimiento y continuar la narración.

Una hora mortal estuve de pie en el templo.

Cuando terminó la función, salí á la calle, encendí un cigarro y la aguardé.

La niña no se hizo esperar. Acompañada de dos respetables damas, abandonó la iglesia y una vez en la calle subieron juntas á una carretela.

Al cerrar un lacayuelo la portezuela del carruaje noté en el suelo un objeto blanco. Lo recogí y era... su lienzo.

¡Era un finísimo pañuelo de batista, un tesoro recogido en medio del arroyo, una perla en el fango, el cendal de un ángel perdido en un lodazal!

Inútil es decirte, que sin darme cuenta de ello, lo colmé de besos, ocultándolo después sobre mi corazón.

Aquella noche me sirvió de almohada.

Fué mi paño de lágrimas, pues también lloré.

Al día siguiente lo besé de nuevo, lo coloqué dentro de una caja de marfil y por conducto de mi fámulo lo devolví á su dueña.

Me separé de él como de un ser querido.

Aquel trapo, como dirían algunos, constituía, sin embargo, mi felicidad.

IV

Te mofas. Ríete á tu gusto. ¡Bienaventurados aquellos que pueden reir!

Ha dicho sabiamente Víctor Hugo: «que el amor tiene cosas de niño.» Pues bien, yo soy un rapaz hecho y derecho que aun no ha soltado los andadores del amor.

¡Hay tontos que sin sospecharlo me hacen compañía!

Una noche de mayo Dios ó el diablo nos juntó de nuevo.

Era una de esas veladas que se sienten, pero que no se describen. Noches en que la atmósfera está inundada de electricidad; en que hay necesidad de vida, de amor y de mutua correspondencia; en que cierto fluido, hijo del cielo, se dilata en nuestras venas; en que hierve la sangre; en que ansias infinitas inundan el corazón; en que la mente se forja mil candorosas imágenes; en que parece que se aviva, rejuvenece y trasforma nuestro ser.

El alma y la materia representan á *duo* en el mes de mayo el gran papel.

Quien dice mayo dice nidos, y quien dice nidos lo dice todo.

Es el mes de las rosas con espinas y sin ellas.

La primavera del año.

La estación del amor.

De las golondrinas.

De las cerezas, alegría de los niños y alimento de los pájaros.

De las mañanitas cantadas por Calderón.

De los paseos matinales y de las citas de amor al resplandor de la luna.

De los idilios.

De las fresas. Acabo de acordarme de tus labios bermejos, amor mío, que son dos fresas que encierran mi corazón.

El mes consagrado á María, pues el nombre de María es un ramo compuesto de flores y de estrellas. De lo más bello y de lo más puro.

El mes de la Maya. Fiesta popular abolida y olvidada.

El de condena para los estudiantes.

El de gloria para las floristas.

Y el bendito mes en que Dios crió las mujeres en este mundo.

Porque las mujeres son un mayo, rosas con espinas, pájaros de la tierra, regocijo del amor y tormento de los hombres.

Sin las mujeres el mundo sería un cementerio; y si el mes de mayo no existiera, no fuera tan temible y tan resbaladizo el amor.

Aquella noche tenía lugar un gran concierto en la embajada francesa.

Allí fuí de frac y corbata blanca.

Allí la admiré, la aplaudí y la besé con el alma y con el pensamiento, pues bien sabes que de ese modo también se besa, según ha dicho Campoamor.

Vestida con una elegancia sin igual; con flores en el tocado y en el pecho; desnuda la espalda y los torneados brazos; envuelta en seda; arrastrando la crujiente y majestuosa cola; inundada de luz; henchida de gracia y majestad y con una hermosura *matadora*, – pues no ignoras que hay hermosuras que matan como los celos, los desengaños y otras mundanales pasiones, – ejecutó en el piano una melodía rabiosa á los cielos, una melodía casi divina de Mendelssohn.

La ejecutó con tanta expresión como sentimiento y una lluvia de aplausos resonó en el salón.

Cuando la hermosa abandonó el piano, me apresuré á ofrecerle el brazo.

Ella sonrióse dulcemente y lo aceptó.

Enjugóse sus lindos labios con aquel bendito pañuelo de batista y murmuró después con dulce acento:

– ¿Lo reconoce usted?

– ¡Y tanto! – contesté con cierta adoración.

Mi bella inclinó la cabeza, y con lisonjeras frases, me encareció su agradecimiento por el servicio que le había prestado devolviéndole aquella prenda de inestimable valor.

En aquel momento, lo digo sin rebozo, hubiera querido con alma entera que se le hubiera extraviado de nuevo su pañuelo para tener el placer de besarlo y la satisfacción de podérselo devolver.

El amor es sólo un conjunto de pequeñeces de esta especie, y estas pequeñeces, aunque te parezca extraño, constituyen el alimento del corazón.

Félix tiró el cigarro y dijo después:

– Ha dicho Calderón que el delito mayor del hombre es haber nacido.

Es verdad.

Si mis padres se hubiesen ahorrado el trabajo de mandarme á este mundo, me hubieran evitado una de las mañanas más tristes que he pasado en esta vida.

En aquella época, fuí á visitar una de las ciudades más celebradas de España por sus monumentos, por sus mujeres, por sus flores y por su risueño mar, que parecía un inmenso espejo de plata bruñido por los ángeles del cielo, y en el cual se mira Dios.

Porque Dios también se miró en sus obras como las madres en los ojos de sus hijos.

Aquella mañana, al salir á la calle noté que el cielo amenazaba lluvia, mas no quise cargar con el paraguas, ni poner mi persona al abrigo del pesado chubasquero y recorrí á pie la populosa capital.

De pronto se ocultó el sol, retumbó la tremenda voz del trueno, cruzó los aires una exhalación, y un verdadero diluvio inundó la ciudad y su florida y dilatada campiña.

Busqué un refugio, y como los reos de lesa majestad lo hallé en un templo.

¡Cuánto me arrepiento de haber entrado en él!

Huí del agua y dí con el fuego.

Quise ponerme á salvo de la tormenta atmosférica, y otra tormenta más horrible desencadenóse en mi corazón.

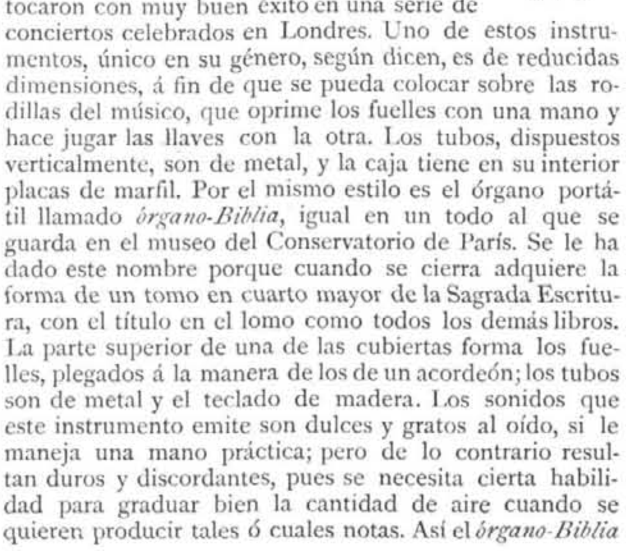
(Continuará)

LA MÚSICA EN LA EXPOSICIÓN DE INVENTOS

En la última exposición de instrumentos musicales celebrada en Londres, han llamado mucho la atención las magníficas colecciones de violines, organillos y otros instrumentos, entre los cuales figuran algunos antiguos junto á los de más reciente invención. Si faltan los dos ó tres violines célebres conocidos con los nombres de la *Doncella* y el *Diablo*, en cambio hay otros que por sus excelentes cualidades se pueden considerar como verdaderas joyas. Seguramente los profanos no sabrán apreciar su mérito, y á éstos les diremos que el violín ha llegado á ser un instrumento tan perfecto y admirable que las más ligeras diferencias tienen la mayor importancia para sus cualidades; hasta el barniz, que da color y brillo á la forma, influye en los tonos musicales que el instrumento debe producir.

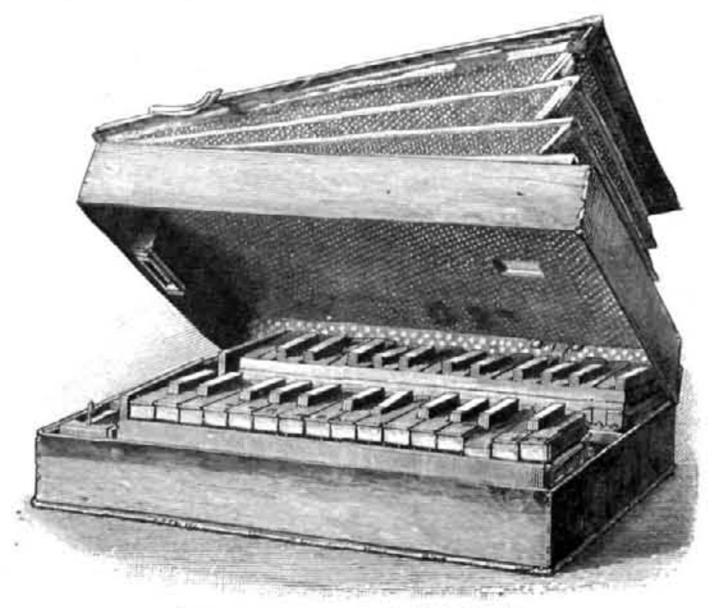
En la colección de que hablamos hay una serie completa de violines, violas y violoncelos; los grandes nombres de Stradivarius y Amati están representados por instrumentos cuyo valor en metálico se cuenta por miles de pesetas; algunos tienen doble interés por sus asociaciones históricas, y otros son los instrumentos favoritos de célebres violinistas de nuestro tiempo, cuyos nombres conoce todo el mundo.

El expositor M. Donaldson ha presentado, entre otros, un curioso instrumento llamado *violín de bolsillo*, largo y muy estrecho, que según parece se inventó para uso de los maestros de baile, los cuales podían llevarle fácilmente consigo. Este violín no tuvo nunca gran importancia como instrumento musical, aunque el construído por Stradivarius, conservado en el museo del Conservatorio de París, se tocó en la orquesta del teatro de la Ópera en 1858 y excitó la admiración de los inteligentes por la sonoridad y dulzura de los tonos. El violín de bolsillo de Donaldson, con su hermosa cabeza de marfil esculpida, es una preciosa muestra del arte italiano del siglo XVII, y debe creerse que semejantes instrumentos tenían más valor por la belleza de su forma y sus adornos que por su utilidad práctica.



Violín de bolsillo

En la colección enviada por el Conservatorio de Bruselas para la Exposición de que nos ocupamos, hay varias muestras de pequeños órganos portátiles, algunos de los cuales se tocaron con muy buen éxito en una serie de conciertos celebrados en Londres. Uno de estos instrumentos, único en su género, según dicen, es de reducidas dimensiones, á fin de que se pueda colocar sobre las rodillas del músico, que oprime los fuelles con una mano y hace jugar las llaves con la otra. Los tubos, dispuestos verticalmente, son de metal, y la caja tiene en su interior placas de marfil. Por el mismo estilo es el órgano portátil llamado *órgano-Biblia*, igual en un todo al que se guarda en el museo del Conservatorio de París. Se le ha dado este nombre porque cuando se cierra adquiere la forma de un tomo en cuarto mayor de la Sagrada Escritura, con el título en el lomo como todos los demás libros. La parte superior de una de las cubiertas forma los fuelles, plegados á la manera de los de un acordeón; los tubos son de metal y el teclado de madera. Los sonidos que este instrumento emite son dulces y gratos al oído, si le maneja una mano práctica; pero de lo contrario resultan duros y discordantes, pues se necesita cierta habilidad para graduar bien la cantidad de aire cuando se quieren producir tales ó cuales notas. Así el *órgano-Biblia*



ÓRGANO-BIBLIA, grabado de J. Hipkins

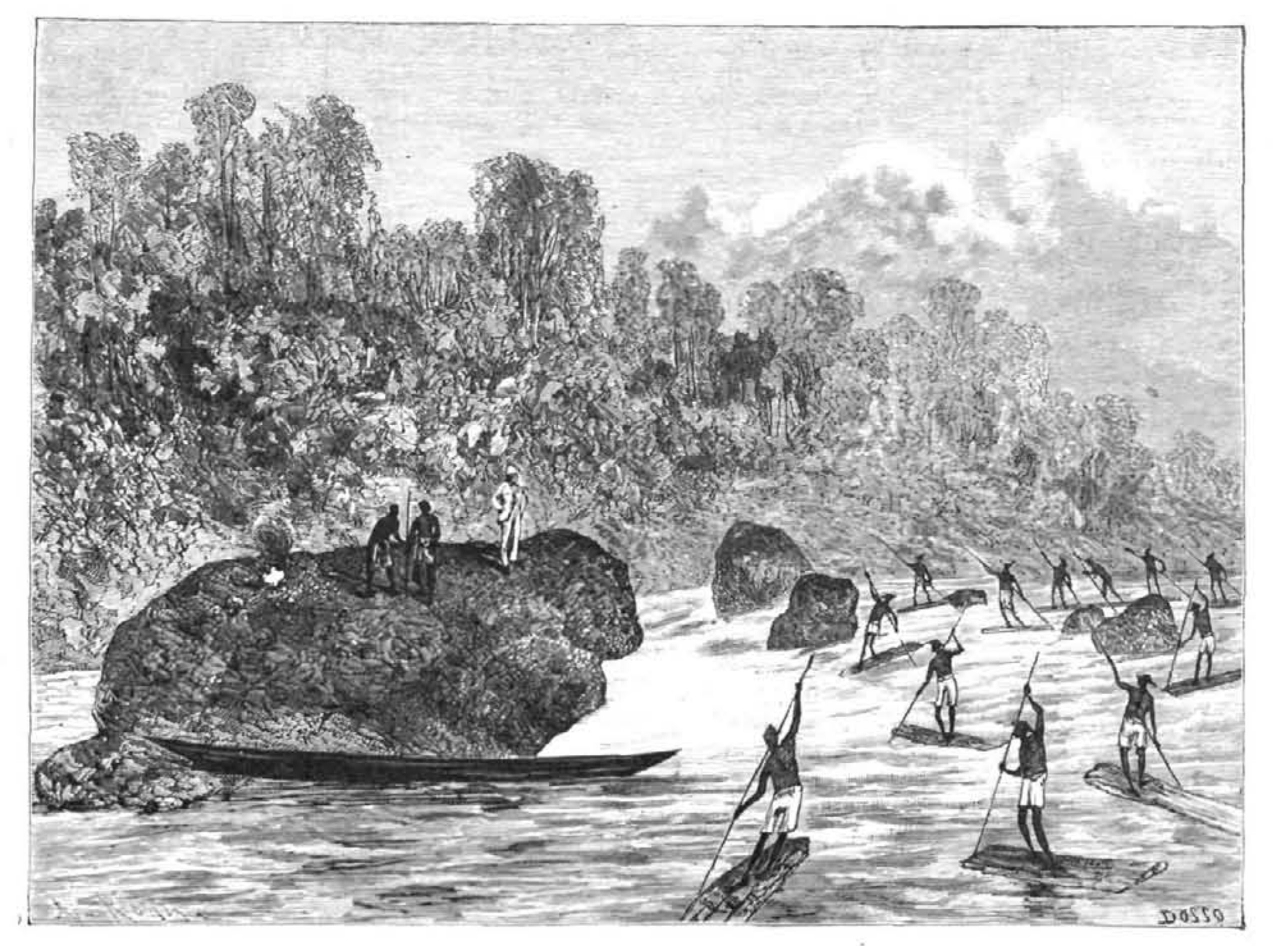
como otros dos que se le asemejan por su conjunto, aunque son algo más complicados, y sobre todo más ricos como obra de arte, datan del siglo XVII y son una precio sa muestra de los adelantos de aquella época en la construcción de este género de instrumentos musicales.

Nuestros grabados son una copia exacta del violín de bolsillo de Donaldson y del *órgano-Biblia*.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)



Viaje á Filipinas. – Balsas mandayas

A las tres de la tarde llego á Kalibuhassan, centro importante, donde hay cinco grandes casetas: es el tipo del pueblo mandaya.

Kalibuhassan se halla en un alto promontorio enlazado con la orilla por un istmo; las casetas parecen como suspendidas á la elevación de 12 á 15 metros sobre el suelo; y apóyanse en estacadas y troncos de árboles; su techo, de dos pendientes, formado con dos bambúes, es sumamente bajo; las dos extremidades de la arista media, dos caballetes, sobresalen del tejado, con el que forman un ángulo opuesto por el vértice; veo en ellos un penacho de crin destinado á conjurar los espíritus (1). Al rededor de las casetas se corre una alta empalizada de estacas muy agudas, constituyendo un recinto flanqueado por dentro y por fuera de *trampas de lobos*, profundas y erizadas de fuertes puntas de bambú, disimulándose su orificio bajo una capa de ramaje y basuras. En la orilla, una especie de tridente sirve de apoyo á una tabla en que se han depositado bananas y arroz, ofrenda á *Limbucun*, la tórtola sagrada, á la que todos los naturales de Mindanao parecen rendir homenaje. Así como en los demás puntos recorridos antes, prodúcese una pasajera emoción á mi llegada, pero pronto renace la tranquilidad con algunos presentes: mientras que me baño, algunos indígenas me observan, á fin de asegurarse, según me lo dijeron más tarde mis muchachos, si el hombre blanco tiene tan velludo el cuerpo como el rostro.

Deseoso de economizar mis víveres, pido algunos huevos y gallinas; pero los recursos de esta pobre gente son insignificantes, y no se atreven á tocar nada en ausencia de su jefe, que ha sido llamado por su soberano, el dato moro de Bincungán. Por degenerado que esté el islamismo de los malayos del golfo de Davao, aun le deja al mísero dato de Bincungán suficiente prestigio para mantener en estrecha obediencia á mandayas que por la raza y el valor son por lo menos sus iguales.

Los mandayas se distinguen por lo vigorosos; con frecuencia son esbeltos y barbudos, pero comunmente se afeitan la barba y las cejas; su rostro, muy ancho, caracterízase por lo saliente de los pómulos, mas á pesar de esto la fisonomía no es desagradable, gracias á los grandes ojos negros, velados por largas pestañas.

Doy algunos collares á los niños, que se revuelcan en el fango de la orilla; y entonces un pariente del jefe acércase á mí y me dice: «Bien veo que eres un *lumun* (hermano); sube á mi casa y duerme en paz.»

Dos bambúes cortados, cuyas extremidades se unen con un fuerte tejido de bejucos, sirven para penetrar en el interior de la caseta; forman una especie de escala primitiva, que el amo manda retirar apenas se pone el sol; la caseta no tiene puerta ni ventana; de modo que el aire y la luz penetran escasamente por una abertura practicada entre las paredes y el tejado; esta abertura da la vuelta á la única habitación; las paredes, toscamente cortadas, presentan como unas troneras, del todo semejantes á las de nuestros castillos del siglo XIII, el humo sale por donde puede; y á veces se queda dentro. El mobiliario, casi nulo, se reduce á unas esterillas, un ruedo y un bastidor primitivo, pues los mandayas fabrican, así como los Guiangas y los Bagobos, sólidos *dogmays*. Las armas abundan: hay arcos y flechas con puntas de bambú, puñales, lanzas y balas de hierro, todo lo cual constituye un verdadero arsenal.

10 noviembre. – Emprendo la marcha á las siete de la mañana: antes de partir, el joven mandaya embarcado el 8 cerca de Babao arrójase á mis pies y me suplica que no le lleve más lejos; creíase ya esclavo, y al parecer sorprendéle que le deje marchar, dándole una razonable cantidad de percal. Aunque le hago nuevas ofertas para que me acompañe, niégase tenazmente, diciéndome: «Verdad es que contigo como cuanto quiero; pero si fuera más lejos me cortarían la cabeza.»

Las orillas del Sahug están desiertas; su curso, cuya dirección general se inclina al norte, sigue siendo tan sinuoso como antes. La latitud de mediodía me da 7° 32′ 53″; de modo que sólo he ganado 3′ 5″, poco más ó menos por el norte = 5,5 kil. desde hace 24 horas; en una porción muy pequeña de su curso, las orillas, cortadas á pico, se componen de espesas capas de arcilla estratificadas horizontalmente en una altura de 4 á 6 metros; en todos los demás puntos, una enmarañada vegetación cubre el suelo.

(Continuará)

(1) Las casetas de los Dayaks de Borneo ofrecen mucha analogía con las de los Mandayas.

Viaje á Filipinas. – Interior de una cabaña mandaya

Imp. de Montaner y Simón



UNA FIESTA DE BODAS, CUADRO DE J. WEISER

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V ← BARCELONA 19 DE JULIO DE 1886 → NUM. 238

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Historias cortesanas* (DOS CARTAS), por don Luis Alfonso.—*Ella* (conclusión), por don Francisco Grasys Elías.—*La Exposición de higiene urbana*, por el Dr. Z...—*Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*La bayadera*, cuadro de G. Courtois.—*Apunte*, de E. Serra.—*La rosa de oro.*—*Tipo africano*, dibujo de T. Moragas.—*Amoríos en Venecia*, cuadro de Enrique Woods.—*El aprendiz de herrero.*—*Fin del salteador*, cuadro de J. Schmitzberg.—*El Papa y el Inquisidor*, cuadro de Juan Pablo Laurent.—*Apunte*, de J. María Marqués.—*La Exposición de higiene urbana.*—*Un raudal en el Sahug.*—*Riachuelo en la costa oriental de Mindanao.*

NUESTROS GRABADOS

LA BAYADERA, cuadro de G. Courtois

Los tipos orientales privan de tal suerte entre los pintores contemporáneos que, francamente lo decimos, vamos temiendo que el público se subleve contra tanto orientalismo. Las bayaderas han sido llevadas y traídas de mil diversas maneras, á tal punto que si los moros pueden todavía con ellas, los cristianos ya no tenemos paciencia para resistirlas.

Convengamos, sin embargo, en que hay bayaderas y bayaderas, ó sea que en todo asunto artístico la excelencia de la ejecución abona hasta lo vulgar del objeto. Digamos más; digamos que cuanto más manoseado ha sido un tipo ó asunto, mucho más sobresalientes deben ser las condiciones del artista que, al tratarlo de nuevo, consiga un triunfo no controvertido. Pues esto ha ocurrido con *La bayadera* de Courtois en la última Exposición de bellas artes celebrada en París.

Se comprende con sólo fijarse en la ejecución de esa obra, tan fina, tan bien estudiada, tan perfecta, tan nueva, que ella sola diera fama á un autor de menos valía. En el semblante de esa mujer se trasparenta toda su existencia; su lánguida mirada fascina, sus labios sensuales matan. Esa figura es el materialismo poetizado de Oriente; es el drama de toda una raza; casi estamos por decir que es el poema de todo un pueblo, que ama la forma, no como el griego por la educación estética, sino por lo que la forma dice á los sentidos.

LA ROSA DE ORO

Esta alhaja, enviada por el pontífice León XIII á la reina regente María Cristina, consiste en una rama de rosal con siete flores, catorce capullos y más de cien hojas, todo de oro fino. La rosa central se abre y contiene los perfumes (bálsamo del Perú y almizcle) que simbolizan la gloriosa resurrección de Jesucristo. Dicha rama está metida en un jarro de plata sobredorada, de estilo del siglo XVI, primorosamente cincelado. Dos ángeles forman sus asas, y en medio del jarro se ve por un lado la imagen de Santa Cristina, patrona de la Regente, y en el otro la siguiente inscripción redactada por el Papa mismo:

MARIÆ CRISTINÆ
ALPHONSI XIII
HISPANIARUM REGIS MATRI
ROSAM AUREAM
LEO XIII
PONTIFEX MAXIMUS
D. D. D.
ANNO MDCCCLXXXVI

Esta bella obra de arte tiene ochenta centímetros de altura y ha sido labrada por el señor Tanfani, platero del Papa.

TIPO AFRICANO, dibujo de T. Moragas

Es un tipo, un tipo en toda la extensión de la palabra. Africa produce muchos africanos; pero no todos lo son tan puramente.

Limitándonos, empero, á la ejecución del artista, ¡cuánta energía en el dibujo! ¡cuánta inteligencia en los efectos de luz y sombra! ¡cuánto relieve, cuánto detalle, cuánta difícil facilidad empleada en esta obra!... La carne de ese rostro es carne; sus huesos son huesos; debajo de esa piel se está viendo circular la sangre, la vida, el calor africano.

AMORÍOS EN VENECIA, cuadro de E. Woods

Este grabado es copia de uno de los mejores cuadros de M. Enrique Woods, artista inglés de reconocido mérito, y representa uno de esos pequeños muelles que hay á orillas de los canales de Venecia, destinados á la reparación de góndolas, donde un joven barquero corteja á su amada. El asunto es demasiado expresivo, no obstante, para necesitar explicación alguna. Este lienzo, así como todos los del citado artista, se distingue por el vigor del colorido y la riqueza de los detalles.

EL APRENDIZ DE HERRERO

La práctica saca maestros. Este aforismo no lo negará el aprendiz de herrero; pero os dirá, también, que esta práctica se adquiere dolorosamente. Con frecuencia en vez de dar en el yunque se da en el brazo, y aquí de los ayes y de las contorsiones.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS



LA BAYADERA, cuadro de G. Courtois, grabado de Baude

Tal ha acontecido á nuestro muchacho, y este hecho de la vida real ha dado lugar á nuestra bellísima estatua, que es un prodigio de expresión y de naturalidad.

FIN DEL SALTEADOR, cuadro de J. Schmitzberg

Quien mal anda mal acaba, dice el refrán; y los refranes dicen á menudo grandes verdades. La zorra hizo de las suyas durante el verano, porque el verano es un grande encubridor de cuadrúpedos bandoleros. Pero vino el invierno; se deshojaron los arbustos, se secaron los matorrales, desapareció la espesura que despista al guardabosque, ese guardia civil de las especies irracionales dañinas; y aquí empezó á peligrar la seguridad de la raposa. La nieve cubrió en seguida la tierra, y como la saqueadora de corrales no tuvo la astucia de Bertoldo que se puso los zapatos al revés para engañar á sus perseguidores, cata ahí que el rudo cazador dió muerte al animal con la tranquilidad del que ejecuta una sentencia pronunciada por juez competente.

El paisaje está bien entendido y da exacta idea de la naturaleza despojada de sus galas. Las figuras lo animan convenientemente y el mayor elogio que podemos hacer de su autor es que, contemplando su obra, se siente algo muy parecido á frío.

EL PAPA Y EL INQUISIDOR, cuadro de Laurent

Este lienzo ha llamado la atención pública en el último *Salón* de París, y ciertamente con motivo, pues reune á un buen dibujo, una expresión feliz de los sentimientos que dominan en los personajes. Titúlase: *El Papa y el Inquisidor*; pero este título es sobrado vago para apreciar hasta qué punto el artista ha comprendido el asunto.

A nuestro ver la escena se remonta al año 1233, cuando el Pontificado confió á los PP. Dominicos la dirección del tribunal que, á pretexto de purificar de herejía á ciertas naciones, debía servir de instrumento, alternativamente, á las miras de los pontífices, de los reyes y aun de los mismos inquisidores. Si es así, el papa del cuadro debe ser Gregorio IX. Por lo que toca al dominico, su semblante demuestra el interés con que da cuenta de las constituciones del nuevo tribunal, cuyo alcance comprende de sobra; al paso que el pontífice pone en la lectura una atención merecida; pero ajena á sorpresa, como quien se halla bien enterado de aquello que lee.

La composición es sobria y también pudiéramos calificarla de muy correcta, si el brazo izquierdo del dominico no nos pareciera algo desproporcionado. Siempre, empero, resulta un cuadro de estudio, digno de los elogios que ha tributado á su autor la sana crítica.

APUNTE, de J. M. Marqués

Nuestro apreciado colaborador sale próximamente para Suiza y nos remite este dibujo á la pluma como pudiera remitirnos una tarjeta de despedida.

—¡Hasta la vuelta querido artista!... Se dirige V. á un país que excitará poderosamente su atención y le ofrecerá mil ocasiones en que ejercitar su talento. Allí la naturaleza ha desplegado galas que usted no conoce aún: figúrese la antítesis de la Italia que V. ha recorrido; árboles que tocan á las nubes, nubes que bajan hasta las montañas, montañas que suben hasta el cielo. Nieve y verdura en admirable combinación; lagos mansos, canales estruendosos, una Arcadia en pleno siglo XIX y un pueblo virgen, fuerte, noble, honrado; manso como las blancas terneras de sus prados; bravo y altivo como las águilas que anidan en las crestas de sus montes. Prepare V. muchos *albums* y guárdenos las primicias de sus impresiones.



APUNTE, de Enrique Serra

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

CARTA PRIMERA.—*Rafael á Leonardo*

París 24 de diciembre de 1868

Mi queridísimo Leonardo: Al cabo puedo escribirte, y escribirte á mi sabor... ¡Con qué placer, con qué ansia voy á llenar de renglones pliegos y pliegos! Me ahogaba, créelo, me ahogaba en el oleaje de recientes memorias y necesitaba á toda costa referir el suceso; es decir, referírtelo á tí, no á nadie más, porque tú mereces mi confianza absoluta y puedes darme lo que necesito pronto, muy pronto: consejos y noticias.

Noticias, sí, porque desde mi salida de Madrid, después de aquella maldecida noche, nada he sabido de *ella* ni de... Pero hablo atropelladamente y sin explicar nada y lo que conseguiré será marearte con exclamaciones y frases, para tí vacías de sentido.

Voy al caso, con calma... ¡Aunque estoy tan impaciente, tan nervioso!... El creyente que, abrumado por la conciencia de grave pecado, acude, anhelante y temeroso á la vez, al tribunal de la penitencia, no experimenta otras sensaciones que las que me agitan desde que tomé la pluma.

Nuestra antigua, invariable y ferviente amistad, es prenda segura de confianza, y sé, por tanto, que no estaría



LA ROSA DE ORO, enviada por el Papa á la Reina Regente de España

más segura la confesión, á que por término de comparación aludía, en oídos del sacerdote que esta carta en tus manos.

Existe, además, otra razón, aunque de ménos entidad, que me obliga á hacerte partícipe de mi secreto. Tú fuiste en realidad quien me puso en relación con *ella* (pronto te diré *ella* quién es), y á tí debo cuenta estrecha de mis actos desde que la conocí hasta ahora.

¡Ah querido Leonardo! ¡Qué de acontecimientos de toda clase en poco más de cuatro meses! No sólo ha cambiado por completo, de *fond en comble*,—como dicen por acá,—la suerte de nuestra patria, sino que algo de semejante ha sucedido con mi propia suerte.

Sí, amigo mío; también experimenté yo en setiembre una tremenda revolución, cuyas consecuencias, como las de la revolución política de España, no cabe prever todavía... A la vez que cambiaba radicalmente el gobierno, caía el trono y todo lo existente venía abajo, reemplazándolo lo nuevo, y también lo desconocido, mudábase el gobierno de mi vida, derrumbábase la honra de una noble doncella, y lo incierto, oscuro y pavoroso sustituía, en una familia respetable, la vida normal y el hogar constituído.

Me explicaré, Leonardo; sí, me explicaré..... Perdona á la ingénita vehemencia de mi carácter arranques para tí fuera de sazón, pero que son otras tantas sajaduras por donde escapa el torrente de impresiones y emociones que, comprimidas en estrecho espacio, ya te lo dije, me ahogaban, literalmente me ahogaban...

Te entregará esta carta Nicolás, mi ayuda de cámara, que va á esa corte,—á esa ex-corte, gracias á tus amigos políticos, que Dios confunda, amén... y perdona la franqueza.

Lo envío para que averigüe, arregle y ponga á salvo muchas cosas. Mi significación en la monarquía y el gobierno derrocados hace tres meses, no solamente me obligó á emigrar en pos de la Señora, sino á dejar mis negocios é intereses á merced de la casualidad, ó de cualquiera de esos bergantes... Y vuélveme á perdonar la franqueza, progresistón empecatado.

Ya sabes que desde hace años es Nicolás persona de quien puedo fiar en todo y para todo; su honradez corre parejas con su afecto á mí y á los míos; á nadie, pues, mejor que á él, ó por mejor decir, á él únicamente podía encomendar la delicada y hasta peligrosa comisión de hacerse en Madrid cargo de mis negocios, y de entregarte en propia mano esta carta que va á pecar y mucho de extensa.

Seguro estoy de que te hallas en Madrid. Al separarnos en junio ibas, según me confesaste, abominable bandido, á dar el último golpe á la conspiración en que andabas, tanto ó más que por convicción política, por amistad personal, y por tu parte cordialísima, hacia don Fulano... ya sabes quién.

Y por cierto que mucho temo que, según te vaticiné, al llegar la hora del triunfo (que yo no consideraba próximo ni mucho menos, lo declaro ingenuamente), hayas quedado de figura decorativa de último término. Dígolo, porque aunque apenas leo los periódicos españoles (me había propuesto no leer ni uno después que tus amigotes convirtieron la noble monarquía española en merienda de negros—ó botín de blancos que es peor todavía); aunque apenas leo, repito, los papeles de esa tierra, como alguna vez la maldita curiosidad puede más que mi propósito, paso la vista por los tales impresos.

Leyéndolos, pues (sólo algunas veces), he notado que entre la multitud de nombres que danzan para toda especie de empleos,—¡cómo están poniéndose el copo los pescadores de ese río revuelto!...—no he encontrado tu nombre más que una vez, y esa en la lista de los pocos que se han ofrecido á desempeñar gratuitamente cátedras populares. Habrás, por lo tanto, entrado en Madrid á la zaga del don Fulano consabido, quien te prometería montes y morenas cuando exponías tu pelleja y tu hacienda en su provecho, pero que una vez en lo alto de la escala, te habrá dicho que te mantengas quedo en el primer travesaño,—á ras del suelo como estabas antes. «Así conviene por hoy,—añadirá,—á los altos intereses del partido y á los sacrosantos intereses de la patria.» (Donde dice «partido» léase *egoísmo*, y donde dice «patria» léase *estómago.)*

Querido Leonardo, soporta con paciencia mis catilinarias; Ovidio, desterrado allí en la Crimea por culpas propias ó ajenas, exhalaba sus penas escribiendo *Los tristes*; yo que no tengo de Ovidio sino mi afición á las Cypasis y Corinas, y que gasto diferente humor, desahogo mi coraje en otra forma; además, París tiene en realidad muy poca semejanza con el Ponto Euxino...

Estábamos en que Nicolás te entregará esta carta, que no he querido confiar al correo. ¿Por qué? dirás: porque al cruzar los Pirineos sería muy fácil que la administración postal española, que en todos tiempos ha dejado extraviar las cartas por mal servicio, esta extraviara ahora en su provecho al reconocer que procedía de un moderado de tomo y lomo, y por añadidura empleado de cuenta y palaciego.

Tranquilo, pues, por la suerte de lo que te escribo; seguro por otra parte, de que Nicolás dará contigo en Madrid, y un tanto más sosegado desde que dije algunas, sólo algunas, de las picardías que merece la taifa de liberales que ha entrado á saco en las plazas del poder, paso, sin más rodeos, á referirte lo que en el terreno privado, no en el político, me sucedió y á rogarte luego que sin demora me digas lo que *ella* ha hecho y lo que yo debo hacer.

Recordarás que hará próximamente un año conocí, galanteé,—y fuí correspondido,—á aquella graciosísima viuda... á quien no se le ha muerto el marido, y que llamaremos v. g. Calipso. Tú ya sabes su verdadero nombre.

Calipso (lo recordarás también) podía consolarse perfectamente de la partida de Ulises, supuesto que éste enemigo de la quietud, se fué al otro mundo (por eso decía ella que era viuda) estableciéndose con una compañera de viaje en el Río de la Plata, donde debe de haberse gastado ya toda la suya.

Calipso se encontró con un Telémaco de su gusto, que era yo, y cátate aquí un devaneo de los más sabrosos y placenteros.

Exigióme (como asimismo recordarás) que fuese yo donde ella iba, por lo cual me convertí en su paje, asomando por donde quiera tras de la cola de su vestido.

Una de las casas que más frecuentaba Calipso era la de los señores de Fueros,—á los que llamo así por los que tenía, ó tiene, el padre y por su afición, como buen tradicionalista, á la legislación foral de las Provincias Vascongadas.

Los señores de Fueros «recibían,» según la frase usual, todos los jueves por la noche. Componíase una buena parte de su reunión de gente moza y jovial, que sin salvar nunca los límites del buen tono, hacía de aquella tertulia una de las más amenas de Madrid, reinando en ella esa llaneza elegante (aunque suene la frase á paradójica) que constituye el principal encanto de tales *soirées*.

Esto significa que no eran de etiqueta, ni llevaban el nombre de bailes,—aunque á lo mejor la persona que tecleaba el piano promovía la danza con un wals ó un rigodón—ni admitían lo que se llama «presentados» Si yo lo fuí, bien sabes tú de qué modo. Calipso me conjuró por todos los dioses del Olimpo,—y especialmente por el más chicuelo—á que asistiese á los «jueves» de los de Fueros, con quienes ella tenía antigua amistad, heredada de su madre, grande amiga de dichos señores.

Una tarde, al separarme de ella, de Calipso, me encontré contigo en la calle del Arenal. Hacía largo tiempo que no te veía; las maldades que estabas urdiendo con los liberalazos te mantenían alejado del mundo y de mí, que era lo que yo más deploraba.

Te dí un abrazo, te llamé carbonario, demagogo y masón inicuo, y á renglón seguido añadí que andaba á caza de un introductor de embajadores cerca de SS. MM. los señores de Fueros.

Al oir este apellido, tú exclamaste: «¡Ah!» lo cual podía significar tres ó cuatro docenas de cosas, en persona tan lacónica y concentrada como tú.

—¿Los conoces?—pregunté.

—Sí.

—Pues preséntame en la casa.

—¿Te interesa mucho?

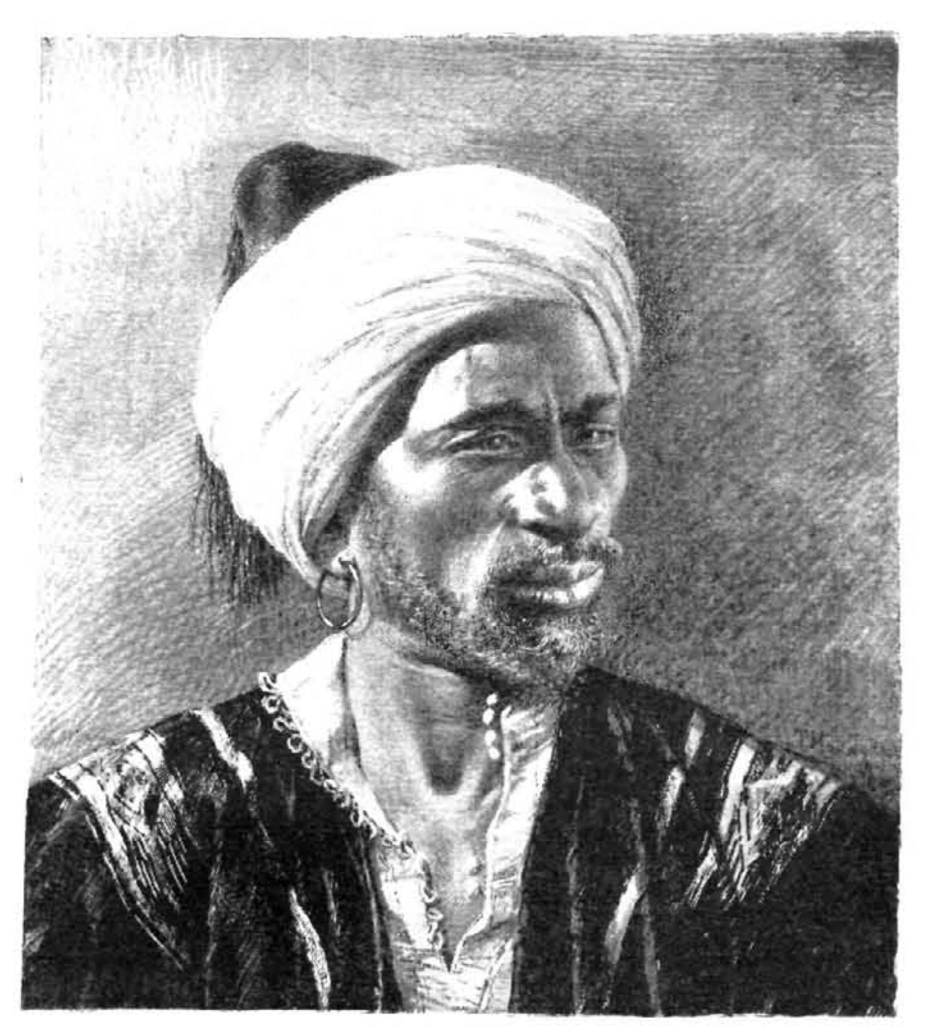
—Muchísimo.

—Por...

—Porque Calipso,—ya sabes, la diosa á que rindo culto,—lo desea.

—¿Y tú?

—Yo también.



TIPO AFRICANO, dibujo de T. Moragas

- Sea; te introduciré en casa los señores de Fueros, pero de este modo. Mañana me alejo, - iba luego á despedirme de ti; - no sé cuánto tiempo estaré ausente, ni si volveré...

- ¡Leonardo! ¡No digas simplezas!

- Ya sabes, Rafael, porque á tí nada te oculto, á pesar de mi natural reservado y taciturno, que á lo que voy es á correr un albur muy peligroso.

- Pero hombre, ¡por Dios santo! aun estás á tiempo de...

- No te canses, Rafael; he dado mi palabra, y sabes que por nada falto á ella. Dejémonos de esto, y vamos al pequeño servicio que puedo procurarte antes de marchar. Estoy encargado de un negocio del señor de Fueros: la compra de unas fincas en mi pueblo, y tengo que abandonarlo. Te daré una carta manifestando á dicho señor que puede fiar de tí como de mí propio, y que por ser del mismo pueblo puedes servirle como yo para el caso. Esto te permitirá desde luego visitarle y frecuentar sus reuniones... Mañana te daré la carta. Ahora no tengo tiempo que perder; cuando lo tenga te diré algo, no político, de gran interés para mí.

- ¡Hombre! ¿pues qué te sucede?

- Repito que no puedo detenerme; ya hablaremos...

Te fuiste y no hablamos, porque á la mañana siguiente, cuando estaba yo todavía en la cama, entraste en mi cuarto, me diste la carta de presentación y un estrecho abrazo, y en seguida, antes de que pudiera preguntarte nada, me apretaste con fuerza la mano y echaste á correr dejándome ¡malvado! con el temor de no volverte á ver y con los ojos más húmedos de lo que era razón.

(Continuará)



ELLA

(Conclusión)

Allí, al pie del ara, como decís vosotros los poetas, la ví de nuevo, con la frente ceñida de flores, ostentaba un blanco velo, de blanco vestida, con su rico pañuelo de batista en una mano y dando la otra al elegido de su corazón.

Un sacerdote los bendecía, sus madres lloraban, los deudos y los amigos los rodeaban, Dios presidía la boda, el templo los cobijaba, y yo, yo mismo era testigo de aquella unión.

Estoy convencido de que Dios me ponía á prueba.

Eso será una blasfemia para algunos; pero en fin... ya la solté.

Presencié aquella unión y tuve que morderme el labio inferior y llorar en silencio.

Ella... ya era la ella de él, era su esposa, la compañera de *su vida, la futura* madre de sus hijos, la mujer que compartía con él su coche y su mesa, que convertía su casa en templo y la tierra en cielo.

¡Ay! ya veía, como dijo Góngora y repitió Víctor Hugo, al ángel del himeneo, en pie, sonriéndose y con el dedo en los labios en la puerta de la cámara nupcial.

Al terminar la ceremonia me coloqué detrás de una columna para ver y no ser visto. Fué inútil toda mi precaución, pues ella al pasar del brazo de su esposo, fijó sus ojos en los míos, sonrojándose visiblemente.

Bendije con toda la efusión de mi alma aquel purísimo rubor de virgen que coloraba sus mejillas; porque aquellas rosas eran las últimas de su virginidad.

A pesar de la lluvia, salí del templo. En él me ahogaba, en él se oprimía mi corazón.

Todo aquel día lo pasé divagando como un loco. Cuando la noche extendió su negro velo, recogí los bártulos, tomé el tren y abandoné más que de prisa la ciudad.

V

Habían trascurrido dos años.

Durante este período de veinticuatro meses visité toda Italia.

Admiré sus suntuosos museos, visité todos sus templos, asistí á todos sus teatros, me engolfé en sus principales bibliotecas, saludé el lago *Bello* á la luz del sol y Venecia al resplandor de la luna; me interné en las catacumbas; recé en San Pedro, escalé el Vesubio y me adormecí al arrullo de las olas en las playas de Pórtici.

Aquel viaje fué una verdadera excursión artística.

La patria de Tasso, de Dante, de Pergolesso y de otros locos de amor, me seducía y me cautivaba.

Era feliz hasta cierto punto, pues recobré la calma y la paz del corazón.

Regresé á España lleno de agradables impresiones y cargado de objetos de arte. Desembarqué en una de las ciudades más poéticas del Mediterráneo. La sultana de la deliciosa costa de Levante. Al sentar el pie en la última grada del embarcadero, naufragué en tierra firme. Toda la dilatada ausencia de dos años desvanecióse como un soplo, como una exhalación.

Dí con ella en el paseo. Ella, más hermosa, más apretada de carnes, más elegante, más provocativa, más mujer. Un caprichoso sombrero Rembrant con el ala vuelta al cielo, adornaba su cabeza, y un majestuoso traje de terciopelo cubría su persona.

Una pasiega con un niño en brazos la acompañaba.



AMORÍOS EN VENECIA, cuadro de Enrique Woods

Los dos al vernos, no pudimos contener un grito de sorpresa. Nuestros ojos se encontraron y nuestras manos también.

Después de las frases de ordenanza, me dijo dulcemente:

- Mire V. á mi hijo. Es un mamón que constituye el delirio de su madre.

Y levantando por uno de sus cabos aquel nevado pañuelo de batista, aquel lienzo dorado, aquella joya perdida en la calle, codiciada en un concierto y admirada en un templo, me mostró el risueño rostro de su dormido chiquitín.

- Es un ángel, señora, - exclamé. - ¡Y cómo no, siendo obra suya!

Y dicho esto, busqué en aquel risueño y apacible rostro los rasgos más visibles de la incomparable y bellísima fisonomía de su madre, y los besé con delirio y, hasta me atrevo á decirte, con pasión.

Ya ves, yo que nunca he sido poeta, que desconozco la lengua inglesa, que no soy escéptico, que no he escrito sátiras contra el walz, que no he cruzado á nado el Helesponto remedando el célebre Leandro, obraba del mismo modo que Byron, cada vez que daba con el hijo de aquella María, que tanto amó en su juventud.

Esto te prueba que no se necesita ser poeta, ni ser inglés, ni lord, ni trasnochador de oficio para besar de un modo especial á los hijos que han dormido en las entrañas de una adorada mujer.

Me despedí de ella como un aturdido.

Al perderla de vista cayó la noche sobre mi corazón.

Amaba á un imposible, á un ser que pertenecía á otro, y el noveno mandamiento en caracteres de fuego se presentaba ante mis ojos estremeciendo todo mi ser.



EL APRENDIZ DE HERRERO

VI

Mi amigo fijó los ojos en el cielo, como si en él buscase algo, y continuó con triste y pausado acento:

- Estábamos en pleno mes de diciembre.

El mes más triste y desconsolador del año.

El mes de las escarchas, de los hielos, de las nieblas, de las nieves, de los días sin sol, de las auroras boreales, de los días cortos y de las noches interminables.

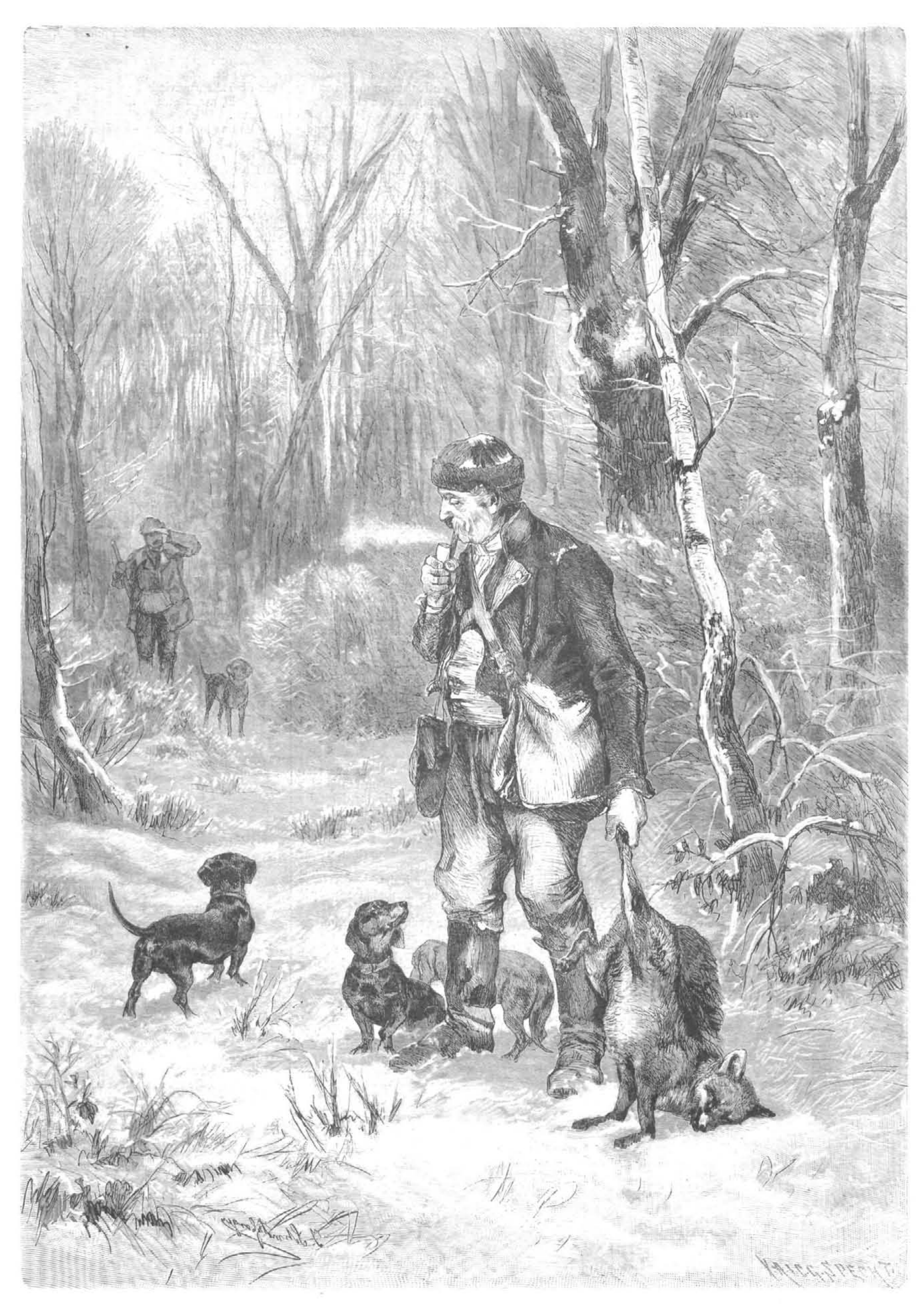
Dichoso mes para los recién casados; para los que tienen palco en el Real y en la Zarzuela, para los que concurren á las fiestas del gran mundo, comen en Fornos, pasean en carretela, se envuelven en confortables abrigos, pasan las noches en claro en los bailes y festines y las mañanas en turbio en voluptuosos camarines.

¡Terrible estación para los pobres; para las desgraciadas Magdalenas; para los huérfanos; para los enfermos; para los desvalidos; para los prisioneros; para los proscritos; para los traperos y para los desamparados niños saboyanos sin patria y sin hogar!...

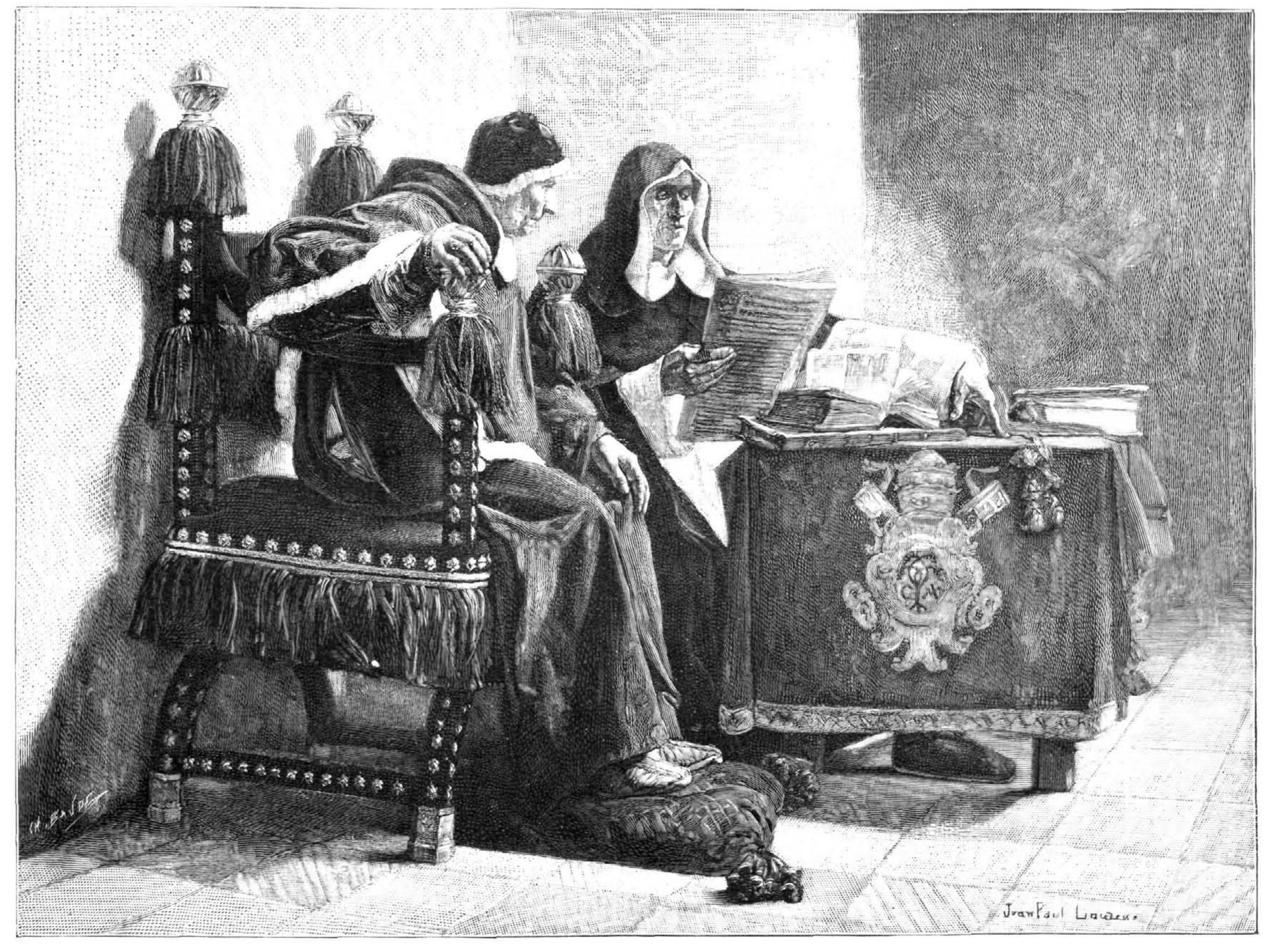
Era la hora del crepúsculo vespertino.

Ella, aquella mujer de mi manía y de mi cuento, que era el ángel del hogar y la Divina Pastora de sus hijos, se sintió de pronto herida de muerte y fué en busca de salud, de aires puros, de calma, de quietud, de bellos y dilatados horizontes á una deliciosa quinta de recreo que poseía en los valles del histórico Tajo, aquel río que sacó el pecho fuera y echó nada menos que un discurso en verso, según reza fray Luis de León.

Como muere una flor, se eclipsa una estrella, se des-



FIN DEL SALTEADOR, cuadro de J. Schmitzberg



EL PAPA Y EL INQUISIDOR, cuadro de Juan Pablo Laurent

prende una hermosa estatua griega de su pedestal, murió sin saber por qué ni para qué aquella mujer que fué mi delirio y mi única ilusión.

En aquella quinta la hallé por mis desgracias.

Allí la admiraron mis ojos por última vez.

Sola, de cuerpo presente, tendida en el ataúd y entre dos blandones de amarilla cera. Un crucifijo la amparaba, y su pobre hijo lloraba á sus pies.

Tiré el sombrero, arrojé la capa, corrí hacia ella, cogí entre mis manos su pequeña cabeza y colmé de besos sus trenzas, su helada frente, sus apagados ojos, sus descoloridas mejillas, sus mustios labios, su seco cuello, sus frías manos, sus inertes pies, su negro traje y su enlutada caja mortuoria.

–¡Ya es mía! – exclamaba como un insensato. – Ya me pertenece, ya soy dueño de su persona! Dios me la otorga; Dios me la concede; Dios me la encarga; Dios lo quiere; Dios nos bendice; Dios nos ve!...

Y me pareció que al calor de mis besos, de mis ardientes frases, de mis locas caricias, sus incomparables ojos verdes me inundaban de miradas de arrobadora voluptuosidad; que la sangre se agolpaba á sus mejillas; que sus labios buscaban mis besos; que sus manos estrechaban mis manos y que resonaba en mis oídos la música de su voz.

Me había desposado con la muerte; con un cuerpo inerte; con la fría materia; con un vaso de barro abandonado y roto, y sin embargo, era feliz.

Había en mí una mezcla de sentimiento y materialismo.

Una lucha, hablando vulgarmente, entre el espíritu y la materia. Rudo combate entre el alma y Satanás.

Hay crisis que, afortunadamente, sólo se repiten una vez en toda la vida del individuo. Otra batalla como aquélla no la hubiera podido resistir.

Pasé toda la noche velando aquel cadáver. Cuando cerramos el ataúd, una arruga se ostentaba en mi frente y en mis cabellos la primera cana.

La acompañé á la iglesia y custodié su cuerpo hasta el cementerio.

Su buena aya, que, como yo, la adoraba entrañablemente, me regaló como memoria póstuma el bendito pañuelo de batista.

Aquel lienzo que había enjugado sus lágrimas en el lecho de muerte, recogió las mías al pie de su fosa.

Todo había concluído, todo había terminado. Aquella comedia íntima tocaba á su fin.

Se apagaron las candilejas, desocupóse la escena y corrióse el telón. Y fué el velo, la cortina, el blanco lienzo que ocultaba esta desaliñada historia, un pañuelo de batista que ostentaba las iniciales de una mujer... que fué.

Epílogo

Un rayo de sol hirió de pronto mi rostro y desperté.

Volví de nuevo á la vida real. Ella, Félix, el marido, el niño y el aya se desvanecieron como por encanto.

Aquello no había sido más que un sueño, una pesadilla, imágenes incorpóreas é intangibles, hijas de mi calenturienta fantasía.

Aquellos seres fantásticos que habían tomado vida, forma y movimiento en mi imaginación se habían evaporado como por encanto. Sólo impresiones y soñolientos compañeros de viaje admiraba en derredor.

Llegó la hora de partir. El mayoral subió al pescante del coche, empuñó las riendas, blandió el látigo, soltó un terno, los caballos relincharon, emprendieron la carrera, bamboleóse la diligencia, y como en alas del rayo abandonamos la población.

Asomé la cabeza por una de las ventanillas del carruaje y vi en un balcón, una bella y juguetona niña que saludaba amorosamente con su blanco pañuelo á un joven de elegante porte, caballero en su caballo.

Aquello era el primer capítulo de otra novela de amor. ¿Cómo concluirá? Vaya V. á saberlo.

FRANCISCO GRASYS ELÍAS



APUNTE, de J. M. Marqués

LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE URBANA

VENTILACIÓN, LUZ Y ORIENTACIÓN DE LAS HABITACIONES

El aire encerrado constituye uno de los mayores peligros que amenazan al hombre en su propia casa y contra el cual debe precaverse á toda costa, evitando en lo posible respirarle. No basta que la atmósfera que rodea nuestras moradas sea pura; es preciso, ante todo, que la del interior no se haya viciado por alguna causa de mefitismo, y que se pueda respirar en cierto modo como al aire libre. Las condiciones fundamentales para la salubridad de los habitantes se pueden resumir, por lo tanto, de la manera siguiente: «1.° respirar aire muy fresco entre las paredes y los muebles, manteniendo la debida temperatura; 2.° recibir libremente la luz del cielo, conservando bien iluminados los objetos que se tengan alrededor; y 3.° no permitir que en las habitaciones haya ninguna deyección» (Emilio Trelat).

Los higienistas se han esforzado en todo tiempo para obtener estas diversas condiciones; pero los constructores las descuidaban á medida que las aglomeraciones humanas se hacían más numerosas y compactas, sin reflexionar que una casa salubre y sana constituye uno de los mejores medios de evitar las epidemias y todas las enfermedades trasmisibles. El ejemplo de las manifestaciones epidémicas nos demuestra que en las ciudades malsanas, y en los barrios ó habitaciones más insalubres es donde aquellas se desarrollan y propagan casi exclusivamente. Las grandes epidemias de los últimos siglos ocasionaban innumerables víctimas en esas agrupaciones de casas aglomeradas alrededor de las murallas ó cerca de las iglesias y castillos de nuestras antiguas ciudades; y en las mismas condiciones producen aún hoy mayores estragos epidemias como el cólera, la fiebre tifoidea, la viruela, etc: así será hasta el día en que se consiga mejorar la higiene de esas habitaciones. Los doctores Fodor y Rozsahegyi, después de examinar bajo este punto de vista las casas de Buda-Pesth, publicaron hace poco los resultados siguientes:

	Casas muy limpias	Casas limpias	Casas sucias	Casas infectas
Cólera	2	199	268	402
Fiebre tifoidea. .	175	177	182	356

Por otra parte, en 10000 habitantes, en un período de quince años, ha resultado en la misma ciudad la mortandad siguiente:

	Casas muy limpias	Casas muy sucias
Cólera.	90	430
Fiebre tifoidea.. .	162	515

Entre las condiciones de que hemos hablado antes, hay dos sobre las cuales quisiéramos llamar hoy particularmente la atención de nuestros lectores. La Exposición de higiene urbana instalada actualmente en el cuartel Lobau, detrás de la Casa de la Ciudad, nos permite dar á conocer varios procedimientos imaginados en esta última época para sanear las habitaciones y las ciudades; y el momento nos parece oportuno para hacer una reseña de ellos.

Por lo que hace á la *ventilación* de las casas y de las habitaciones, dicho se está que es preciso esforzarse para introducir de continuo la mayor cantidad posible de aire exterior, que en cualquier lugar que nos hallemos debe ser siempre más sano que el interior, el cual se vicia forzosamente poco ó mucho. La evacuación de este aire se verifica por las chimeneas y los numerosos orificios de nuestras casas, y por aberturas especiales en los locales colectivos. Ahora bien, la parte de la habitación en que más nos acercamos á la atmósfera ambiente es la ventana; los cristales que la cierran permiten entrar la luz en abundancia, condición indispensable de salubridad; pero como estos cristales son impermeables, impiden que el aire penetre.

Por eso en todas las circunstancias en que se necesitó introducir aire en las habitaciones, de modo que no molestase á las personas, buscáronse toda clase de medios para obviar la impermeabilidad; á ello se debe que ahora tengamos los ventiladores para colocar en la parte superior de las ventanas, y esa innumerable variedad de modelos de persianas movibles, planchas de cristal y válvulas de mica con aberturas. En Inglaterra, donde se ha estudiado mucho la cuestión desde hace algunos años, imagináronse muchos procedimientos; pero no se tardó en reconocer que determinaban corrientes de aire más ó menos violentas, perjudiciales para las personas que ocupaban las habitaciones así ventiladas. Entonces se concibió la idea de practicar en diversos puntos de la parte superior de las paredes, cerca del techo, una especie de válvulas ó más bien de ladrillos ventiladores perforados por varios conductos en sentido cónico de afuera adentro. El experimento representado en las figuras 1 y 2, tal como se practica en la Exposición de higiene urbana, permite comprender muy bien el interés que este medio ofrece. Cuando se introduce aire en un conducto cilíndrico con ayuda de un fuelle, prodúcese una corriente rectilínea que hiere directamente los objetos colocados delante: y así vemos cómo se agita con violencia la banderita colocada frente al conducto (fig. 1). Si se introduce el fuelle, por el contrario, en un conducto cónico, con el mismo orificio exterior y el interior muy ensanchado, la misma cantidad de aire producido no moverá la banderita, porque se habrá dispersado en todas direcciones al salir del conducto cuya disposición cónica favoreció su diseminación (fig. 2).

Estos ladrillos y válvulas tienen, sin embargo, graves inconvenientes: en primer lugar, es difícil multiplicarlos mucho en las habitaciones; y en segundo, no es fácil lavarlos bien, porque retienen siempre en el interior de los conductos que los atraviesan toda clase de polvo llevado por el aire; el cual se ensucia también fácilmente al pasar. Hace algunos años, imaginóse en Leeds sustituir esos ladrillos con una especie de jaula de madera, colocada delante de las ventanas y provista de gran número de pequeñas aberturas, á las cuales se adaptaban conductos cilíndricos de cristal; pero este aparato, de aspecto muy desagradable, ofrecía los mismos inconvenientes que acabamos de indicar.

M. Emile Trelat, el sabio profesor del Conservatorio de Artes y Oficios, había demostrado, hace ya tiempo, lo ventajoso que sería tener en la parte superior de las ventanas cristales con numerosos agujeritos de corte cónico, para llenar las importantes condiciones de ventilación; y por su parte MM. Geneste y Herscher, persuadidos de lo mismo, esforzábanse en buscar procedimientos propios para obtener cristales en la forma indicada por Emilio Trelat; mientras que MM. Appert hermanos, después de practicar numerosos ensayos, conseguían al fin fabricar cristales perforados, como el que se representa en la figura 5. Fácil es comprender las dificultades que esto ofrecía, pues ya sabemos que cuando se quiere perforar el cristal ó el vidrio para poner las planchas en las puertas de las habitaciones, es preciso servirse de una espiga de acero y echar en el vidrio esencia de trementina para renovar la superficie, facilitando la acción del acero; algunas veces añádese ácido oxálico, y empléanse cebollas aplastadas; pero el cristal se rompe muy á menudo durante este trabajo.

Los vidrios perforados por MM. Appert, Geneste y Herscher tienen cinco mil agujeros por metro cuadrado; son de corte circular y de tres milímetros de diámetro cada uno; entre uno y otro media el espacio de quince milímetros de eje á eje, y el espesor del vidrio es de 3^{m},5 (figura 5). Se hacen otros más gruesos (de cinco milímetros) con agujeros de cuatro milímetros de diámetro, separados por espacios de veinte de eje á eje. Por sus procedimientos especiales, los señores Appert han conseguido vencer las grandes dificultades que ofrecía este problema industrial: sus vidrios perforados, tales como los presentan hoy, son una prueba notable de los últimos progresos en el arte de la cristalería.

Bajo el punto de vista que aquí nos ocupa particularmente, es preciso observar ante todo que esos vidrios presentan una superficie de tres decímetros cuadrados por metro cuadrado, abierta al aire exterior, y además, como los agujeros se ensanchan interiormente, las venas flúidas del aire se dilatan al penetrar en la habitación. Emilio Trelat, á quien corresponde el mérito de haber promovido la fabricación de estos cristales, demostrando

LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE URBANA

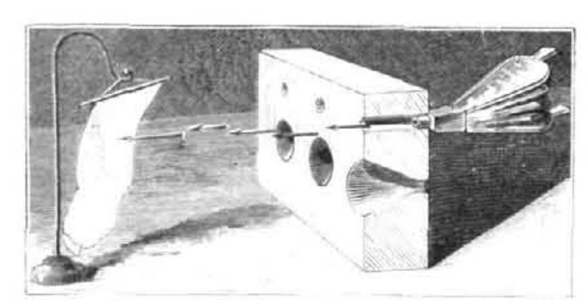


Fig. 1. – Efectos producidos en una banderita por el aire de un fuelle á través de un conducto cilíndrico.

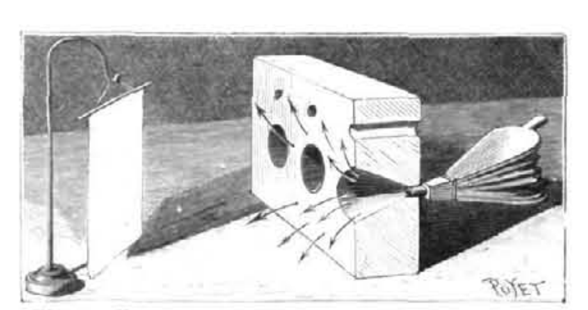


Fig. 2. – Efectos producidos en una banderita por el aire de un fuelle á través de un conducto cónico.

Fig. 5. – Aspecto de un pedazo de vidrio perforado (tamaño natural) sistema Appert, Geneste y Herscher, según el método de M. Emile Trelat.

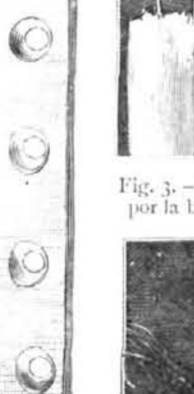


Fig. 3. – Efecto producido en la llama de una bujía soplando por la base menor del orificio cónico de un vidrio perforado.

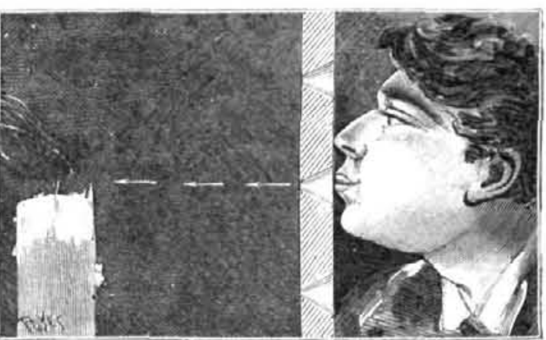


Fig. 4. – Efecto producido por la llama de una bujía soplando por la base mayor del orificio cónico de un vidrio perforado (extinción de la luz).

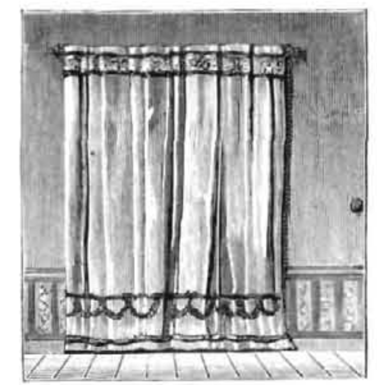
cuán útiles son para la salubridad de las casas, recomienda muy oportunamente no colocarlos á una altura inferior á 2m,50 sobre el suelo, á fin de que las venas de aire no molesten á las personas. Por eso son particularmente beneficiosos en las habitaciones altas, y sobre todo en los locales colectivos, salas de las escuelas, hospitales, dor-



Buena luz sin vista

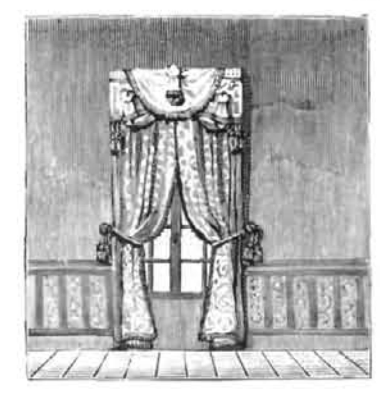


Luz y vista



Ni luz ni vista

Fig. 6. – Luz de las habitaciones. – Lo que se debe hacer.



Buena luz sin vista



Luz y vista



Ni luz ni vista

Fig. 7. – Luz de las habitaciones. – Lo que no se debe hacer.

mitorios, cuarteles, iglesias, salas de reunión, cafés, casinos, etc. Además tienen la ventaja de no obstruirse nunca, «pues todos los vidrios de las ventanas se lavan necesariamente, y de este modo el aire que los atraviesa no se impregna de ninguna impureza á su paso. Si se fabrican con vidrio traslúcido, pero no trasparente, las miradas de los vecinos curiosos no podrán penetrar en el interior de las habitaciones.»

Los vidrios perforados se emplean también útilmente en los pisos bajos y en nuestras habitaciones si se disponen de modo que puedan recobrar por momentos su superficie abierta, lo cual es fácil de conseguir por medio de un bastidor movible que cierre y deje libres á voluntad los orificios. El uso de esos vidrios está indicado, además, para todas las puertas de la casa, tales como el retrete, el tocador, las cocinas, etc., donde la ventilación es más indispensable, pues bastan por sí solos á menudo para evitar todo mal olor, asegurando la entrada de aire suficiente. Las figuras 3 y 4 demuestran de una manera precisa, por medio de un experimento muy curioso, que cualquiera puede hacer, la facilidad con que se obtiene la ventilación insensible en las habitaciones. Si se sopla en dirección de la abertura pequeña hacia la mayor, el aire se extiende á lo largo de las paredes de la vasija, las lame, digámoslo así, y forma detrás de la bujía, colocada en frente, una especie de remolino que representa con toda exactitud cómo se extendería alrededor de una habitación (fig. 3); mientras que la bujía se apaga al punto si se sopla en sentido opuesto, pues el aire llega directo como una flecha, soplando con violencia (fig. 4).

M. Emile Trelat no se limita á decirnos que se debe introducir continuamente en una habitación todo el aire fresco que sea posible, y que al efecto es útil poner en la parte superior de la ventana vidrios perforados, sino que insiste en la necesidad de recibir en el interior de las casas *luz que llegue directamente del cielo*, por lo menos durante las horas del día en que se ocupen las habitaciones. Desde hace mucho tiempo M. Trelat se declaró resueltamente en favor de la luz unilateral para las salas de las escuelas, aconsejando que en uno de los lados se construyeran grandes ventanas con vidrios, y en el otro ventanillos para airear, que sólo deberían abrirse por la noche y durante las horas de recreo. M. Trelat propone también que se cambie el arreglo interior de nuestras habitaciones, dejando completamente libre la parte superior de las ventanas: en una de las salas del primer piso de la Exposición de higiene se puede ver una ventana dispuesta de este modo por medio de un elegante cortinaje confeccionado por el hábil tapicero M. Penon: la luz de esta sala es seguramente de las más agradables, y no puede molestar la vista más delicada, ni aun despues de un prolongado trabajo. Falta saber si la moda querrá adoptar esta innovación, por demás elegante; pero como quiera que sea, ya está dado el primer paso, y siempre se deberá á M. Trelat, cuyas indicaciones reproducimos (fig. 6 y 7), el mérito de haber prestado el servicio.

M. Trelat insiste igualmente en la necesidad de disponer la *orientación* de los edificios colectivos y de las casas de una manera distinta en los países septentrionales y en los meridionales; y al efecto ha construído, en colaboración con M. Gaston Trelat, unos bastidores propios para obtener dicha orientación. Conocida es la tendencia que hay á uniformarlo todo en nuestro país; y así, por ejemplo, vemos que se adopta el mismo sistema de construcción para los cuarteles de Dunquerque y de Bayona, de Brest y de Tolón, como si las condiciones climatéricas fueran en todas partes las mismas. Ahora bien, para que la calefacción se distribuya por igual en todos los materiales con que se ha construído el edificio, y para que los rayos solares puedan penetrar profundamente en las salas, es preciso que la orientación se halle al sudoeste en el norte, y al nordeste, por el contrario, si se quiere suprimir en los países meridionales la acción ofensiva de los rayos del sol, que por la mañana y por la tarde penetran horizontalmente en el interior de las salas. Los argumentos de M. Trelat sobre este punto son convincentes.

DR. Z.....

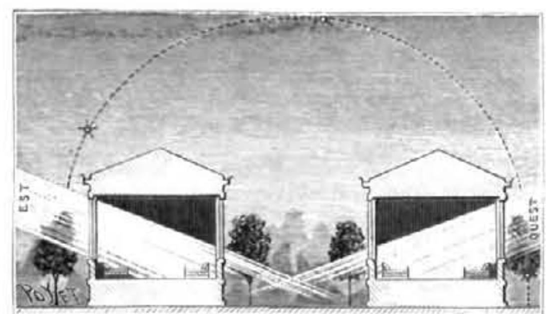


Fig. 8. – Orientación de las salas.—Países septentrionales.—Orientación Este-Oeste



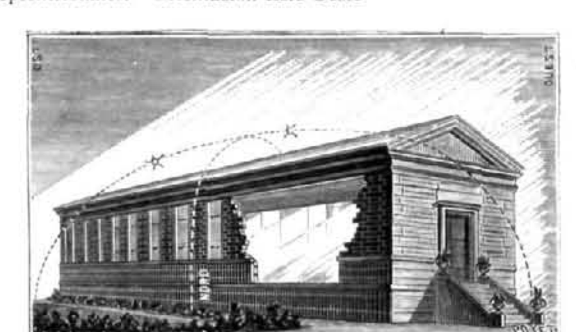


Fig. 9.—Orientación de las salas.—Países meridionales.—Orientación Norte-Sur.—Se suprime con ella la acción ofensiva de los rayos solares de la mañana y de la tarde que penetran horizontalmente en el interior de las salas



Viaje á Filipinas.—Un raudal en el Sahug

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

A las cuatro y cuarto de la tarde llego á Nagta, donde veo las primeras casetas desde esta mañana; el paisaje, los indígenas y su actitud son exactamente los mismos que en Kalibukassan.

11 noviembre.—Al despertarme en mi embarcación me encuentro al nivel de la orilla, que ayer tarde me dominaba á la altura de cinco metros; durante la noche, una crecida del Sahug ha colmado la diferencia; de modo que es imposible avanzar, á causa de la violencia de la corriente. Paseándome en medio del pueblo disparo un tiro contra un ave que está muy lejos, medio oculta en el follaje; pero la toco y cae: ¡es un *limbucun!* Los mandayas parecen enojados, pero gracias á mis presentes ó á sus reflexiones sobre la fuerza de mis armas, pronto se desvanece esta mala impresión.

12 noviembre.—El nivel del Sahug ha bajado, y continúo mi viaje á las siete y veinticinco de la mañana; ahora el río se encajona más; los ribazos de la orilla izquierda tienen unos doce metros, y por todas partes veo numerosas arboledas de tawintawin. A las tres de la tarde me detengo en casa de Daug, dato mandaya, que parece bastante poderoso; las casetas se hallan en alturas verdaderamente vertiginosas, y desde esta especie de observatorios se ve todo el país ocupado por colinas bastante escarpadas, cubiertas de bosque. Daug es más expansivo que sus vecinos; hacemos algunos negocios, y puedo reforzar mi provisión de arroz.

13 noviembre.—Me pongo en camino á las siete y cuarto de la mañana, y á medio día no estoy aún más que á los 7° 38' 38"; algunos árboles tendidos á través del Sahug nos dan mucho que hacer, y mis muchachos están muy cansados. Me detengo á las dos y cuarto en el confluente de Maggum: aquí hay dos pueblos mandayas inmediatos, de los cuales Tilacan es el más considerable; me es imposible obtener informes precisos sobre el curso del Sahug y los caminos terrestres; y en la incertidumbre, sin pararme en las dificultades anunciadas, me decido á continuar el viaje por el río, particularmente á causa de los cronómetros, que cargados al hombro se desarreglarían muy fácilmente.

14 noviembre.—Salgo á las seis y cuarto de la mañana: el Sahug no se limita ahora sólo á ser sinuoso, sino que presenta muchas cascadas y cataratas, haciéndose necesario descargar las embarcaciones para que puedan pasar á través de estos obstáculos naturales, izarlas luego, y remolcarlas contra una corriente furiosa. Las rocas que forman estos obstáculos, calcáreas, llanas y compactas, se mezclan con enormes moles de polípêros, sin duda del género *Astraeca*, y semejantes á los que se multiplican en el golfo de Davao: este es un nuevo indicio del levantamiento reciente de esta parte de Mindanao.

Llueve á torrentes; mis hombres están rendidos; tienen los pies llenos de ampollas y de úlceras, y yo he adelantado muy poco hacia el norte: la soledad es absoluta. A las cuatro y veinticinco minutos de la tarde me detengo en un desfiladero profundo, en una especie de playa, cerca de la cual se ve un magnífico bosque, cuya calma y silencio me recuerda los de *Las mil y una noches*.

15 y 16 de noviembre.—Siempre lluvia, cataratas, cascadas, paisajes maravillosos y mucha fatiga. He encontrado un esclavo de pura raza de Negritos. Entre las rocas veo siempre muchas moles de polípêros; las colinas entre las cuales se desliza el Sahug comienzan á ser poco á poco montañas, cubiertas con una espesa cortina de bejucos.

17 noviembre.—Las masas de polípêros que abundan en las cataratas constituyen casi la mitad de las rocas que obstruyen el lecho del Sahug. En un paso de los más difíciles disparo varios tiros contra algunas aves, y en el mismo momento acuden tres mandayas armados de lanzas. Estaban pescando cerca de aquel sitio, y se avienen de buen grado á trasportar nuestras embarcaciones; franqueado el mal paso, les hago varios presentes y quedan muy satisfechos, tanto que van á buscarme víveres, volviendo media hora después con doce bananos y un pollo del tamaño de un pichón. Algunos objetos de quincalla y un poco de percal deciden á uno de ellos á seguirme durante el viaje, lo cual le impone un trabajo penoso aunque apenas avanzamos. Llegada la noche, el mandaya rehusa ir más lejos por ningún precio. «Mientras permanezca contigo,—me dice,—nada arriesgo, porque tienes relámpagos y truenos en la mano; pero no puedo seguirte siempre, y cuando me separe de tí, Husip me cortará la cabeza.»

—¿Husip?

—Sí, Husip, el gran dato; le encontrarás allí donde el Sahug no deja ya pasar ninguna embarcación.

—¿Estás en guerra con Husip? ¿Le has cogido algún esclavo?

—No, pero Husip me cortará la cabeza.

De este modo tropiezo siempre con los mismos temores; desde Balao viajo en el *país del terror*. Para todo mandaya, alejarse de su caseta es exponerse con seguridad á la esclavitud ó la muerte. Las costumbres ya observadas en los Bagobos se desarrollan aquí sin obstáculo en toda su barbarie; los mandayas se agrupan en las casetas, poco numerosas, no sólo porque la construcción de estas viviendas, á diez, quince, y hasta veinte metros sobre el suelo, exige un trabajo inmenso, sino porque se juzga prudente tener muchos defensores juntos para rechazar un ataque. En estas viviendas aéreas no se está siempre seguro de despertar por la mañana. Puede suceder que en medio de la noche se inflame por las flechas impregnadas de resina que los enemigos arrojen; mientras que los sitiadores, formando *la tortuga* con sus escudos, derriban á fuerza de hachazos el árbol ó la estacada que sirve de apoyo á las casetas. En estos ataques, el sitiador queda casi siempre victorioso, pues los defensores dirigen mal sus golpes en la oscuridad; y cuando la caseta cae, magullados ó heridos, no pueden oponer mucha resistencia. Los mandayas matan para apoderarse del botín; pero algunos lo hacen sin idea de lucro, y solo por *el honor;* tienen la palabra especial, *bagani* (literalmente *ascsino*, pero *valiente* en el verdadero sentido) para calificar al que ha cortado sesenta cabezas. Estos baganis, una vez probadas sus hazañas ante la tribu reunida, tienen derecho para llevar un turbante de tela de color escarlata; y adviértase que todos los datos ó jefes son baganis. Semejantes costumbres, que tanta analogía tienen con las de los Dayaks de Borneo y otras muchas tribus del interior de las islas de la Malasia, explican suficientemente que se hallen tan despobladas las orillas del Sahug, no siendo de extrañar la miseria de los habitantes y su invencible repugnancia á reunirse con mi reducida tripulación, cuyas fuerzas se agotan rápidamente.

Este régimen bárbaro es normal en el interior de Mindanao, y los mandayas no viven menos miserablemente que sus vecinos; pero se consideran como los más antiguos y más ilustres habitantes de la isla; constituyen la aristocracia de la región; y así es que los manobos, los más poderosos y tímidos de los insulares, se enorgullecen mucho cuando pueden adquirir por el rapto ó por casamiento mujeres mandayas. Si estos indígenas no son protegidos pronto por la civilización española, muy luego no quedará sino el recuerdo de ellos, pues continuamente expuestos á los ataques de sus vecinos, se hacen entre sí una guerra sin cuartel.

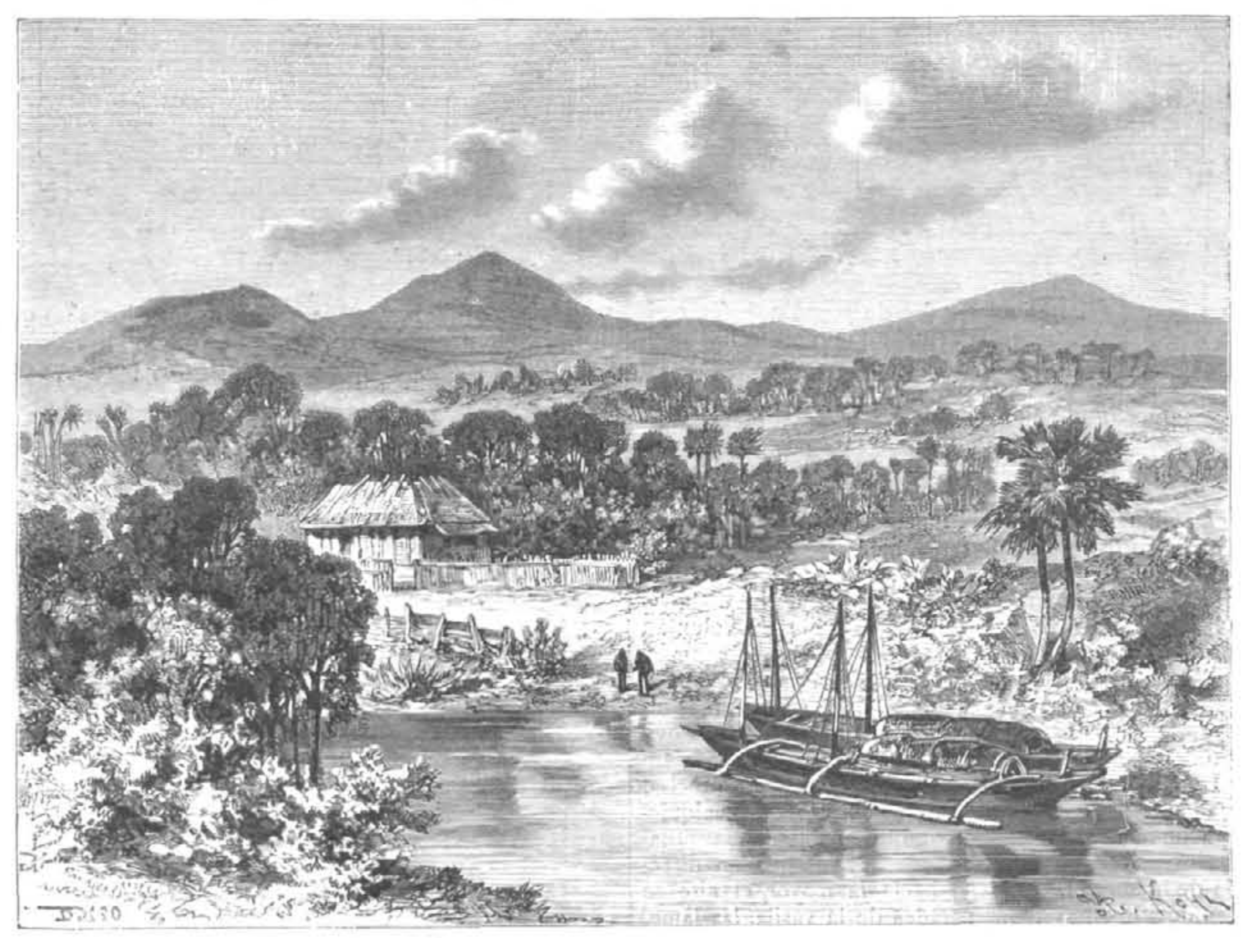
18 noviembre.—El día sigue muy penoso: el Sahug no es ya más que una serie de cascadas y cataratas; después de franquear el obstáculo se cae siempre en una especie de estanque de cinco á doce metros de profundidad, y después de algunos golpes de remo se encuentra una nueva obstrucción, sucediendo siempre lo mismo. Algunos mandayas me ayudan un momento, pero rehusan avanzar siempre por temor al terrible *Husip*. Varios desprendimientos me permiten ver la constitución de las colinas de la orilla; en todas partes arena fina y conglomerados en vía de formación. Los chubascos son frecuentes, y como no hay medio de hacer observaciones astronómicas, ya no sé dónde me hallo. Mis muchachos tienen los pies ensangrentados, y mi epidermis, menos resistente que la suya, se ha resentido mucho más.

19 noviembre.—Lluvia torrencial; crecida sensible del Sahug, que me permite franquear muchas cataratas sin abrir un paso; pero la corriente y los torbellinos llegan á ser casi insuperables. No hay ningún indicio de vivienda; á las cuatro de la tarde llego á un considerable afluente (todos los que he visto hasta aquí carecían de importancia) que se confunde con el Sahug bajo un ángulo muy agudo. ¿Dónde está el Sahug? No es posible reconocerlo; remonta la corriente que parece venir más directamente del norte; y á las cinco acampo sin víveres en una alta roca, al abrigo de la crecida.

20 noviembre.—A las nueve de la mañana continuamos penosamente nuestro viaje; la excitación de la marcha reanima un poco á mis hombres, que no pueden ya entrar en el agua sin experimentar crueles padecimientos; franqueamos algunas cataratas espantosas; á las once, una balsa que vemos en la orilla nos induce á sospechar la existencia de algunas casetas; tres muchachos van á practicar un reconocimiento en el bosque, pero vuelven sin haber visto nada, y seguimos avanzando.

Mis auxiliares, heridos y en ayunas desde la víspera, no pueden hacer mas esfuerzos: una distribución de café y de tabaco reanima un poco á los que no están atacados de la fiebre; y á medio día puedo tomar la altura del sol, dándome el cálculo 7° 46' 28"; de modo que en siete días, desde el 13, sólo me he elevado por el norte 7' 50" ¡Unos 14'5 kilómetros!

Sin embargo, es indispensable tomar un partido. Husip no puede estar lejos; descargo completamente la más ligera de mis embarcaciones, y confío su dirección á mis dos auxiliares más útiles, Marcelo y Francisco el cuadrillero, á quienes doy mis carabinas para que impongan más respeto, pues á pesar de todos mis cuidados, la humedad de estos últimos días me ha inutilizado casi armas y municiones, hasta el punto de necesitar diez minutos de preparativos cuando quiero cargar mi carabina Lefaucheux, de la cual fallan la mitad de los tiros. Mis embajadores parten con la misión de buscar á Husip é inducirle á buscarme remeros; la pequeña piragua, libre de su peso, deslízase ligera sobre la superficie, conducida sin dificultad por sus dos tripulantes, á los cuales pierdo de vista muy pronto.



Viaje á Filipinas.—Riachuelo en la costa oriental de Mindanao

(Continuará)

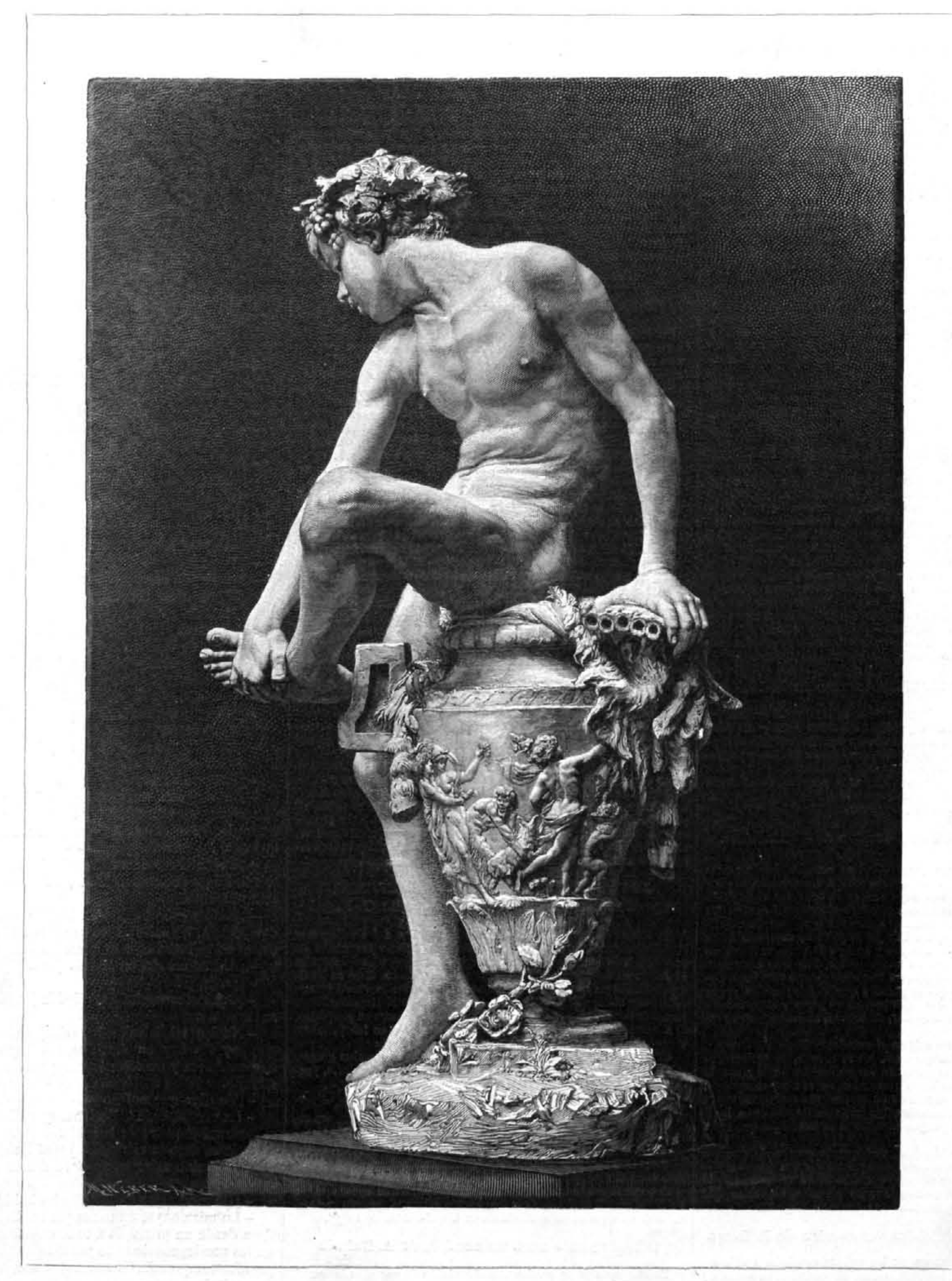
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 26 DE JULIO DE 1886 — NUM. 239

NÚMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE BERLÍN



LA ESPINA, estatua de Gustavo Eberlein, grabado por Weber

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *La tertulia del alcalde*, por don Fernando Araujo. – *Ricardo Friese* (nuevo pintor de animales). – *La cigarrera*, por doña Emilia Pardo Bazán. – *Ni Rey ni Roque*, por don Luis Mariano de Larra. – *La música en la paremiología*, por don José María Sbarbi. – *Historias cortesanas* (continuación), DOS CARTAS: por don Luis Alfonso.

GRABADOS.—*La espina*, estatua de Gustavo Eberlein.—*Apunte*, de A. Werner.—*La gloria de Dijón*, cuadro de P. H. Calderón.—*Regreso de la fiesta*, copia directa del cuadro de Guillermo Díez.—Obras de Ricardo Friese: *Tigre arrastrándose hacia su presa.*—*León durmiendo.*—*Leopardo descansando.*—*Los bandidos del desierto.*—*Estudios de leones.*—*Rey del desierto.*—*Cabeza de alce.*—*La parisién*, estudio del celebrado pintor Augusto Kaulback.—*Una calle en Egipto*, cuadro de Leopoldo Muller.—*La joven pastora*, cuadro de F. Masriera.—*Idilio*, copia fotográfica del cuadro de Enrique Serra.—*Estudio*, de Rosenthal.—*El santuario invadido*, dibujo de E. J. Gregory.—*Jesús cura á un niño enfermo*, cuadro de Gabriel Max.—*El caballero de la muerte*, reproducción fotográfica de un dibujo de Alberto Durero.—*Cabeza de estudio*, de Miguel Angel.—*Jesús curando á los enfermos*, reproducción directa del cuadro de G. Fugel.—*¡Ah!!!* apunte para un cuadro, de A. Fabrés.—*Pinturas decorativas*, de Arturo Fitger.—*Estudio*, de Rafael Sanzio, copiado del original que se halla en el Museo Albertina de Viena.

NUESTROS GRABADOS

LA ESPINA, estatua de Gustavo Eberlein

El autor de esta lindísima estatua ha dado una prueba de que comprendía, á la par, lo bello y lo cierto. Un joven pastor se siente herido por una espina clavada en el pie. Nada más prosaico como asunto y nada más verdadero que el acto espontáneo de llevar la mano á la parte dolorida. La ejecución pudiera dar lugar á una escultura groseramente realista, si el autor no hubiese tenido talento suficiente para dar forma elegante, bellísima, al acto natural realizado por el joven pastor. No cabe, en efecto, mayor corrección en el dibujo, mayor delicadeza de líneas, mayor espontaneidad en el movimiento: es una obra digna del arte griego, del arte de ese pueblo adorador de la forma, que encontró, en Fidias y en Praxíteles, el secreto de infiltrar lo sublime del genio en las manifestaciones de los sentimientos más vulgares y hasta menos simpáticos.

LA GLORIA DE DIJON, cuadro de Calderón

El título de este cuadro es un verdadero tributo del artista á la belleza de la mujer representada en su cuadro. La humilde ramilletera hubiese permanecido toda su vida muy distante de la apoteosis, si un pintor de mérito no hubiera reparado en su belleza, noble y simpática. Así la célebre Fornarina habría pasado completamente desapercibida de la posteridad si el *divino* Rafael no la hubiera retratado en sus inmortales *Madonas*.

Calderón es un artista notable por su brillante colorido y por la delicada ejecución de sus obras. La que representa nuestro grabado fué adquirida por un coleccionista inglés, que dió prueba de buen gusto adquiriendo tan bello lienzo.

REGRESO DE LA FIESTA, cuadro de G. Díez

Del distinguido autor de este cuadro hemos hablado otras veces. Hoy por hoy figura entre los artistas de primera fuerza.

La idea de una comitiva de campesinos regresando de una fiesta ha sido aprovechada por diversos pintores: los holandeses han hecho primores con ella. Algo holandés tiene el cuadro de Díez; alguna cosa que, sin ser de Teniers, recuerda á Teniers; una decoración análoga, una alegría parecida, hasta cierta libertad en las actitudes, de que tan pródigo se mostró el típico autor de Amberes. Somos admiradores de Teniers, pues para serlo basta la simple condición de tener ojos y buen sentido artístico; pero si no temiéramos ofender á ciertos maestros para quienes lo antiguo es adorable en el mero hecho de ser antiguo, diríamos ingenuamente que el cuadro de Díez por nosotros publicado, puede sostener la competencia con los primeros cuadros representativos de iguales ó análogas escenas.

UNA CALLE EN EGIPTO, cuadro de L. Muller

Muller es una notabilidad en asuntos orientales; lleva hechos grandes estudios en esos países que baña el sol del Asia y del Africa, y sus cuadros tienen un carácter que no pueden imprimir al lienzo sino los artistas que han visto y estudiado lo que al lienzo quieren trasladar. Así, en la composición que hoy publicamos, es imposible decir que esa calle es convencional, que esos personajes son copia de fotografías más ó menos directas; antes bien Muller puede repetir lo del Evangelio: *Y el que lo vió, lo afirma.*

LA JOVEN PASTORA, cuadro de F. Masriera

Varias veces hemos dicho que, tratándose arte, la simple reproducción de la naturaleza podría decir mucho á los sentidos, sin decir cosa alguna al sentimiento, cuya excitación debe ser el objetivo principal del artista. Así lo ha comprendido el autor del cuadro que publicamos, en el cual parece haber amontonado voluntarias dificultades para conseguir su objeto. Una joven pastora, cuyo semblante vemos apenas, unas cuantas malezas y un lujo de pitas, vulgares en nuestro suelo y monótonas en todas partes, han sido elementos bastantes para que Masriera pintara un lienzo que no sólo impresiona agradablemente, sino que se presta á que la imaginación vague por los espacios del idealismo. Esa pastora es joven y el pintor nos deja advinar, nada más que adivinar, su belleza, no realzada con artificio alguno.

Sola en el campo, tal vez sola en el mundo; rodeada de abrojos, los abrojos del mundo quizás; parece que su mirada, su pensamiento, buscan un más allá, que presiente sin conocerlo. Su corazón la dice que la sociedad no se halla reasumida en el triste campo que pisa un día y otro día, y en alas de un sentimiento mal definido por ella todavía, se lanza en busca de otras impresiones, de otros horizontes, de otra vida, que pongan término á la nostalgia que se ha iniciado en ella.

Esto dice el cuadro de Masriera, y el que lo contemple puede á su sabor forjarse una novela cuya protagonista sea esa pastora; novela que puede empezar en el campo, continuar en el mundo de la mujer caída y terminar en un hospital. En resumen, un lienzo que representa un idilio y deja concebir una pavorosa tragedia.

IDILIO, copia fotográfica del cuadro de E. Serra

El autor de este lienzo es uno de los artistas españoles residentes en Roma que más se ha identificado con las costumbres, historia y naturaleza del antiguo *Latio*. Con lo que existe reconstruye lo que ha existido; con lo que ve, da forma á lo que otros vieron. Dígalo *El árbol sagrado* por lo que se refiere á Roma antigua, y dígalo este *Idilio* por lo que toca á la Edad media romana.

Por supuesto que el *Idilio* existe á lo más en la parte del cuadro que representa á una joven descendiendo las escaleras que conducen á subterránea fuente. Los tres personajes de la derecha, medio artistas, medio soldados, tipos de esos merodeadores que infestaron un tiempo la Italia, tienen muy poco de *idílicos*. Si les fuera permitido trabar amistad, ó cosa mayor, con la pastora, ¡maldito si se ocuparan en grabar iniciales en el tronco de los árboles ó en ceñir con lazos de color de rosa el cuello de los mansos corderos!

El idilio existe mejor en el paisaje, apacible, tranquilo, respirando la calma de la naturaleza en invierno, ó sea en aquella época en que las funciones de la vegetación se verifican donde no llega el ojo profano del hombre. Fuera de esto, el cuadro de Serra tiene una intención que tiende más á Marcial que á Virgilio.

EL SANTUARIO INVADIDO, dibujo de Gregory

El estudio de un artista ha de excitar poderosamente la atención de una niña. Ya se ve... ¡amontona tantos cachivaches el cultivador de las bellas artes!... ¡tiene tantos libros con estampas que tientan la curiosidad de la rapaza!... Ello es que un taller es una especie de santuario; pero esto se lo pueden ir á contar á las gentes machuchas... Nuestra niña rompe la consigna, penetra en el sagrado recinto, se arrellana en un sillón y satisface por completo su pasión por las imágenes, la pasión favorita de los pocos años.

Este sencillo hecho ha sido dibujado con suma finura por Gregory, mereciendo un éxito en la última exposición de acuarelistas de Londres.

JESÚS CURA Á UN NIÑO ENFERMO, cuadro de Gabriel Max

Como ejemplo de que un mismo asunto, ó asunto muy parecido al menos, puede ser tratado pictóricamente de muy diversa manera y con no menos éxito, publicamos en el presente número este cuadro y otro de Fugel que reproducen las milagrosas curaciones de Jesús.

Ambos lienzos son igualmente notables; pero el de Max se distingue por la extremada sencillez de la composición, que en nada disminuye, antes bien hace resaltar poderosamente la fuerza de ejecución de este ilustre artista. Constituye, en efecto, uno de los mayores méritos de este cuadro la sencillez y parsimonia de recursos de que echa mano el autor para cautivar la atención. Tres figuras, las indispensables, ha pintado Max: accesorios ninguno. Pero cada una de esas figuras es un modelo acabado, perfecto, sublime; Jesús es el tipo de la bondad, la mujer es el tipo de la fe, el niño es el tipo de la inocencia. Como expresión no cabe más allá; como grupo es de una corrección inmejorable.

Max se inspira frecuentemente en escenas bíblicas y es de los pocos artistas que se remontan, en alas del genio, á los espacios donde aparecen los ideales celestes que sólo por un milagro de amor pisaron brevemente la tierra.

EL CABALLERO DE LA MUERTE

(Reproducción fotográfica de un dibujo de Alberto Durero)

Doble interés tiene la lámina que publicamos, raro ejemplar tenido en gran aprecio por los amantes del arte. Con efecto, si notable es en el simple hecho de ser debido su dibujo al precursor del renacimiento artístico, no lo es menos como muestra del grabado en madera, allá por aquellos tiempos en que el buril iniciaba su importante concurso en las manifestaciones del arte y en las demostraciones de la ciencia. En ambos conceptos es obra de Alberto Durero (Alberto Duerer por verdadero nombre), nacido en Nuremberg el año 1471, pintor ilustre, grabador en madera, escultor y arquitecto; de suerte que en su persona se reunieron, aún más que en la de Miguel Angel, si bien con menos fuerza, cuantas condiciones pueden concurrir en un hombre dedicado á las bellas artes.

Su grabado: *El caballero de la muerte* es uno de los más célebres de este célebre artista. Créese comunmente que ese caballero sea el famoso Franz de Seckingen, que consagró, como Gœtz de Berlickingen, al servicio de la naciente Reforma, las postrimerías de la caballería andante. Jinete sobre un poderoso caballo, sigue su carrera con ciega temeridad, en nada obstante la aparición de la muerte y del infierno, de que prescinde por completo, sin merecerle una simple mirada de curiosidad.

Hay quien supone que en esa extraña composición quiso Durero representarse á sí mismo, yendo recto al objeto entrevisto por su genio, sin parar mientes en los obstáculos del camino.

CABEZA DE ESTUDIO, de Miguel Angel

Sea dicho en honra de la humanidad, el número de los artistas dignos de los honores de la posteridad, no es tan limitado como parece que debiera serlo, dadas las dificultades que obstruyen el camino del templo de la gloria. Muchos é inmortales nombres se hallan escritos con letras de oro en los anales del arte; pero nadie ha superado, nadie ha igualado tal vez, al insigne Miguel Angel.

Sus obras todas, aquéllas al parecer menos cuidadas, tienen impreso un tinte de grandeza, una valentía de concepción, una energía de forma, una acentuación de pasiones tan exclusiva del gran maestro, que con nada y con nadie puede confundirse lo que pasó de su poderosa inteligencia al cartón, al lienzo ó al mármol. Una prueba más de lo que venimos diciendo la tienen nuestros favorecedores en el estudio que hoy publicamos: ante tal manera de sentir y hacer sentir, cabe solamente admirar.

JESÚS CURANDO Á LOS ENFERMOS, reproducción directa de un cuadro de G. Fugel

En diversos capítulos se refieren los Evangelios á las milagrosas curaciones obradas por Jesús, pero, efecto del mismo laconismo de su estilo, la imaginación del artista experimenta grandes dificultades al dar forma á unos hechos tan parcamente descritos. Esto no ha sido obstáculo para que muchos pintores hayan tratado más ó menos felizmente el asunto; y entre esos pintores merece ciertamente Fugel mención honorífica por el acierto con que ha realizado su propósito.

A nuestro modo de ver, el artista se ha inspirado en los primeros versículos del Evangelio según San Mateo, que dicen:

«Y como descendió del monte (Jesús), le siguieron muchas gentes.

»Y vino un leproso, y le adoraba, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.

»Y extendiendo Jesús la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y luego su lepra fué limpiada.»

El artista ha tratado el asunto de manera que pudiéramos llamar respetuosa; pues sin descartar de él la parte realista de que no podía prescindir, ha conseguido que los deformes sirvan para hacer resaltar la dulce majestad, la noble actitud, la irresistible simpatía que concurren en el protagonista.

Los que suponen tan positivista á nuestro siglo que apenas caben en él las manifestaciones de la inspiración religiosa, pueden convencerse de su error examinando atentamente el cuadro de Fugel.

¡AH!... apunte para un cuadro, de A. Fabrés

En el apunte de un cuadro está el embrión de una obra inmortal, porque el embrión contiene el germen, bueno ó malo, de todos los seres. El apunte es la abreviatura pictórica de un pensamiento estético, como la abreviatura escrita es el apunte de un pensamiento que no mejorará de condición esencial aun después de haberlo puesto en limpio el más hábil pendolista.

En el apunte de Fabrés que publicamos hay un cuadro abreviado. Debajo de ese balcón que se halla indicado apenas, ha ocurrido algo no común, horripilante, que ha puesto en los labios de todos los testigos de la escena ese: ¡AH! con que nosotros bautizamos al futuro cuadro, que con ser de nuestro compatriota Fabrés, será, á no dudarlo, un nuevo timbre en su gloriosa carrera.

PINTURAS DECORATIVAS, de Arturo Fitger

Este género pictórico que dió, tal vez más que otro alguno, ocasión á las grandes manifestaciones de Miguel Angel, de Rafael, de Rubens y otros muchos grandes maestros, había caído últimamente en bastante desuso. Los artistas modernos, en general, desdeñaban la pintura mural, ó tal vez se arredraban ante el compromiso de llenar grandes espacios que necesitaban grandes asuntos.

El autor de las dos pinturas decorativas que publicamos ha dado con ellas una prueba de haber estudiado hábilmente el género. Su factura trasciende á Rubens, y este es su mayor elogio.

ESTUDIO, de Rafael

El gran Sanzio no ha conocido superior en el dibujo. Y como el mérito de un dibujante se aprecia, mejor que de otro modo alguno, en los estudios donde ejercita su talento sin sujeción á pie forzado, de aquí nuestra predilección por esta clase de trabajos artísticos en los cuales el genio de Rafael se revela de una manera aún más espontánea que en sus inmortales lienzos.



APUNTE, de A. Werner

LA TERTULIA DEL ALCALDE

–¡Buenas noches, señores!

–Muy buenas, D. Emilio! ya hacía tiempo que le aguardábamos.

–Me he detenido algo, lo confieso.

–¡Siéntese V.! ¡siéntese V.! ¿Le ha ocurrido á V. algo desagradable?

–¡Oh! nada de eso; he comprado un libro nuevo, me engolfé en su lectura, y no he tenido fuerza de voluntad suficiente para levantarme de la silla antes de acabarlo.

–¡Usted siempre leyendo! ¿No se cansa usted?

–De ningún modo; nunca se sabe demasiado

–¿Y qué libro tan interesante es ese? – preguntó la rubia Matilde.

–¡Oh! ¡sumamente interesante! Es un bosquejo de las costumbres de la India.

–¡De los indios! – interrumpió la linda joven. – ¡Oh! ¡Yo no lo leería! ¡Me da miedo!...

–¿Miedo, de qué?

–¿Pues no son los indios unos hombres muy malos que comen carne humana?

–No, niña; los indios son muy buenos; tú quieres hablar de los salvajes.

–¿Pues no da lo mismo?

–De ninguna manera. Los salvajes son gentes sin educación, sin trato social, y los indios son todo lo contrario; los salvajes son los que comen carne humana, aunque sólo los menos.

–¡Bueno! Pero como los salvajes se crían en la India son indios, – exclamó Matilde, sumamente satisfecha de su argumento.

–¡Justo y cabal! – dijo D. Emilio sonriéndose. – Estás equivocada: los salvajes no se crían en la India como tú dices; en la India sólo se crían los indios; los salvajes.....

–¡Ah! Se criarán en la Salvajia...

–¡Ja, ja, ja!

–¿Pues entonces?... – replicó la joven medio amostazada.

–No hay tal Salvajia; los salvajes viven en todas partes; hoy los hay en América, los hay en Australia, los hay en Africa y en otros lugares; pero todos hemos sido salvajes.

–¡Yo digo que no!

–La verdad es, D. Emilio... que dice V. unas cosas... – exclamó el padre de la rubia.

–¡Pues digo lo cierto, D. Juan! Es claro que ni V. ni yo hemos sido salvajes, pero lo fueron nuestros antepasados.

–¿De modo que en España ha habido salvajes?

–Lo mismo que en todas partes. Como el hombre no llega desde un principio á todo su desarrollo, de ahí que en los comienzos de todo pueblo el salvajismo haya imperado; comprenderéis ahora que una cosa son indios y otra salvajes. Sin embargo, os diré que no sois vosotros solos los que tenéis esa creencia, sino que han existido hombres ilustrados que confundían también á los salvajes con los indios.

–¿Y dónde está la India? – preguntó Matilde.

– ¿La India?... Es un hermoso país situado en el Asia.

– ¿Y dónde está el Asia?

– Yo te lo diré. Mira: el mundo se divide en cinco partes: la primera es la Europa, donde nosotros habitamos; la segunda, el Africa, que es donde están los negros, se halla situada al Mediodía; la tercera, que es la América, descubierta por Cristóbal Colón, está al Poniente; la cuarta es la Oceanía, que se llama así por estar toda ella rodeada por el mar y compuesta de islas, entre las que figuran nuestras Filipinas, está al Naciente; y la quinta, que es la mayor de todas y se llama el Asia, está también al Naciente y de allí hemos venido nosotros; todos descendemos de allí.

– ¿Vivían allí Adán y Eva? ¿Estaba allí el Paraíso?

– Sí, allí estaba; la India es una península.

– ¿Y qué es eso?

– Península quiere decir *casi isla*: es una porción de tierra rodeada por todas partes menos por una, de agua.

– ¿Y estaba allí el Paraíso?

– No, pero estaba muy cerca, y aun algunos dicen que allí mismo; pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la India es un país hermosísimo, y sus habitantes deben dar gracias á Dios por lo bien que les ha dotado.

– ¿Pues no son judíos los indios? ¿Cómo han de dar gracias á Dios? – interrumpió Matilde ansiosa de ganar la revancha.

– ¡Si acabaremos de una vez! – contestó D. Emilio fingiendo seriedad, – salimos de un error para caer en otro. ¡No, señora, no! aunque la choque á usted esto: los indios no son judíos.

– ¡Ah! ¿Con que son cristianos? Yo no lo sabía; después de lo que V. nos ha dicho de su país, y de que estuvieron por allí cerca Adán y Eva, y de que no son salvajes... ya me parecía á mí... ¡me alegro! ¡me alegro!

– Siento mucho, querida mía, quitarte esa ilusión; pero la verdad sobre todo, los indios no son cristianos.

– Pues no siendo judíos ni cristianos... ¡á ver qué serán!

– Yo lo sé, yo lo sé, – interrumpió el tío Bolinche, que se las echaba de algo leído, – son... ¡herejes!

– Tampoco son herejes, tío Bolinche, – dijo D. Emilio.

– ¡Caramba! – murmuró el tío Bolinche rascándose la frente, – ¡por vida de!... Entonces... no caigo.

Los tertulianos se miraban unos á otros asombrados. ¡La cosa no era para menos! D. Emilio los contemplaba, sonriéndose con benevolencia.

– Explíquenos V. ese *busilis*, – dijo al fin don Juan, el padre de Matilde, alcalde del pueblo donde se verificaba tan entretenida conferencia.

– ¡Son moros! – se atrevió á decir todavía el tío Bolinche, dándose una palmada en la frente.

– Tampoco son moros. Voy á explicarme lo mejor que pueda. Vosotros sabéis que hay más religiones que la nuestra.

– Yo no lo sabía; creí que los que no eran cristianos no tenían religión, – dijo Matilde.

– ¡A ver si te callas y dejas hablar á D. Emilio! – dijo el padre de la joven.

– ¡No, no! Que hablen todos y expongan sus dudas, y así nos entenderemos mejor para evitar errores; unos adoran un Dios, otros otro...

– Pero sólo hay uno verdadero, ¿no es cierto?

– Sí, querida mía; unos adoran al sol, otros á los animales, otros á todas las cosas; son tantas las religiones que existen que para entenderse mejor han tenido los sabios que clasificarlas.

– ¿Y qué es clasificar?

– Yo te lo explicaré con un ejemplo: figúrate que tienes un montón de dinero; allí hay monedas de plata, oro y cobre, onzas, doblones, duros, pesetas, perros chicos y grandes, décimas, cuartos, céntimos, etc.; tú tienes necesidad de contarlos, y para hacerlo mejor pones separada cada clase de moneda, cuartos con cuartos, duros con duros, onzas con onzas, y así sucesivamente. Pues eso se llama clasificar.

– ¡Ah! Muchas gracias, D. Emilio; cuando vaya á contar dinero diré que estoy clasificando.

– No, esas palabras no deben usarse siempre; si dijeras eso se reirían de ti. Como iba diciendo, se han clasificado las religiones para estudiarlas mejor; hay religiones que no admiten sino un solo Dios, y las hay que admiten muchos; las primeras se llaman *monoteístas*, y *politeístas* las segundas. ¿Qué eres tú, Matilde? – preguntó D. Emilio, para ver si la joven había comprendido.

– ¿Yo? Monoteísta.

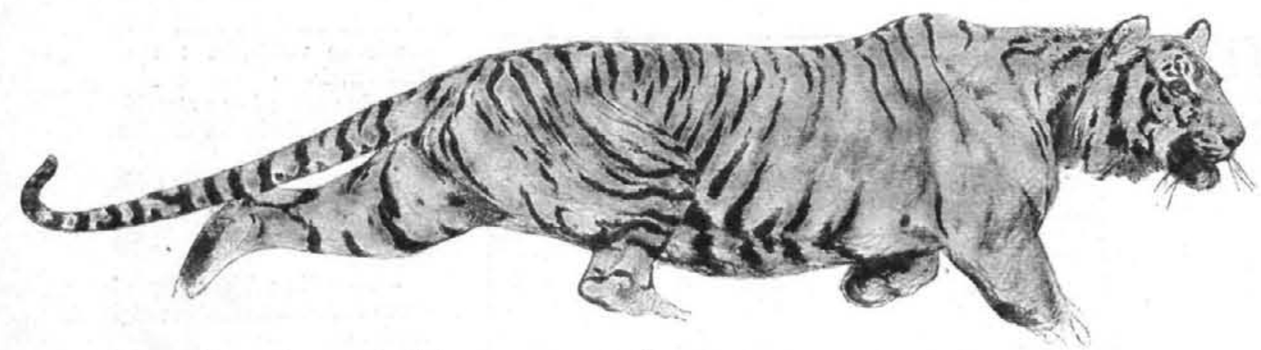
– ¡Perfectamente! Ahora verás cómo los indios no son cristianos ni judíos; entre las religiones monoteístas está el judaísmo, llamado así porque los que lo profesan vivieron en la Judea en otro tiempo.



LA GLORIA DE DIJÓN, cuadro de P. H. Calderón



REGRESO DE LA FIESTA, copia directa del cuadro de Guillermo Díez



Friese.—TIGRE ARRASTRÁNDOSE HACIA SU PRESA

– Dispénseme V., D. Emilio, – interrumpió el tío Bolinche, – que le diga que en España ha habido judíos.

– ¿Quién lo niega? Tú quieres decir que porque no vivan en la Judea no son judíos. ¿Dejarás tú de ser español aunque te vayas á Rusia? Pues bien, los judíos adoran un solo Dios; el mismo Jesucristo fué judío.

– ¡Ave María Purísima! – exclamó Matilde santiguándose.

– ¡Fué judío, sí, señora! No sólo porque nació en la Judea y porque la Virgen que acabas de nombrar fué judía, sino porque profesaba la ley de los judíos. ¿Ves ahora cómo los indios, sin ser cristianos, pueden también no ser judíos?

– Entonces... ¿nosotros somos judíos? – preguntó la joven temblando.

– De ninguna manera; nosotros hemos tomado muchas cosas de los judíos, como por ejemplo los mandamientos; pero no somos judíos, porque creemos en Cristo y ellos no, puesto que le crucificaron.

– ¡Ya, ya lo he comprendido!

– ¡Y yo! ¡Y yo!

– ¡Muy bien! Quedamos en que nosotros somos monoteístas como los judíos, pero nos diferenciamos de ellos principalmente en que creemos en Cristo, y en los Evangelios, y en la misa, y en otras cosas que ellos no creen. Vamos ahora á las religiones politeístas, que son las que admiten muchos dioses; entre ellas se encuentra la que profesan los indios; de éstos unos son *brahmanistas*, y otros *budhistas*, pero lo principal es que todos son *panteístas*.

– ¿Qué quiere decir eso?

– Ya te lo iba á explicar; pero como eres tan viva de genio...

– ¿No te dije que no interrumpieras á D. Emilio, chiquilla?

– Déjela V., D. Juan; á mí me gusta en estos asuntos la curiosidad, aunque la deteste en otras cosas; mejor es que pregunte, y así nada se escapará sin explicación. La palabra *panteísta* quiere decir *todo Dios*. Los indios creen que todas las cosas del universo forman parte de Dios, de modo que todo lo adoran, hombres, animales, plantas, todo, en fin. Creen también que nuestras almas, después de la muerte, encarnan en otros cuerpos, mejores ó peores, según sus méritos; esto es lo que se llama *metempsicosis* ó trasmigración de las almas. Los indios están divididos en muchas castas, cuatro de ellas principales: los *brahmanes* ó sacerdotes de su religión; los *kchatryas* ó guerreros; los *vaysias* ó artesanos, y los *sudras*, ó especie de esclavos; los brahmanes son los más considerados y superiores, aunque eso no quita para que un sudra, sin dejar de serlo, llegue á ser rey; de modo que si un sudra ú otro cualquiera ha obrado bien en esta vida, su alma renacerá en el cuerpo de un brahmán, y al contrario.

– ¿Y si llega antes de morir á ser brahmán?

– Eso no puede ser; la palabra *casta*, con que se designan estas cuatro especies de indios, repugna semejante cambio; el que nace sudra, sudra será siempre, aunque llegue á rey; nunca podrá ascender á otra casta, mientras que el brahmán puede bajar, por ciertas faltas, hasta ser sudra.

– ¡Qué chocante es todo esto!

– Ahora choca; pero casi todos los pueblos antiguos vivían separados en castas. Con que, ¿me habéis comprendido?

– ¡Sí! ¡sí! – exclamaron todos.

– Ya veis, pues, que siendo los indios politeístas, no pueden ser ni cristianos ni judíos, que sólo admiten un Dios.

– ¿Y los moros y los herejes, qué son?

– También os explicaré esto para evitar confusión. Con la palabra *moro* se designan vulgarmente muchos pueblos que no son tales moros; sucede con esta palabra lo que con las de judíos é indios. Los moros no son ni una cosa ni otra, aunque pueden ser ambas; este nombre no indica propiamente una religión, sino un pueblo que tanto puede ser cristiano, como judío, como panteísta; sin embargo, os diré que la mayor parte de los llamados moros, si por ellos se entiende los descendientes de los que conquistaron á España, profesan la religión de Mahoma.

– ¿Se llama así su Dios?

– No; su Dios se llama Alah, y Mahoma fué un hombre que enseñó por primera vez esa religión; también le veneran mucho, como nosotros á la Virgen y á los santos, pero no creen sino en un solo Dios.

– ¡Serán monoteístas! – exclamó Matilde, satisfecha de la pronta aplicación que pudo dar á la palabra, cuya conquista había hecho aquella noche.

– ¡Justamente! así me gusta, querida; cuando las jóvenes son aplicadas como tú, honran al que las educa.

– ¿Y los herejes?

– ¡Es verdad, tío Bolinche! Ya me había olvidado de esos señores. Los herejes no constituyen una religión aparte de las demás; todas las religiones tienen herejías. Hereje es todo aquel que, profesando cierta religión, se separa de ella en algunos puntos, más ó menos esenciales, que son los que forman la herejía. Así tenemos en la religión católica una multitud de herejes y herejías casi desde los principios del establecimiento de la Iglesia; unos no creen en la divinidad de Jesucristo, otros rechazan la confesión, otros niegan la Trinidad, y casi todos ellos no admiten la autoridad del Papa. Los herejes más notables de la religión católica han sido los arrianos y los protestantes; todos ellos son cristianos pero no católicos.

– ¡A propósito, D. Emilio! ¿Qué significa eso de católicos? – preguntó un tertuliano que hasta entonces no había despegado los labios, embelesado en la contemplación de Matilde; – es una palabra que todos decimos sin saber bien lo qué quiere decir.

– Católico quiere decir universal. Jesucristo, al hablar á sus apóstoles, les dijo: «Id, y enseñad á todas las gentes.» De este mandato de Jesucristo proviene el que nuestra religión sea católica.

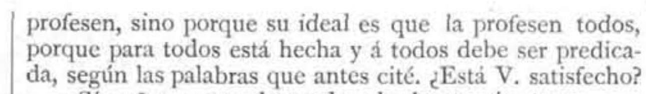
– Pero, y dígame V., ¿acaso esta religión es profesada por todo el mundo? ¿No acaba V. mismo de decir que hay otras muchas religiones? Si esto es así, no comprendo qué quiere decir eso de católico.

– Cierto que hay otras muchas religiones, Caleserín, más le diré á V.: de los mil millones de hombres que hay sobre la tierra, sólo unos doscientos millones profesan la religión católica. Sin interpretación alguna, dejando á esta palabra su significado literal, es claro por consiguiente que no es exacta; pero la universalidad ó catolicidad no quiere decir precisamente que todo el mundo profese esa religión, ni tal ha sido tampoco la intención de la



Friese.—LEÓN DURMIENDO

Iglesia al caracterizarse con esa nota. Lo que V. acaba de exponer lo dicen también muchos hombres que, sin estudiar las cuestiones como es debido, hablan según su gusto; ya sé yo que V. no lo hace así, sino que esto ha sido una duda que á V. se le ha ocurrido al explicar yo la palabra. La religión católica lo es, no porque todos la



profesen, sino porque su ideal es que la profesen todos, porque para todos está hecha y á todos debe ser predicada, según las palabras que antes cité. ¿Está V. satisfecho?

– Sí, señor; y me alegro de saberlo por si acaso.

– Háblenos V. de estas cosas, D. Emilio, – dijo don Juan, – nos gustan mucho.

– Ya sabe V. que para mí no hay mayor placer que enseñar lo poco que sé. Pero me voy, que ya es hora.

– ¡Vaya V. con Dios, D. Emilio! – dijeron todos levantándose, y disponiéndose también á salir los que no eran de la casa.

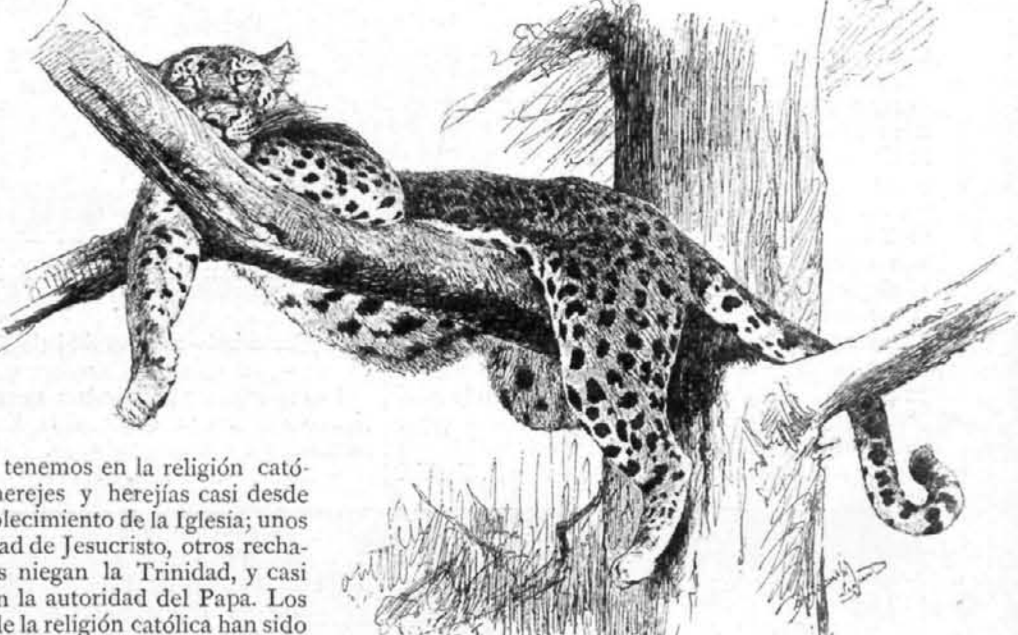
– ¡Buenas noches, señores!

FERNANDO ARAUJO

RICARDO FRIESE

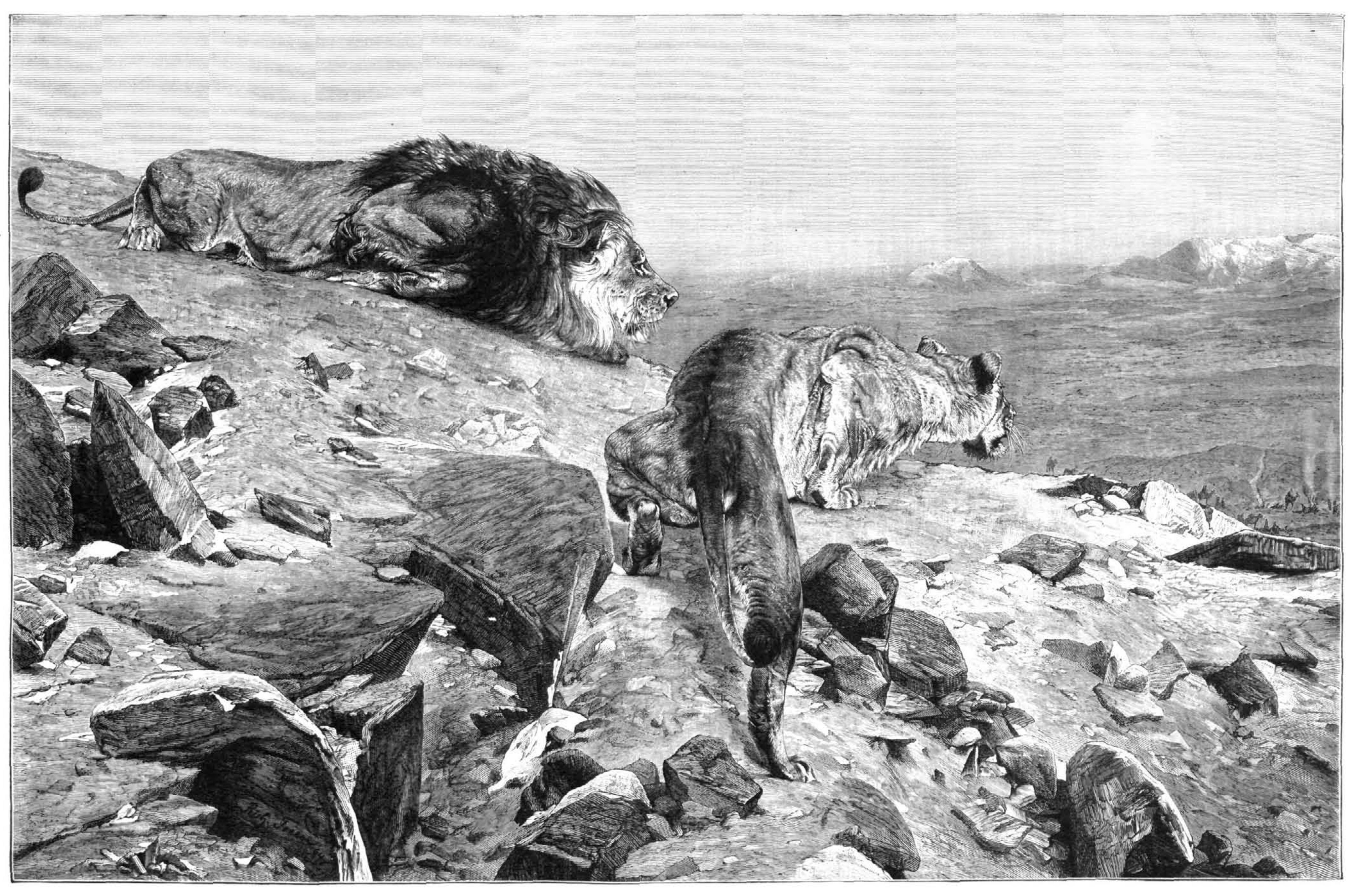
NUEVO PINTOR DE ANIMALES

En ningún país del mundo se protege á los animales tanto como en Inglaterra; en ninguno son tan satisfactorias las relaciones entre el hombre y aquéllos; y en ninguno, en fin, se aprecian tanto las pinturas que los representan. Hasta hay motivos para creer que los artistas ingleses han sido, si no los inventores de ese ramo del arte que se refiere á la vida animal, por lo menos los que le han perfeccionado; y por tal concepto, ningún pintor tuvo jamás en su época tantos admiradores como Sir Edwin Landseer, cuya fama era en su tiempo bien merecida. Sin embargo, la admiración que inspiró, aunque tuviese en sí mucho de razonable, era más bien hija del amor de los ingleses al mundo animal y á la representación pictórica de las relaciones de simpatía que deben existir entre éste y el hombre, que no la expresión de un sentimiento puramente artístico. Durante los últimos años

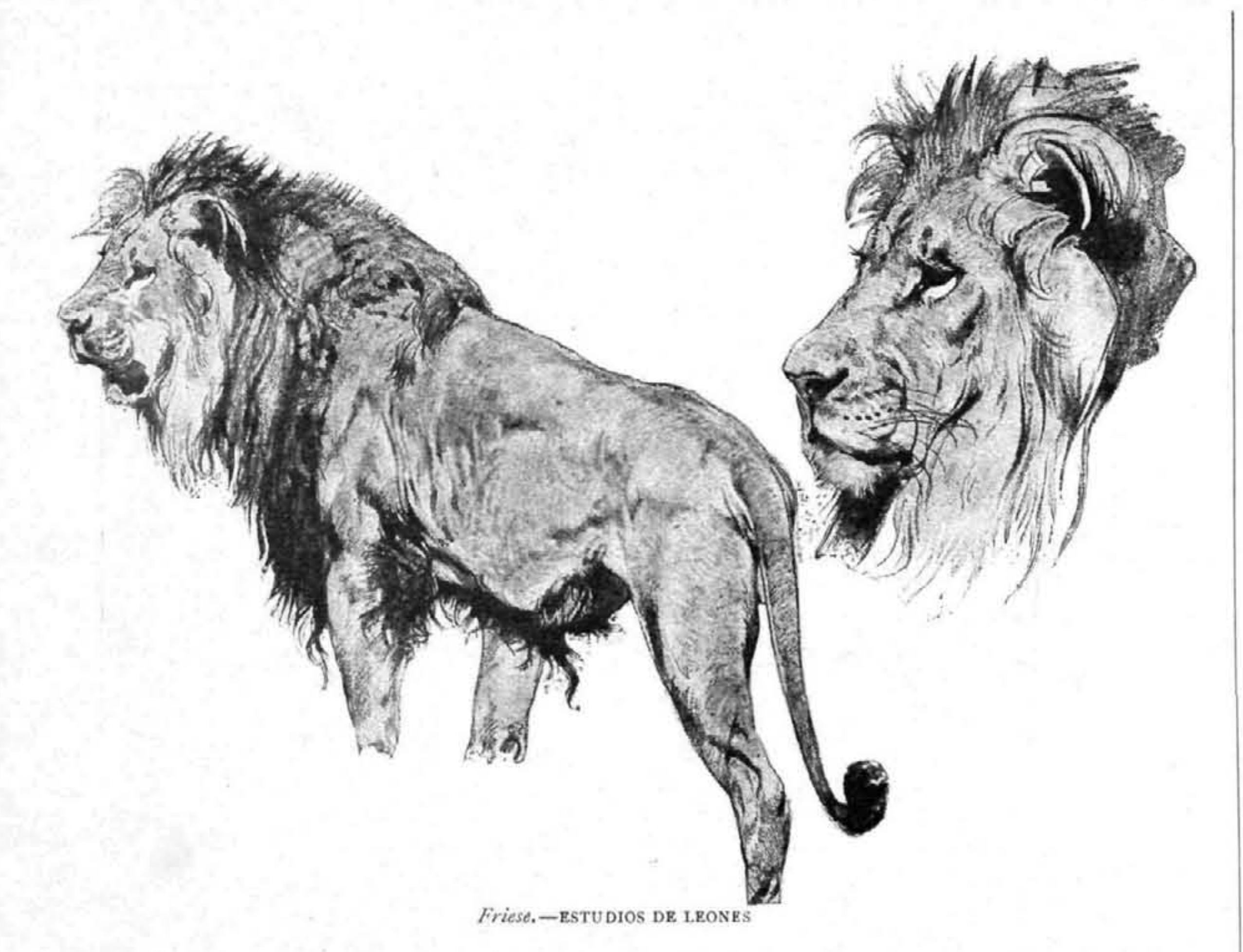


Friese.—LEOPARDO DESCANSANDO

de la vida del distinguido pintor, y sobre todo después de su muerte, despertóse poco á poco la idea de que su método de retratar animales no era correcto, y que si bien reunía condiciones excelentes, los detalles de lasfiguras carecían á menudo de verdad y las ideas del artista pecaban de vulgares algunas veces. Lo que más contribuyó á que Landseer obtuviese el favor del público fué una combinación de circunstancias que estaban en armonía con las ideas de los ingleses. El pintor excitó la afición á la caza en muchos, ó halagó los instintos de aquellos que se recrean en la contemplación de la vida animal; muchas veces entretenía á sus admiradores con sus figuras de perros y de diversas especies de cuadrúpedos; y en todos sus cuadros, bien representasen la lujosa mansión señorial ó la humilde cabaña, veíanse siempre dogos, mastines ó sabuesos; pero bajo el punto de vista artístico, Landseer, aunque el más popular, no era el más célebre de los pintores de animales. No podía retratar las formas del león ó del tigre con esa viveza y vigor que traspiran los lienzos de Rubens; y hasta es probable que no le fuese posible dibujar el caballo con ese íntimo conocimiento del animal que Wouvermans demostró dos siglos después, así como su contemporáneo Rosa Bonheur. Aunque Landseer se distinguiese en pintar perros domésticos, dudoso es que hubiera sabido representarlos en su estado salvaje con ese vigor y realismo que tanto llaman la atención en la pintura de Snyders, presentada en la última exposición de la Real Academia; y los que concurrieron á ésta podrán recordar cuán pobre parecía uno de los «leones moribundos» de Landseer, comparado con la magnífica leona de su antecesor Jaime Ward. Sólo decimos esto incidentalmente, pues el objeto de nuestro artículo no es, en modo alguno, rebajar el mérito del gran artista inglés, sino demostrar á los que, bien ó mal informados, le consideraban como el príncipe de los pintores, que en otros países hay también algunos que estudian la vida animal con buen fruto y que se han dado á conocer ventajosamente como pintores de animales.



LOS BANDIDOS DEL DESIERTO, cuadro de Ricardo Friese, premiado en la exposición de París



Friese.—ESTUDIOS DE LEONES

Inútil parece decir que este arte no es privilegio de ningún país, ni lo ha sido tampoco de época alguna. En Inglaterra hubo antes de Landseer artistas que pintaron perfectamente caballos, vacas y perros, y que tienen hoy dignos sucesores. Hace un siglo, Jorge Stubbs pintaba los caballos de una manera que reveló á la vez su mérito artístico y sus profundos conocimientos anatómicos; Morland, que era algunas veces flojo en el dibujo, tenía un genio especial para representar los pesados cuadrúpedos de los labradores y los robustos carneros de sus ganados; y no podemos olvidar los perros y gatos de Gainsborough, que parecían vivos en el lienzo. Hemos citado antes á Jaime Ward; y si ahora pasamos á otros países, encontraremos por lo pronto en Francia á Rosa Bonheur ocupándose aún en sus inimitables estudios sobre los animales del bosque de Fontainebleau, que si no tan perfectos en colorido como lo eran antes, se distinguen siempre por su mérito artístico. Van Marcke se hizo notar como pintor de ganados con sus admirables paisajes, en los que representaba vacas normandas. Carlos Jacké es inimitable para pintar carneros; y desde que Millet murió, nadie puede retratar una pastora con su rebaño tan magistralmente como él lo hacía. Si cruzamos el Rhin, veremos que hay una marcada afición á los animales y escenas silvestres. Los caballos que Von Bochmann representa en sus cuadros son verdaderos hijos de las estepas, y en esto le imitan los artistas eslavos y húngaros; pero hay muchos alemanes que no siguen el mismo camino, como por ejemplo Camphausen, esa lumbrera de la escuela de Dusseldorf que se extinguió hace poco, Pablo Meyerheim y Kroner, también pintor de Dusseldorf. Sin embargo, estos hombres no son únicamente pintores de animales, sino paisajistas, porque ahora no se puede hacer lo que Jorge Stubbs hizo algunas veces, es decir, pintar los animales y buscar un amigo que se encargara del fondo del cuadro. La pintura debe ser obra de un solo artista, sin colaboradores, como los tenían á veces los holandeses. La habilidad para pintar paisajes, á la vez que los animales que han de comunicarles vida, es uno de los más notables privilegios del hombre que vamos á presentar á nuestros lectores.

Friese.—REY DEL DESIERTO

Ricardo Friese, cuyo gran cuadro: *Los bandidos del desierto* (así llama á los leones), ha merecido muchos elogios, es un joven pintor alemán residente en Berlín. Nació en 1854 en Gumbinneu (Prusia oriental); después de recibir la educación rutinaria, según costumbre, manifestóse en el joven su afición al arte, y obedeciendo á sus inclinaciones optó por el oficio de litógrafo. En 1871 ingresó en el Instituto de Berlín, y poco después obtuvo ocupación en la conocida casa editorial de Winkelman é hijo. La práctica que allí adquirió le sirvió de mucho, y pronto fué lo bastante hábil para aspirar á una carrera más independiente, sin limitarse á ilustrar libros.

Todo pintor de animales que no se quiera concretar á representarnos rebaños, caballos, gatos y perros, debe ir á estudiar en el desierto ó en los jardines zoológicos. El Parque del Regente ha servido de sala de estudio á muchos pintores ingleses, desde Landseer á Nettleship, como á los artistas parisienses el Jardín de Plantas y á los pintores cosmopolitas la plaza de San Marcos en Venecia. Herr Friese fué durante algunos años el más asiduo concurrente al Jardín zoológico de Berlín, y los bosquejos que ilustran el presente artículo son una prueba de su actividad y espíritu de observación para el estudio de los animales. Estos bosquejos de Friese forman una pequeña colección, pues el artista tiene la costumbre de llenar pliegos enteros con un mismo dibujo repetido, y en sus álbums se observa lo mismo, porque reproducen siempre lo que el artista ha visto, mezclado á veces con lo que le sugiere su imaginación. Así, por ejemplo, unas veces representa un león lanzándose sobre un antílope; otras, una lucha entre dos poderosos felinos del desierto, ó bien la víctima y el vencedor, y las aves de rapiña cebándose en su presa; pero los dibujos son en general del carácter de los de nuestro artículo, y los consideramos demasiado expresivos para que sea necesario dar una detallada explicación sobre ellos. Aquí vemos al león bajo tres ó cuatro aspectos distintos, de frente, de perfil, joven y viejo; pero lo más singular es que el artista deja sin concluir algunos de sus bosquejos, resultando varios de ellos sin piernas, ó con éstas sin acabar. Una de las figuras representa al rey del desierto entregado al sueño, y basta ver el dibujo para comprender desde luego su mérito; hay tal naturalidad en el conjunto, que no se puede menos de admirarlo. En otra figura vemos al tigre avanzando cautelosamente hacia su presa: también aquí el dibujo es excelente; y una tercera nos representa al leopardo entregado al reposo, en una actitud que seguramente no permitiría el descanso á ningún otro animal menos ágil y muscular. Esta posición del leopardo, así como también la del tigre, no pueden ser más características, y para convencerse de ello bastaría visitar algunas veces los jardines zoológicos y observar en ellos dichas fieras.

En otro de nuestros dibujos se figura la cabeza de un alce; y para dibujarla, el artista ha debido buscar un modelo, no en los jardines de Berlín, sino mucho más lejos. Sabido es que en Alemania se conservan aún considerables espacios de bosque, en los reales dominios, reservados para las cacerías de la corte; uno de ellos, conocido con el nombre de Henhorster Heide, es una especie de selva que se extiende por el Kurische Haff, no lejos de Konigsberg, y en este sitio se encuentra el alce casi en estado salvaje, pues se le conserva para la familia real. Hace un año, cuando el príncipe Rodolfo se hallaba en Berlín, organizóse una gran cacería, y Herr Friese fué invitado á ella para que pudiese estudiar el alce. El más grande de los cérvidos europeos merece seguramente la atención del artista tanto como la del naturalista, sobre todo si se tiene en cuenta que hoy día escasea ya mucho; en Suecia y en Noruega, donde antes era común, se ha de ir á buscarle muy lejos; y en la Prusia Oriental no será muy pronto más que un recuerdo, por más que aun se vean algunos individuos de la especie en los bosques situados cerca de Konigsberg y en alguno que otro de la Polonia prusiana.

Digamos ahora dos palabras acerca del cuadro de Herr Friese titulado: *Los bandidos del desierto;* de grandes dimensiones, representa á un león y una leona de tamaño natural; las figuras de estos animales, muy acabadas y de admirable ejecución, revelan el estudio de muchos meses por la minuciosidad de los detalles, y bien merecidos son los elogios tributados al artista. Por lo demás, apenas es necesario indicar el asunto del cuadro: una caravana, indicada confusamente en último término, se ha detenido para descansar, y las dos fieras trepan por una roca para reconocer el terreno, ó tal vez acechar la oportunidad de lanzarse sobre algún caballo ó camello de los árabes nómadas. Sin hacer aprecio de lo que es más regular, el artista ha representado los leones y la escena á la luz del día, siendo así que esos animales acostumbran siempre, como todos sabemos, á buscar su presa de noche: tal vez Herr Friese tenga motivos para representarnos á esos animales cazando á la luz del sol. En cuanto á las condiciones artísticas del cuadro, sólo diremos que por su carácter dramático es magnífico, así como también por la perfección y exactitud del dibujo. La actitud del león, que avanza silenciosamente como para lanzarse sobre la presa, es inimitable, y hasta se creería ver en esos temibles seres á nuestros gatos domésticos aumentados por algún enorme microscopio.



Friese.—CABEZA DE ALCE

El cuadro figuró últimamente en el Salón, y fué premiado con medalla. París no ha podido perdonar aún á los alemanes la invasión de 1870, y parece rehacio para elogiar todo cuanto de ellos proviene; pero en materia de arte, la hostilidad entre los dos países no está marcada como en otras cosas. Los críticos, los artistas y el público se interesaron por el cuadro de Herr Friese, reconociendo que revelaba la presencia de un nuevo pintor de animales, de indisputable mérito.

LA CIGARRERA (1)

Los vicios predilectos de nuestra época se distinguen de los de otras por un carácter que pudiéramos llamar *cerebral* Gustaban los romanos, por ejemplo, de excitar la oficina de la nutrición, el estómago; pero el hombre moderno prefiere la excitación que se dirige al cerebro, oficina de la inteligencia. Mal acertarían nuestros contemporáneos á prescindir de tres excitantes cerebrales directos, de tres verdaderos *venenos intelectuales*, según les llama un reciente escritor científico, que absorbidos á pequeñas dosis entretienen sus ocios, despiertan su actividad, engañan sus penas: el café, el alcohol, el tabaco.

Si los higienistas y moralistas que proscriben y condenan el uso del tabaco logran salirse con la suya, desaparecerá uno de los más curiosos tipos femeninos: la cigarrera. Porque de la elaboración del tabaco viven millares de infelices mujeres, y este vicio del cigarro es de las pocas malas costumbres masculinas que no redundan en daño del sexo femenino. ¡Cuán escasos recursos brinda la sociedad á la mujer! ¡Cuán contados son los oficios á que puede dedicarse! El de cigarrera condiciona física y moralmente á las que lo ejercen. No es la cigarrera la tosca mujer del campo, de sentidos torpes y obtusos, de tarda comprensión, tímida al par que brutal; es al contrario una criatura lista como la pólvora, de afinados nervios y rápidas impresiones. El trato y roce continuo con sus compañeras la hace sociable y comunicativa; la atmósfera saturada de tabaco, las largas horas de trabajo sedentario, empalidecen su tez y aligeran su sangre; la comida frugal, llevada en un hatillo ó en un cazuelo roto, tragada á medio mascar y á escape, comprime sus vísceras, disminuye su grasa, y da esbeltez á su cuerpo; y el automatismo de la fabricación, la repetición constante de ciertos movimientos, presta agilidad á sus dedos, vigor á sus músculos y fuerza á su brazo.

Observadla en la fábrica, y comprenderéis que de un método de vida tan especial ha de resultar una mujer diversa en cierto modo de las restantes. Empieza la cigarrera su aprendizaje tan pronto como se lo permiten. Entre el mar de cabezas inclinadas sobre las mesas de la labor suele divisarse alguna más chica, cubierta de rubios bucles infantiles, alguna espalda angosta encorvada por el cansancio, la punta de una nariz menuda, una manecita flaca, inhábil aún: es la cigarrera en estado de larva, comenzando á familiarizarse con el oscuro amigo y socio de toda su vida, el tabaco. Andando el tiempo, la niña se acostumbrará á aquella atmósfera densa, impregnada de penetrantes efluvios de nicotina, y no sabrá vivir en otra parte, y allí se estará hasta envejecer y morir, empapada y envuelta en la esencia del tabaco, como la momia en la capa de natta que la barniza.

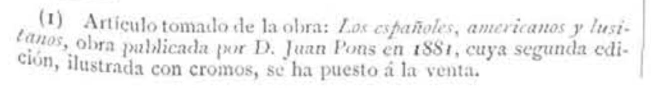


LA PARISIÉN, estudio del celebrado pintor Augusto Kaulback

Si queréis saber de qué manera se fabrica el cigarro que fumáis, id á esos vastos talleres que sostiene el Estado, colmena inmensa donde las abejas son mujeres, y la miel y la cera puros y pitillos. La operación preliminar es la separación del tabaco, y su *desvene*. Llega la hoja prensada, de Virginia, en grandes panes redondos como piedras de molino, llamados *maniguetas;* ó de Filipinas, en serones cubiertos de *miriñaques* de cañamazo vegetal. Clasificada ya la hoja, siéntanse en el suelo las desvenadoras, y van apartando cuidadosamente la inútil vena, que antaño se quemaba, y ogaño se vende á fin de que con ella confeccionen en Hamburgo infames tagarninas, fumables sólo para los alemanes.

Y aquí cumple hacer una advertencia, siquier parezca impertinente: el Estado español, al cual tanto se acusa, tal vez con justicia en otros puntos, no es reo de las innumerables picardías que se le atribuyen respecto de la elaboración del tabaco. No sólo separa la vena, que en rigor podría utilizar sometiéndola á un picado prolijo, sino que digan lo que gusten los oposicionistas por sistema, fabrica lealmente tabacos de hoja pura, sin adulteración ni mezcla de materias extrañas.

Volviendo á nuestra cigarrera, después que ha desvenado, sube al taller donde se confecciona el puro, el pitillo ó la cajetilla de picadura. En el tabaco picado no lo hace todo la mujer: la operación de picar está encomendada á varones, y vive Dios que si lo consintiera la índole de este artículo, yo contaría cómo se verifica en la Coruña el picado, que es cosa que referirse merece: pero quédese para otro lugar. Cuando llegan á envolver el puro, siéntanse las cigarreras á unas mesas largas, formando doble fila: entre mesa y mesa circulan, con grave continente y ojo avizor, las maestras. Cada operaria tiene ante sí un tajo de gruesa tabla, y los instrumentos del oficio: el cuchillo de hoja circular con una breve escotadura donde suele estar el filo; la tijera, la espátula de engomar; el tarrillo de la goma. Si se trata de cigarros comunes de vulgar Virginia, de los que en el estanco cuestan á cuarto y el campesino pica con la uña para liar él mismo su *papelillo*, la fabricación es, aunque diestra, compendiosa y sumaria. Comienza la cigarrera por estirar con la palma de la mano la hoja ancha que constituye la *capa* ó envoltura exterior; córtala en forma conveniente con el cuchillo; toma después otra hoja menos buena y entera para la envoltura interior ó *capillo*, ya existen la epidermis y la dermis del cigarro. En el capillo lía como al descuido la *tripa*, que es hoja más rota é imperfecta aún, y encima enrolla con mayor primor la capa, describiendo una espiral. Luego viene lo difícil, construir la cabeza y la cola del nuevo ser. Requiere la cabeza ó punta gran maña: es preciso que la espiral de la capa termine artísticamente, y sus volutas vayan de mayor á menor, hasta rematar en una punta fina, torneada, aguda y lustrosa: la cola exige un tijeretazo pronto y hábil; no han de quedar rebarbas ni desigualdades de ninguna especie en el corte. Tan cierto es que ambas operaciones piden destreza, que hay cigarreras que, por temblarles el pulso, por cortedad de la vista ó por falta de soltura en los dedos, nunca pueden conseguir ejecutarlas, y dejan el cigarro á medio hacer, liado y sin concluir; á esas envolturas



(1) Artículo tomado de la obra: *Los españoles, americanos y lusitanos*, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición, ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.

UNA CALLE EN EGIPTO, según el cuadro de Leopoldo Muller, pintor especialista en asuntos de Oriente

LA JOVEN PASTORA, *cuadro de F. Masriera*



IDILIO, copia fotográfica del cuadro de Enrique Serra, grabada por Sadurní


ESTUDIO, de Rosenthal

empezadas llaman *niños;* y he visto con suma frecuencia madres é hijas que se ayudaban en la labor: la madre fajaba el *niño*, la hija, con mano más hábil, le vestía la toga viril.

Para el cigarro puro de Filipinas, de la Habana, para las aplanadas conchas, los vegueros balsámicos y las deliciosas regalías, los procedimientos de elaboración son en sustancia los mismos, pero más detenidos y esmerados. El pitillo y la cajetilla de picadura se fabrican prontísimamente. Sobre todo, el envase de la picadura es obra de un instante: compiten en celeridad las que construyen los *faroles* con las que los llenan. De aquéllas hay alguna que en los largos días de verano despacha doce mil, y es de notar que para construir cada *farol* ó cajetilla de estraza se necesitan cuatro movimientos consecutivos del brazo y de la mano: multiplicando los movimientos por el número de cajetillas, se comprende que cada cajetillera es una máquina viviente. Las encargadas de llenar los *faroles* han adquirido ya tal tino práctico, que aunque los colman á ojo de buen cubero, pesados después en finas balanzas quizá no discrepen en un miligramo. Viven las cajetilleras en una atmósfera verdaderamente estornutatoria, agitando con los brazos la picadura, hundiéndolos en ella hasta el codo, rodeadas de una nube de impalpable polvo, de menudas partículas que se les cuelan hasta las últimas casillas del cerebro.

Bien puede darse prisa la activa cigarrera, si ha de ganar lo preciso para comer y cubrir sus más apremiantes necesidades. El Estado le paga su labor á destajo, según lo que trabaja, y si sus manos prontas se detienen un momento, si alza la cabeza fatigada para respirar, es tanto como si dijese á los chiquillos que se quedaron en casa esperándola:

—¡Ea, hoy se ayuna, porque yo descanso!

Demuéstrase en la fábrica de cigarros aquello de que el tiempo es oro, y cada minuto representa una monedilla de cobre agregada al modesto peculio de las operarias.



Pero la distinta aptitud, la mayor ó menor suma de habilidad establecen diferencias notables en la condición de las que trabajan sentadas ante una misma mesa. Ganan las operarias listas hasta quince duros al mes: las holgazanas ó torpes, tres apenas. Es la distancia que media entre la comodidad, casi la holgura, y la penuria y estrechez. Para que una mujer gane esos tres míseros duros, tiene que abandonar de madrugada su hogar, que pasarse el día fuera de él; la criaturita recién nacida se quedó llorando; el fuego no se encendió, ni se lavó la ropa; y al volver á su techo, rendida de cansancio, después de andar quizá legua y media ó dos leguas, no fué lícito á la cigarrera tumbarse en el catre fementido ó en el mal jergón de hoja, sino que hubo de guisar la cena, de salir tal vez al río, para poder mudarse camisa al día siguiente.

Este género de vida exteriorizada, por decirlo así; esta ausencia de la familia, hacen á la cigarrera más atrevida y libre que las otras mujeres del pueblo. De suelta lengua, viva imaginación y genio tempestuoso, la cigarrera suele amotinarse, y es temible la tormenta en el mar femenino de la fábrica, cuyas olas suben y se encrespan rugientes, estallando en gritos, en dicterios, en amenazas furiosas. Mas hay que convenir en que no les falta razón cuando reclaman, en forma menos académica que espontánea, el pago de sus atrasados haberes. Si ellas no cuentan con otra cosa, ¿qué han de hacer más que protestar cuando el gobierno las pone á dieta?

Y no es ciertamente que sean avaras, al contrario. Lo que con tanta asiduidad granjea, lo da la cigarrera con regio garbo y esplendidez. Apenas trascurre semana en que no se hagan cuestaciones en las fábricas, para fines caritativos ó piadosos, y no hay operaria que cierre su exigua bolsa, ni rehuse su dádiva. Dicen ellas que gustosas *se lo sacan de la boca*, por darlo á otro más pobre. Con no menor largueza atienden al culto de las veneradas imágenes cuyos altarcitos se alzan en las salas de la fábrica, á la Virgen del Carmen y á la de los Dolores; á San Antonio de Padua y al Niño Dios no les ha de faltar su novenita ni su función solemne, con mucha cera y manifiesto. ¡Vaya! Para eso trabajan y sudan las cigarreras todo el año, y justo es que se permitan obsequiar á los númenes protectores de su humilde vida. Punto es el de la devoción en que todas andan conformes, desde la más rígida maestra hasta la operaria más inhábil; desde la más timorata *hija de María* hasta la más cruda republicana federal.

Porque la cigarrera, á diferencia de la mujer que vive entre las cuatro paredes de su casa, suele tener sus opiniones políticas como el más pintado, y en su cabeza fermenta la levadura democrática, que abunda hoy en toda masa humana. No profesa la cigarrera un cuerpo de doctrinas enlazadas y coherentes, pero conoce esas ideas que se trasmiten por eléctrico modo en los talleres, en las asociaciones trabajadoras todas. El comerciante que maneja un capital es de suyo conservador é individualista; el jornalero, socialista y avanzado. Si á la condición de jornalero se une la de mujer, y mujer impresionable, resultará un republicanismo efervescente como la magnesia, pero en el fondo bastante inofensivo. Quizás esa unidad de miras, nacida de la igualdad de necesidades; esa común manera de sentir, esa fraternidad impuesta por el acaso que reune á tantas mujeres en un solo recinto, sea lo que atrae á las cigarreras y les hace amable su tarea y oficio. A despecho del escaso lucro y continua sujeción que impone la permanencia en la fábrica, innumerables son las aspirantes á cigarreras, y pocas ó ningunas las que después de probar aquella vida se avienen á otra. Siéntense apartadas de su familia, es cierto; pero ligadas por misteriosos lazos sociales, por la solidaridad pública de los clubs, de los círculos, de las hermandades obreras.

Fama tiene la cigarrera de hermosa, y en verdad que las hay lindas, sobre todo cuando, despojándose de la librea del trabajo, el ancho casaquillo de bayeta, el pañuelo de cotonía, visten sus atavíos del día de fiesta, la enagua blanquísima con bordados de á tercia, la bata de claro percal, el mantón de Manila ó de alfombra, y rodea su cara el marco de seda del pañolito graciosamente colocado sobre los caracoles del cabello, en abultado moño recogido. No obstante, el oficio de liar cigarros no alcanza, como es natural, á embellecer á las feas, que, en toda asamblea femenina, se hallan en mayoría. Gracias propias y peculiares del estado de cigarrera son, á pesar de todo, un desgaire manolesco, una soltura que, según noté al principio, no suelen poseer ni la aldeana ni la ciudadana que á otras profesiones se dedica.

Mal hace la cigarrera en aspirar á cambios políticos: su papel social es estable: las instituciones de la humanidad pasan, pero sus vicios permanecen. Mientras haya sol que madure el tabaco y hombres que lo fumen, habrá cigarreras.

EMILIA PARDO BAZÁN

NI REY NI ROQUE

(Cuento)

I

REY

Por muy infiel que sea su memoria, ¿quién no guarda entre los más escondidos recuerdos de la niñez el principio de los cuentos con que su madre ó su nodriza predisponía al sueño su espíritu inquieto y su imaginación turbulenta? Casi todos empezaban así: «Este era un Rey... que luego ó tenía tres hijas á quienes vestir de *colorao*... ó un palacio de cristal... ó una carroza de esmeraldas, etcétera, etc.» Pues de la misma manera comienza hoy nuestro cuento, si más moral en el fondo y más dramático en la forma que los cuentos de la niñez, tan inútil en resultados prácticos como aquéllos: ni el hombre es animal de enmienda en sus pasiones y debilidades, ni ejemplos ó apólogos han servido nunca para corregirle. Hace costumbre de sus vicios, llama desdichas á sus errores, cálculo á sus infamias, destino á sus determinaciones; y cuando los años agriando su carácter y arrugando su rostro le hacen mirar con hastío y desprecio de la vida los pasados derroteros de su existencia, jamás se echa á sí propio la culpa de desventuras y desengaños que hubiera podido evitar ó prever. Y es que tanto le han hecho creer desde niño que el hombre es *el Rey de la creación*, que se aviene siempre muy mal á ser vasallo de nadie; que erige á su voluntad en monarca de todas sus acciones; que pretende avasallar á propios y extraños ante las exigencias de sus gustos ó sus caprichos, y que todo cuanto contraría sus aficiones es para él tiranía ó injusticia. Esta es la historia del hombre; y como esto no es un cur-


EL SANTUARIO INVADIDO, dibujo de E. J. Gregory

so de ética, sino un cuento, dejémonos de historias y vamos á nuestro cuento.

Este era un Rey... de donde Vds. quieran. Importa poco el país, y menos todavía la época. Lo que sí importa para la claridad de nuestro relato, es advertir á ustedes que no era un Rey constitucional, como los que ahora se estilan, con sus congresos para hacer leyes, con sus ministros responsables para deshacerlas, con sus consejos de Estado y sus tribunales superiores para resolver conflictos gubernamentales políticos y administrativos; uno de estos Reyes modernos que tienen ocho validos y seiscientos favoritos diputados y senadores en vez de uno que tenían los Reyes antiguos, y que por mucho que mandara, comiera, prevaricara y *favoritase* (con perdón de la Academia Española) había de hacerlo mucho menos que los seiscientos ocho de las monarquías modernas. Además, si la historia no miente, el favorito que tenía entonces cada Rey solía acabar su vida en el cadalso ó el destierro, revertiendo á las arcas reales toda su fortuna debida á la munificencia de su soberano, y hasta que el *valido* nuevo se hinchaba como el anterior, pasaban muchos años de economía pública y de morigeración privada. En una palabra, el Rey de mi cuento era un *Rey* de verdad. Rey absoluto; Rey de horca y cuchillo; Rey que se hacía y se deshacía él mismo sus leyes, sin ayuda de vecinos; Rey sin más cámaras que las suyas, sin opinión pública, porque entonces el público no se permitía tener opinión; sin la voz de la prensa, sin ninguna de las múltiples trabas que hoy suelen hacer de un Rey constitucional ó parlamentario el único esclavo entre diez y seis millones de hombres libres. En fin: el Rey de mi cuento era un Rey como el de las tres hijas, como el Rey Herodes, como el Rey que rabió, como todos los Reyes que ha habido en el mundo hasta el año de gracia de 1793, en que convinimos en que los Reyes, desde aquella fecha en adelante, sólo podrían ser tales, conformándose con el papel que hacen sus cuatro compañeros, en los cuatro palos de *oros*, *copas*, *espadas* y *bastos*.

Este era un Rey, todo un Rey, lo que se llama un Rey; y naturalmente, un gran Rey; porque en los tiempos de que hablamos todos los Reyes eran grandes. Léanse las crónicas y las historias, y veremos los calificativos que merecían á los contemporáneos sus monarcas: fulano el magnánimo; zutano el conquistador; mengano el dadivoso; perengano el justo; uno santo; otro hermoso; otro deseado; nada tiene de extraño, pues, que el Rey de mi

cuento fuera un conjunto de todas estas perfecciones. Podemos decirlo sin temor de ser desmentidos: el Rey era un bellísimo sujeto, lleno de virtudes públicas y de encantos privados, porque hay que advertir que una de las cualidades que más le distinguían de los demás Reyes de la tierra, era la cualidad que más había distinguido á su compañero Salomón. No la sabiduría, sino su excesivo amor á las mujeres. La verdad, le gustaban las chicas, y nosotros le alabamos el gusto. Ver á una chica guapa y trastornarse el juicio, como al más ligero de sus vasallos, era una misma cosa. ¡Y cuidado si había chicas guapas en aquellos tiempos! Casi más que en éstos, que es cuanto hay que decir. Y es el caso que entre todas aquellas chicas guapas, descollaba una como maravilla de su sexo y admiración del otro. ¡Qué mujer! Contaba diez y nueve años, y en su cara, en su cuerpo y en su alma reunía las dos bellezas tan difíciles de encontrar en una misma persona. La belleza de la forma y la de la expresión. ¡Qué líneas! ¡qué contorno y qué gracia! ¡Qué tamaño de ojos y qué mirada! ¡Qué corrección de talle y qué movimiento! ¡qué pies y qué modo de andar! Julia se llamaba, y desde la primera matrona romana de ese nombre hasta la heroína de J. J. Rousseau, no se vió nada parecido. Lo extraño, lo inconcebible es que Julia era hija del pueblo; una muchacha sin maneras aristocráticas, sin los adornos exagerados de la moda, y sin más afeites que el agua clara de los arroyos y sus diez y nueve años. Y sin embargo, ¡qué cutis! ¡qué color de nieve sonrosada el de sus mejillas! ¡qué frescura la de sus labios! ¡qué blancura la de sus dientes! ¡qué encanto sencillo y natural el de toda su persona!

Justo era pues, y así sucedía, que mozos y viejos, ricos y pobres, Rey y vasallos, estuvieran deseando poseer aquellos encantos irresistibles. Por ellos hubiera dado el Rey su corona, el noble sus pergaminos, el rico su oro, el pobre su sangre, y todos su vida. ¡Qué mujer, Dios mío, qué mujer! Y ella insensible, fría á todas aquellas demostraciones, ni daba qué hacer ni qué decir. Reservada, pero amable con todos; juiciosa, aunque alegre y bondadosa, se dejaba querer y no correspondía, como veremos después, á ninguno de aquellos enamorados. Como el Rey era, entre todos, el que parecía más loco por ella, y como un Rey, sobre todo en aquel tiempo, era el partido más ventajoso, natural es que por él empecemos. Dádivas y regalos llovían sobre Julia... nada; joyas, flores y músicas encontraba por todas partes... menos. El Rey erre que erre; Julia llámalo h... y así pasaban días, y la real pasión no adelantaba un paso. Harto por fin el Rey de desdenes y convencido de que ninguna mujer debía resistírsele, decidió atropellar respetos sociales, y tendiendo á su adorado tormento un lazo, á que se prestaba su soledad y su pobreza, logró verla encerrada y sola en su poder, sin más amparo que el de Dios y el de su combatida virtud. Y cátate á Julia favorita de un Rey, si Julia no hubiera sido una mujer como pocas. El Rey recibió unas calabazas mayúsculas y tantos arañazos, mordiscos y empellones cuando quiso pasar á mayores, que tascando el freno, y cubriéndose el regio y aporreado rostro, se retiró á un rincón del Palacio avergonzado y cariacontecido.



JESÚS CURA Á UN NIÑO ENFERMO, cuadro de Gabriel Max

– ¡Julia rechaza la fortuna y el poder! ¡Julia no quiere ser la amante de un monarca! ¡Julia no acepta el amor de un Rey tan grande, tan magnánimo, tan magnífico! ¡Es inconcebible! Sin duda la virtud de Julia prefiere un modesto y humilde marido á un amante por grande y poderoso que sea. ¿Por qué no ha de ser ella una de esas matronas, cuya honradez tiene algo que no se explica y que se escapa á todas las inteligencias? ¡Hermosa Julia! ¡Desventurado Rey!

Así exclamaban los cortesanos pensando distraer á su afligidísimo y desairado monarca. Y no faltó viejo camastrón, que enterándose minuciosamente de esta aventura, exclamó sonriendo con cáustica malicia:

– ¿Qué demonios es esto?

II

ROQUE

¡Qué alegría la de Roque! ¡qué felicidad y qué contento el suyo! Aquella noticia corriendo de boca en boca; aquellas reales calabazas, elevadas á la categoría de cachetina por las manos más torneadas del reino, sobre las reales mejillas, eran otras tantas satisfacciones íntimas, que apenas podían vivir ocultas en el enamorado pecho del labrador afortunado. Y decimos afortunado, porque el pobre Roque convertía todo esto en sustancia para sus honrados y religiosos planes. Amaba á Julia con locura: decíaselo sin cesar á todas las horas que se lo permitían sus labores del campo; y claro es que si Julia había rechazado el amor y las riquezas del Rey era porque prefería ser la esposa honrada del honrado Roque. Como él opinaban todos sus amigos; en Roque se fijaron todas las miradas; en la boda de Roque y Julia concluían todos los comentarios, y el Rey mismo, á pesar suyo, poniendo á mal tiempo buena cara, se dijo en un monólogo que la virtud es en el mundo más grande que la corona, y que si Julia era Reina de la honradez, al Rey le correspondía antes que á nadie patrocinar y honrar aquel majestuoso matrimonio. A todo esto Julia no decía una palabra. Dejábase querer por Roque como se había dejado querer por don Enrique I ó D. Rodrigo IV ó D. García XIX, como Vds. quieran, que ni el nombre del Rey está averiguado, ni importa nada para nuestro cuento. Como el amor propio del hombre no tiene límites, y como Roque no podía concebir la conducta sublime de Julia, sino dándola por causa el placer con que la honrada doncella aceptaba su honrada mano, comenzó á prepararlo todo para su próximo casamiento, y á voz en cuello y á todos los que querían y no querían oirle, les contaba lo grande de su amor, lo inmenso de su felicidad y lo justificadísimo de sus esperanzas.

Y Julia, á todo esto, ¡baila que baila! sonriendo al uno, riendo á carcajadas con otro; seria y grave en la iglesia; decidora y bachillera en la fuente, alegre y atareada en el río; fuerte con su virtud, contenta con su hermosura, conforme con su pobre medianía, altiva con los grandes, amable con los pequeños, caritativa con los pobres: conjunto hermoso, en fin, de la juventud y la belleza, y rica muestra de lo que sería sin duda el mundo si todos los seres humanos fueran siempre jóvenes, buenos y hermosos como Julia.

Figúrense nuestros lectores la sorpresa de Roque, cuando una tarde al volver del campo se encontró en su modesta vivienda con un personaje lleno de bordados en la casaca y de plumas en el sombrero que le entregó un pliego cerrado y en el que sobre un plastón de lacre rojo brillaban estampadas las armas reales.

– ¿Para mí? – dijo el pobre hombre, aturdido por la sorpresa.

– Para vos, – contestó el personaje; y abriendo el pliego con mano trémula, leyó, ó deletreó mejor dicho el humilde Roque que el Rey (q. D. g.) le había concedido para el día siguiente una audiencia... á él, que jamás la había solicitado.

– ¡Yo en palacio! ¡yo hablar al Rey, yo sin más vestidos que mi zamarra de los días de fiesta!

– Nada de eso importa, – le respondió el personaje. – El Rey os aguarda mañana. Como S. M. es quien quiere hablaros, vos no tenéis que hacer más que escucharle y obedecerle. Dios os guarde y sed exacto.

Dió media vuelta y salió de la casa de Roque, quien si mucho se había admirado al ver los bordados de la casaca del palaciego por delante, aun más se admiró de ver los que tapaban su espalda y sus faldones. ¡Qué de ramos entrelazados! ¡qué de palmas y de cifras! ¡qué de hojas y de festones! Con el oro de aquella casaca había para mantener quince meses á quince familias pobres.

Despedirse el cortesano de Roque, y empezar éste á no tenerlas todas consigo, fué una misma cosa. Vínosele á las mientes el desaire de Julia; dudó de la magnanimidad del gran Rey; y de deducción en deducción y de sospecha en sospecha, vióse colgado de un palo en cualquiera de los caminos reales, para escarmiento de súbditos atrevidos y de vasallos irrespetuosos. Pueden Vds. figurarse cómo temblaría el labrador infeliz al verse frente á frente del poderoso monarca.

Para vergüenza del juicio humano, el Rey, aunque en lenguaje algo irónico, y no desprovisto de despecho malicioso, elevó á Julia á la categoría de las Lucrecias romanas y de las Susanas hebreas: deseó á Roque en su matrimonio todas las felicidades que suelen faltar á los casados, y se ofreció desde luego á ser padrino de la boda, regalando á la novia diez mil maravedís de dote, y nombrando á Roque jardinero mayor de los sitios reales, y autorizándole para que hiciese públicas las mercedes del Rey, la virtud de su futura y su próximo matrimonio. En esto insistió el Rey muy particularmente: quería cuanto antes, según parece, elevar entre Julia y su desdichado amor un muro religioso que contuviera sus culpables apetitos, y una valla social que refrenara su mal olvidada pasión. No faltaron, sin embargo, almas protervas que con

torcida intención creyeron ver en el deseo del Rey, un modo más fácil de llegar al corazón de la desdeñosa Julia, y quizá el proyecto de contentarse con *ser plato de segunda mesa*, ya que Roque iba á ser el legítimo despensero. Opinaban muchos que una vez casada Julia con su rústico labriego, no podría rechazar las asechanzas soberanas, y muchas amigas suyas (que para esto de pensar mal unas de otras siempre se pintan solas) llegaron hasta á suponer que todo esto era un plan combinado entre S. M. y la encantadora doncella. Que ambos querían quitar el escándalo á sus amores, y habían elegido á Roque para víctima expiatoria de la vindicta pública. Por esta vez, los malos pensamientos eran infames é injustos. El Rey quería ser un protector desinteresado, y hacer ver á Julia que su posesión no le importaba un bledo; Roque tenía á Julia por una santa impecable y no la creía capaz del más pequeño pensamiento pecaminoso... y Julia... ¡oh! Julia, en cuanto á esa, escuchó á Roque á su vuelta de palacio; sonrió al saber lo de su dote; rióse un poco más al oir lo del nombramiento de su futuro, y soltó la carcajada del modo más franco y estrepitoso al escuchar que la boda había de celebrarse inmediatamente. ¡Diantre de risa y de muchacha!

III

NI REY NI ROQUE

Era la víspera del día señalado para la boda. El novio y el padrino, venciendo en breves días todas las dificultades, uno con su amor impaciente y otro con su celoso poderío, iban á realizar antes de veinticuatro horas sus esperanzas más halagüeñas. Martes era, por cierto, y el miércoles á las doce del día, en plena catedral, y entre músicos y alabarderos, sacristanes y cortesanos iban á pronunciarse por los frescos labios de Julia el *sí otorgo, sí admito* y *sí recibo* que precede á la bendición nupcial en los matrimonios católicos y que no recuerda sin terror el infeliz que una vez los ha pronunciado. La noche había tendido sobre la capital su negro manto, y *sin embargo llovía*, según la célebre frase de una olvidada novela. Todos habían ya buscado en su lecho el descanso reparador de las fatigas diarias, y ninguno de nuestros tres personajes había aún podido pegar los ojos. Daba vueltas el Rey entre la bordada batista de sus reales sábanas, pensando, mal su grado, en el lecho nupcial de Julia, donde á la noche siguiente iba á ser el zafio, el ordinario y el zopenco de Roque, el más dichoso marido de los mortales; mientras *él*, con todo su poder, su riqueza y su omnipotencia, no había podido conseguir de la hermosa vasalla ni la más inocente de sus caricias, ni la más efímera de sus sonrisas. ¡La cosa no era para dormir... francamente!

Entre sus morenas sábanas de algodón grosero, daba vueltas y vueltas el tostado cuerpo de Roque, pensando en la noche próxima, y temblando á la idea de ser perpetuo dueño de aquella mujer encantadora, que según él, dormiría á aquellas horas con el sueño de los ángeles y de las vírgenes.

– ¡Quién más feliz que yo, – exclamaba el labrador, – cuando llevando á mi mujer del brazo, oiga las frases de envidia de amigos y convecinos! ¡Quién más venturoso, cuando de ese árbol verde y robusto empiecen á salir retoños, todos parecidos á su padre, y pruebas vivientes todos, del mar de amor y de delicias en que desde mañana vamos *ella* y *yo* á navegar para siempre!

Entre sus sábanas de blanquísimo, aunque áspero lino, daba Julia vueltas y vueltas, más agitadas y más rápidas que las de sus dos enamorados. Su hermoso cuerpo parecía presa de una crisis nerviosa, y su blanquísimo é intacto seno, cuya vista hubiera enloquecido al hombre más frío de la tierra, se estremecía visiblemente á impulsos de los continuos latidos de su corazón. Su cabeza, apoyada en una de sus lindas manos, parecía querer salirse de la almohada y todo su ser estaba reconcentrado en su oído, que quería atravesar el espacio, esperando no sé qué ruido extraño y misterioso. Sus ojos, medio velados por la emoción, vagaban por los espacios imaginarios del deseo, y su pensamiento, reconcentrado en una sola idea, daba á su fisonomía una quietud marmórea y persistente. Hasta su misma boca, aquella boca hechicera, camarín misterioso de caricias futuras y fuente inagotable de temblorosos besos, aparecía cerrada convulsivamente, sin que la más tenue sonrisa entreabriera los rojos labios. A cada campanada con que el reloj lejano marcaba el curso tranquilo de las horas, un movimiento impaciente de las cejas, que se comunicaba como por hilo eléctrico á todo su cuerpo, descubría uno de sus encantos: y ya era el mórbido brazo quien agitaba con ademán convulso el embozo del lecho; ya era el diminuto pie quien parecía querer saltar al suelo; ya era el destrenzado cabello rubio como el oro quien se desparramaba en rizos naturales sobre la colcha azul de la cama deshecha. Jamás había visto nadie á Julia en aquel estado; nunca ojos humanos contemplaron hermosura más intranquila ni belleza más deslumbradora.

De pronto, un rumor, imperceptible casi al oído, pero claro y distinto para el alma, llegó al oído de Julia. Escapósele un grito de felicidad incopiable, sus labios temblaron, estremecióse de placer su cuerpo entero, y ocultando su rostro entre las sábanas y escondiéndose casi de sí propia, se acurrucó en el lado de la pared. Entreabrióse la puerta de la alcoba; la silueta de un buen mozo apareció en el quicio, y la lamparilla que esparcía por la habitación una claridad velada se apagó como por encanto...

A la mañana siguiente la casa de Julia estaba deshabitada. El pueblo se arremolinaba buscándola por todas las habitaciones: allí estaban... los muebles... pero el pájaro había volado. ¿Con quién? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Eso preguntaban Roque y el Rey: Roque mesándose los cabellos; el Rey mesándose las barbas.

¿Con quién? – Del brazo de un hombre más feo que Roque, y naturalmente, más pobre que el Rey: que no había ofrecido ni su mano como el labrador ni su fortuna como el monarca.

¿Por qué? – Porque le amaba con toda su alma y porque era suya hacía tiempo sin que nadie en el pueblo lo sospechara.

¿Cómo? – Con la ropa puesta, y más alegre que unas Pascuas.

¿Cuándo? – La misma víspera de su matrimonio, mientras Rey y Roque pensaban en ella.

Alzaron todos las manos al cielo en señal de sorpresa y abatimiento; y el Rey, que era sin duda el más instruído de su reino, murmuró entre dientes el siguiente aforismo:

– Pues señor, está visto: para una muchacha enamorada de veras, ni hay leyes, ni conveniencia, ni virtud, ni riqueza, ni opinión; para las Julias de esta tierra, no hay oro, ni matrimonio, ni *Rey*, ni *Roque*.

LUIS MARIANO DE LARRA



EL CABALLERO DE LA MUERTE, reproducción fotográfica de un dibujo de Alberto Durero, grabado en el siglo XV

LA MÚSICA EN LA PAREMIOLOGÍA

Como sea una verdad acreditada por la experiencia, que *de músico, poeta, y loco, todos tenemos un poco*, convinimos otra noche en sujetar las propuestas de nuestros *Juegos de Refranes* á la jurisdicción de la *Música*, y así se llevó á debido efecto. Instalados en la sala los tertulianos de costumbre, si bien en menor número que otras veces, dimos comienzo á nuestra recreación, obligándoseme como en las noches anteriores, y contra todo el torrente de mi gusto, á ser el iniciador del acto, á pretexto de inspirarse en el plan de las propuestas; cosa que ya no tenía defensa, pues, en mi juicio, con lo ya practicado anteriormente bastaba, y aun sobraba. En puridad de verdad, lo que creo yo es que cada cual quería tomarse el mayor tiempo posible para ir haciendo su composición de lugar. Sea de ello lo que quiera, el caso es que *velis nolis* tuve que acceder á la pretensión general, por lo que, sin hacerme más de rogar, y á fin de no pagar por parte mía tributo al refrán de *malo, y rogado*, dije así:

– *Estar tocando el violón.* Frase proverbial á que no han dado cabida en su Diccionario los señores académicos de la Española, seguramente por no ser profesores de ese instrumento, y con la cual se moteja á alguna persona de hallarse sumamente distraída ó embobada, hasta el punto de no hacer alto en lo que pasa á su alrededor (1).

En mi concepto, el origen de esta frase es una alusión á otra alusión. Me explicaré. El pueblo español, por efecto de lo cálido de su clima, es naturalmente propenso á dar remontado vuelo á su imaginación, y en consecuencia, inclinado á expresarse por medio de metáforas y alusiones. Ahora bien, no teniendo que ver absolutamente nada el *tocar el violón* con la idea que envuelve la frase metafórica que nos ocupa; ostentando el individuo que tañe dicho instrumento la misma posición de brazos y parecido movimiento en las manos que la persona que *hila*; y siendo sinónimas para el caso las locuciones *tocar el violón* y *estar hilando* ó *jilando*, como dice nuestro pueblo, de donde *jili, jiló, jilito* y *jiloyo*, creo que esta segunda frase ha dado origen á la primera, y, por lo tanto, que ésta es una alusión á aquella otra alusión, como dije en un principio.

Dije, y dirigiéndome á cierto caballero muy instruído, como persona que había leído y viajado mucho, y además algo entrado en años, se expresó con el acierto y oportunidad que el juicioso lector podrá deducir del siguiente relato:

– *Los órganos de Móstoles.* Denota esta frase proverbial que algunas cosas están colocadas sin la igualdad ó buen orden que debieran tener.

Tal vez aluda á la mala disposición en que se encontraría, cuando se inventó este punto de comparación, el órgano de la iglesia de aquel pueblo, distante unas tres leguas de Madrid; ó á cierto artificio allí usado para enfriar el vino, el cual, por componerse de varios tubos ó cañones de diversos tamaños, aunque dispuestos sin orden

(1) Efectivamente, no constaba entonces semejante locución en el Diccionario oficial, en el que figura desde el año 1869, ó séase desde la undécima y hoy penúltima edición.

ni simetría, presenta en el interior algún parecido con el rey de los instrumentos.

Sin embargo, la versión más válida hoy por hoy en aquella población es, que en cierta ocasión existió allí un cosechero de vino que ganaba cuantiosas sumas en la venta al menudeo del rico producto de sus viñedos, los cuales ocupaban el espacio de una legua que se extiende entre Móstoles y el río Guadarrama. La plaza de Móstoles declina de poniente á oriente, y el bueno del cosechero tenía en la manzana de la parte alta su bodega y en la de la parte baja el despacho de vino, el cual consistía en una pieza anchurosa llena de bancos y mesas, á la que venían á parar las distintas clases de vino por medio de otros tantos grifos ó llaves al remate, los cuales tubos, así por el aspecto que presentaban como por el ruido tan desapacible que producían al ser conductores del zumo de la vid, dieron probablemente margen á la locución que acabo de enunciar.

Habiendo terminado, y recibido una condigna salva de aplausos, como quiera que *los extremos se tocan*, dirigióse el citado sujeto á un chicuelo, que apenas rayaría en doce abriles, el cual, con el desparpajo del mundo, dijo:

– Eso de órganos me trae á la memoria el dicho de *tener las tripas como cañón de órgano*, que se aplica á la persona que no ha comido, como me pasa á mí el día que me dejan penitenciado en el colegio sin comer, ó, cuando más, á pan y agua.

Si esta expresión se halla, ó no, en el Diccionario de la Academia, es cosa que lo ignoro, y que me abstendré de ir á averiguarlo, porque nuestro catedrático nos tiene prohibido terminantemente que consultemos ese libro, pues no cesa de decir que con él se aprenderá cuanto se quiera, menos á hablar la lengua castellana. *Dixi.*

Manifestáronle al rapaz, después de haberlo aplaudido como se lo merecía, que invitara á la persona á quien gustase á que propusiera su cuestión; y dirigiéndose á una viudita novel, prorrumpió ésta con voz trémula y sentida en las siguientes palabras:

– *Para música vamos, dijo la zorra.* Así se suele decir á la persona que pretende distraernos de alguna ocupación principal, como me sucede á mí en este momento, que, por mucho que quieran divertirme, cada día lloro más á mi difunto esposo.

– Hija mía, – repuso á la sazón con voz cazcarrienta una señora ochentona, viuda de un capitán de fragata que ganó el grado en la batalla de Trafalgar, – V. es joven todavía, y con el tiempo se irá haciendo á los golpes, si ya no es que se presente antes algún buen mozo que se preste á compartir su quebranto.

Esto lo dijo con cierto retintín, por cuanto se susurraba que había quien, apenas muerto el consorte, pretendía elevar el memorial á la individua en cuestión aspirando al puesto vacante, por tratarse de una joven honesta, guapa y rica; y como quiera que la mujer, aun en edad avanzada, suele mirar con no mucha caridad que digamos, los triunfos que pueda alcanzar cualquier otra hija de Eva, sea quien sea, y mayormente si en el estado de viudez no ha encontrado en su camino un solo hombre que le haya dicho siquiera: *¡Qué buenos ojos tienes!* de ahí la causa del retintín con que pronunció su exhortación consolatoria.

Dióle las gracias por su buen deseo la aludida, y con no menos remoquete le añadió:

– Pues á V., señora D.ª Serapia, que tan bien ha cantado en sus buenos tiempos, y canta todavía, le toca ahora improvisar.

No se hizo esperar mucho la ex-capitana, saliendo de su apuro en los términos siguientes:

– Hija, mis quince años he tenido como cualquiera; pero ya *no me ha quedado sino lo que á los músicos viejos, que es: la afición y el compás.* Y no digo más.

Fueron acompañadas semejantes palabras de tales ademanes con la mano derecha, como en actitud de quien toca el violín primero, y empuña luego la batuta con entusiasmo, que no pudo menos de excitar la hilaridad de todos los circunstantes; y encarándose luego con el joven que presumía ella ser el pretendiente á que hemos aludido poco há, manifestándole que á él le tocaba disertar, dijo éste con sabor más picante que un pisto manchego:

– *El canto del cisne.* Patraña de remoto abolengo con que se da á entender la última composición de algún músico ó poeta ilustre.

He dicho *patraña*, y *de remoto abolengo*, porque no existe ficción alguna en historia natural, ni fábula entre los antiguos, que se haya celebrado, repetido ni abonado tanto como la de hacer creer que á la hora de su muerte canta el cisne con melodioso acento el himno de sus funerales, siendo así que no es hora esa de cantar, y mucho menos de cantar dulcemente para quien toda su vida ha tenido una voz ronca, desapacible y graznadora.

Si fué alusión, ó no, á la envidiosa Matusalén, lo ignoro, aunque lo presumo. Lo cierto es que siguiéronse explanando con mejor ó peor fortuna frases tales como las siguientes, y otras que al cabo de tanto tiempo no me es dado conservar en la memoria:

Música que no he de oir, que la pague quien la oiga. – De los hechizos de amor, la música es el mayor. – Eso es lo mismo que dar música á un sordo. – La música las fieras domestica. – Irse todo entre músicos y danzantes. – Estar más alegre que unas castañuelas. – Tocar el bajón. – Cuando pitos, flautas; cuando flautas, pitos. – Música ratonera



CABEZA DE ESTUDIO, de Miguel Angel

JESÚS CURANDO Á LOS ENFERMOS, reproducción directa del cuadro de G. Fugel

– *Todo eso es música celestial.* – *El músico que más sabe, no sabe comunmente más que Música.....*

Omitiré el relatar aquí las versiones que se dieron á todas y cada una de dichas locuciones musicales, en obsequio á la brevedad, consignando tan solamente la que se dió á las dos últimas en atención á la curiosidad que distingue á la primera de ellas y al interés que encierra la segunda.

El disertante sobre aquélla, dijo así:

– *Todo eso es música celestial*, es frase con que damos á entender en el estilo familiar que no damos crédito á lo que escuchamos, ó á las promesas que se nos hacen.

En mi concepto, debe de haber dado origen á esta locución la ridícula escuela de los preceptistas antiguos, empeñados en deducir los intervalos de la gama ó escala musical, de la distancia que existe entre los cuerpos celestes que componen el sistema planetario.

Y así es la verdad. Si el sujeto que en tan acertados términos se expresó en aquella ocasión hubiera conocido entonces, cosa que no era fácil por estar inédita, la magnífica obra del abate Eximeno, intitulada: *Don Lazarillo Vizcardi*, que merced á la diligencia y laboriosidad de mi amigo Barbieri salió á luz pocos años há, hubiera podido robustecer su aserto con la autoridad de aquel sazonado polemista y polígrafo esclarecido.

El disertante de la sentencia musical últimamente apuntada arriba, defendió su tesis de la siguiente manera:

– *El músico que más sabe, no sabe comunmente más que Música.*

Delirante, como el que más, por esa tierna expansión que recibe el alma mediante la influencia de la diversa combinación de los sonidos, deploro, como el que más también, que la generalidad de los profesores músicos se dediquen exclusivamente á la práctica del arte, desentendiéndose por completo del cultivo de la ciencia. Por eso adolecen nuestros métodos de enseñanza musical de no pocos errores en lo tocante á la parte expositiva, careciendo ante todo de las leyes que enseña la Lógica, ó séase de raciocinio. Como regularmente no aprende lenguas extranjeras el músico español, y hoy por hoy ni siquiera la latina, ¿qué mucho que ni el compositor ni el cantante sepan por dónde se andan al tener que recorrer ese terreno respectivamente, dando uno y otro cada traspié sintáctico, prosódico ú ortográfico, que espeluzna? Ayunos, en su mayor parte, de todo linaje de conocimientos científicos y literarios, indispensables para merecer de justicia el dictado de profesores, y mucho más el de maestros, desconocen los principios rudimentarios de la Filosofía, y, por tanto, carecen de toda noción esencial de Historia, Poesía, Acústica, etc., y, sobre todo, de la *Filosofía de la Música* ó *Estética musical.*

Al contemplar yo que todo el mundo se llama *músico*, y lo sumamente difícil que es hallar un músico en el mundo á quien competa de justicia semejante calificación, no puedo menos de exclamar para mis adentros: El mayor enemigo que tiene la Música, así como su hermana la Poesía, es su inneidad. Porque yo advierto que el niño canta, que la cocinera canta, que el cochero canta, que el barbero toca la guitarra, que el pastor toca el caramillo, y que el ciego mendigante va por las calles rascando el más ingrato de todos los instrumentos cuando está mal tocado, cual lo es el violín, y la mayor parte de dichos sujetos no saben siquiera leer ni escribir; en tanto que no conozco persona alguna que se ponga, v. gr., á dirigir un buque, si no ha estudiado previamente Náutica en unión de las demás ciencias auxiliares suyas... Pero aquí echo anclas para hacer escala al principio de nuestra travesía, porque advierto que, siendo muy largo el derrotero, no es posible continuar hasta llegar al puerto deseado.

Después de unas palabras tan razonadas, y dichas con esa entereza que dicta el espíritu de convicción, vínose la sala abajo á puro palmoteo; y como, después de esta verdadera oración académica, nadie se atreviera á seguir terciando en el juego, procedióse en seguida á la imposición de las penas que las prendas reclamaban.

Hecho esto, casi todas las familias se retiraron, y de los pocos sujetos que nos quedamos, fué uno el último disertante, con quien departí un buen rato después, hasta que lo avanzado de la hora, especialmente tratándose de provincia, donde la vida nocturna no se asemeja á la de Madrid, nos obligó á poner en ejecución el refrán de *cada mochuelo á su olivo.*

Aquellas últimas palabras, y su ampliación en la conferencia privada subsiguiente, no cayeron para mí en saco roto; por lo que me entregué en adelante, y en mis momentos de ocio (si es que momentos de ocio he conocido en mi vida), al estudio y á la observación de cuantos fenómenos pudieran converger al cultivo de la *Filosofía de la Música*. Mucho he tenido que leer, especialmente en lenguas extranjeras, para poder allegar al cúmulo de datos tan varios como interesantes que atesorados tengo acerca del particular, máxime cuando tan dispersos se encuentran por las obras de los preceptistas, hasta haberlos estudiado y comparado entre sí con el fin de alcanzar su debida aplicación y formar en consecuencia el cuerpo de doctrina que, en forma de curso escolar, he llegado á trazar de esta facultad tan importante como postergada en nuestro suelo, y de cuyo estudio no debería eximirse á los principales centros de enseñanza.

Pero, basta ya de digresión.

Lo bueno dura poco, y así tuvo que suceder con estas reuniones. Yo, que estaba entusiasmado con el vuelo que al abrigo de estas conferencias familiares podía tomar en días no lejanos el estudio tan importante de la *Paremiología*; yo, que contemplaba que con semejante medio se alejaban de la generalidad de nuestras tertulias los dos elementos más esenciales que las constituyen por regla general, perjudicial el uno é inútil el otro, á saber: la murmuración y la futilidad; yo tuve que experimentar en el albor de mi vida el amargo desengaño de que las *tertulias* de nuestro siglo no corresponden á la etimología de la palabra, por punto general, pues en lugar de discutirse sobre puntos de las obras de *Tertuliano*, ó de cualesquiera otros escritores, en las reuniones que se celebraban en la corte en tiempo de Felipe IV (si es que la Historia no falta á la verdad en este particular), la tendencia era á quitar el pellejo al prójimo, á hablar de trapos, de política (que siempre me apestó), á bailar, y á tocar en el piano alguna danza ó alguna polka, tocatas que, en último resultado, venían á experimentar igual suerte por parte del infeliz ó la infeliz que ejecutaba primorosamente una pieza de gran dificultad, á saber: que mientras el ejecutante rendía culto á la deidad que preside á la *Música*, los asistentes se entregaban á la charla y á la risa, en menosprecio del arte y con infracción de las leyes que dictan los tratados de Urbanidad y Cortesía; por eso, hastiado de contemplar una sociedad tan fútil y baladí, creí que lo más acertado era *irse con la música á otra parte*, como en efecto lo hice.

JOSÉ MARÍA SBARBI

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

(Continuación)

Por fortuna no te ha ocurrido accidente desgraciado alguno, según acredita aquella lista de mentecatos empeñados en ilustrar á las masas. Buen cuidado pasé antes de leerla, á pesar de lo preocupado que otros asuntos me tenían; y tú también habrás andado cuidadoso por mí, hasta recibir estas letras, y con ellas una nueva protesta del profundísimo cariño que te profeso (piensa, si quieres, que soy un adulador porque estás en candelero y yo peor que en candil) y una confesión de mis culpas y pecados.

Con que decíamos,—reanudando la narración en el punto hasta el cual estás en autos, – que me dejaste con la carta para el señor de Fueros, la cual surtió todo el efecto, y más, que tú previste.

Don Ramón se prendó de mí, – y perdona la inmodestia, – por mis condiciones de carácter y también por mi decidido aborrecimiento al liberalismo; y eso que yo al lado del señor de Fueros podía buenamente pasar por un demócrata de la extrema izquierda.

Quedé, *ipso facto*, invitado á los jueves como tertulio de primera clase; esto es, de los íntimos y predilectos, y quedó Calipso contentísima de encontrarse allí, como en todas partes, conmigo.

Las veladas de los señores de Fueros, aun para el que no contase en ellas con una diosa de Ogigia, como yo, eran, en realidad, seductoras. Habitaban – y habitarán tal vez dichos señores – un espacioso y alegre entresuelo del paseo del Prado, algo alejado del centro de la villa, pero dotado en cambio abundantemente de luz y buen acomodo. Un salón y dos gabinetes, alhajados con gusto noble y severo, eran las piezas destinadas á las recepciones semanales, amén del despacho de D. Ramón, sitio predilecto de los fumadores, los lectores y los curiosos.

Para los primeros había siempre una bandeja de habanos; para los segundos periódicos é Ilustraciones, – sin contar con las obras de fondo de la biblioteca, – y para los terceros buen número de antigüedades. El señor de Fueros, amante empedernido de los tiempos pasados, procuraba hacerlos presentes, siquiera fuese mediante objetos de otra edad y todos españoles, – esta era condición *sine qua non*, – reunidos en el aposento donde habitualmente se hallaba, que era el referido despacho.

Pasto grande ofrecía, pues, á la curiosidad el tal aposento. Vestían sus paredes tapices fabricados en Madrid en el siglo XVII por el maestro Pedro Gutiérrez (según don Ramón me dijo). En la pared frontera á la puerta de ingreso destacaba una panoplia formada por arcabuces de rueda, espadas de gavilanes y de taza, pedreñales, una media armadura, un broquel, una ballesta, un montante y qué sé yo cuántas armas ofensivas y defensivas. A entrambos lados de la panoplia pendían dos hermosas cornucopias del pasado siglo; enfrente dos cuadros religiosos, del divino Morales el uno, y de Juanes, que también mereció igual apelativo, el otro; y sobre el sillón frailero de nogal y vaqueta con gruesos clavos dorados, un Cristo de bronce sobre una cruz de ébano, trabajo, notable en verdad, de ignorado artífice de la decimaséptima centuria.

Los muebles eran: una gran mesa de roble con hierros que afianzaban los pies; un arcón de nogal tallado con labores góticas y asegurado con soberbios herrajes de igual estilo; un vargueño de la propia madera, con sus consabidos adornos de hierro dorado sobre escudetes de terciopelo, y una librería, – enorme armario del pasado siglo – de traza arquitectónica y ornamentación barroca, pero muy bella.

Añade á lo citado una multitud de objetos menudos, todos cargados de años, – entre ellos un trozo de verja, preciosa sin duda, del famoso Juan de Salamanca, y dos angelillos esculpidos en roble por Gaspar Becerra, – y tendrás bosquejado el despacho de D. Ramón de Fueros, según los datos que repetidas veces le oí al enseñarme y describirme sus antiguallas.

¿A qué pintarte lo que tú, antes que yo, conocías? No sé; es que la pluma se complace en recorrer como líneas señaladas por puntos, perfiles de recuerdos, que se han quedado fijos en mi memoria como en una plancha de grabado al agua fuerte.

Pero si conoces el despacho, y sin duda las habitaciones todas de aquel inolvidable entresuelo, probablemente no conocerías (supuesto que sólo de negocios tratabas con el señor de Fueros) á sus dos hijas; cuanto más conocerías la menor.

D. Ramón, como sabes, es viudo desde hace seis ú ocho años. Le dejó al morir su esposa,—señora excelente á lo que he oído, aunque muy romántica, como que le cogió de lleno el romanticismo imperante del año 30 al 35,—le dejó, decía, á más de un cuantioso caudal, dos niñas, una de doce á trece años y otra de diez y ocho á veinte.

Habrás visto y hablado tal vez, repito, á la pequeña, Angelita; jovial, vivaracha y comunicativa como ella sola; algo morena, de pelo castaño, más graciosa que bonita, pero en extremo graciosa. Es de esas jóvenes con las que se intima al segundo coloquio, que quizá no llegan á apasionar nunca, pero que nunca dejan de agradar y de inspirar afecto. Era el alma, y como la luz y el calor de las reuniones; para cada persona tenía una sonrisa y para cada ocurrencia una carcajada. No paraba un punto, y ni un punto se aburría ni dejaba aburrir á nadie. Parecía propiamente un ave: golondrina en el paseo; pavo real en el salón; en el charlar cotorra y en el cantar calandria.

La hermana mayor, Teresa, significaba el polo opuesto; no parecían hermanas. Frecuentaba yo más de un mes la casa y aun no la conocía. Sabía que Angelita tenía una hermana de más edad; había oído que era guapísima, y me habían contestado, al preguntar por qué no salía á la sala los jueves: «¡Qué quiere usted! ¡Es tan rara!»

Un jueves, por fin, salió; parece que se lo había ordenado terminantemente su padre, y con el señor de Fueros no se podía andar con bromas. Salió, pues, y aunque me llames, como tantas otras veces, impetuoso, impresionable y exagerado, te diré que quedé absorto ante semejante criatura.

¡Qué mujer, Leonardo, qué mujer! En la plenitud de la vida y de la belleza; alta, fuerte, robusta; de color pálido pero no enfermizo; de cabellos y ojos negros como la noche... pero noche rica en luceros, á juzgar por sus ojos; de labios de color de fuego y que como el fuego quemaban; de seno elevado y recio como un peto de la Edad media; de encanto, en suma, tan poderoso é imperativo, que tengo por necio ó de estuco al hombre que al verla no se sintiese, sin más preámbulos, enamorado furiosamente de ella.

No escapó á la penetración de Calipso el trastorno que la presencia de Teresa produjo en mi inflamable persona. Acudió al quite dirigiéndome á hurtadillas una mirada muy elocuente, acompañada de un pisotón más elocuente todavía. ¡Pero bueno estaba yo para hacer caso de ojos ni de pies que no fueran los de Teresa!

Dirás, para tu sayo, – estoy seguro,—que, como de costumbre, me dejé arrebatar de la primera impresión y que sin más ni más solté á correr hasta desbocarse mi fantasía... Pero te juro que si tú conocieras á la primogénita del señor de Fueros, – pues repito que no la habrás visto, ó la habrás visto de lejos ó de paso,—si no te entusiasmabas como yo, aprobarías por lo menos mi entusiasmo.

Luego, ¿á qué andarme con remilgos escribiendo á un hombre y por añadidura tan amigo mío como tú? La belleza de Teresa es de las que tocan á rebato á los sentidos. Será tal vez que yo he pecado siempre de epicúreo, – de cuyo pecar no me arrepiento; – será que, enamorado ó no, siempre he buscado en la mujer algo más que los dones del espíritu; será lo que fuere; lo cierto es que Teresa, desde que la conocí, me inspiró un deseo amoroso tan ardiente, que si su ardor se hubiera convertido en llamas reales y efectivas, poco hubiera tardado en arder el entresuelo de D. Ramón...

Por otra parte, adiviné ó creí adivinar, – juzgando tal vez por mi impresión la ajena, – que Teresa, á pesar de su apariencia fría y dura, á pesar de su talante severo y casi esquivo, era como las chimeneas modernas: por fuera mármol labrado y ligera pantalla de seda ó cristal; por dentro un horno.

Escapé, sin disimularlo mucho, del lado de Calipso, – que se quedó mordiendo el pañuelo á falta de carne de Rafael, – y acercándome á Angelita, le rogué que me presentase á su hermana. Cumplió al punto mi ruego, y á pesar de que Teresa me recibió ceremoniosamente, menudeé con ella las galanterías, acentuándolas bastante más de lo que es uso cuando sólo forman parte de los juegos de conversación.

Pero repuso, – ó dejó de responder, – con tal sequedad á mis avances, que me dejé arrebatar por el despecho; dí media vuelta, tan bruscamente que pudo semejar grosería, y volví, enviando muy enhoramala á la orgullosa señorita de Fueros, á sentarme al lado de Calipso, que se había comido ya la mitad del pañuelo.

Para excusar mi escapatoria y para vengarme, ¡qué necedad! de la esquivez de Teresa, hice tales extremos con la semi-viuda que todo el mundo se fijó en nosotros, y hubo necesidad de que Angelita, que era un diablo de chiquilla á quien nada le caía en saco roto, se instalara en el piano y preludiase un wals que puso en movimiento y distrajo á la gente joven.

Nos reportamos, al fin, mi amiga y yo, y la archiduquesa Teresa de Austria (como yo la confirmé para mis adentros) se dignó reparar en las maniobras de Telémaco y Calipso, mediante las cuales habíamos divertido de lo lindo á la reunión durante un cuarto de hora.

Llegó la de que ésta, terminase, y cada cual se encaminó á su domicilio. Me despedí muy políticamente de Teresa, la cual, ¡cosa rara! al darme la mano sonrió.

La sonrisa me valió un empellón mayúsculo de Calipso, que sofocada por el calor de la sala y por la rabieta, al salir al fresco de la calle cogió un pasmo que le costó diez días de cama.

Consigno este hecho, no tanto (lo confieso avergonzado) por lo que atañe á la salud de mi entrañable amiga, cuanto porque á causa de su indisposición no pudo asistir el jueves siguiente á casa de las de Fueros. Yo, en cambio, fuí, á pesar de haberle prometido pérfidamente lo contrario.

Aquella noche D. Ramón, que era muy aficionado á la música, había llevado á un notable pianista que tenía embelesada á la tertulia. Hallábanse agrupados todos al rededor del piano, y yo, más mohino de lo que era justo por no haber divisado en ninguna parte á Teresa, pasé del salón al gabinete y de éste al despacho, donde solía entrar á fumar un cigarrillo.



¡AH!!!... apunte para un cuadro de A. Fabrés

Al ir á dejarme caer, aburrido, en un sitial gótico,—procedente sin duda del coro de un monasterio,—volví los ojos al mirador que daba, de día, luz al despacho, y reconocí la figura de Teresa, asomada al exterior y vuelta de espaldas. Disfrutaba sin duda del apacible ambiente de la noche: estábamos en junio.

Me acerqué á ella, y poco más ó menos, sostuvimos este diálogo:

– A los pies de V., señorita.

– ¡Hola! ¿Es V., señor de Mendoza? ¿Y cómo ha venido V. estando enferma Calipso?

¡Ah! dije para mis adentros: ¡peleamos sin visera y frente á frente! ¡Pues no seré yo el que retroceda! Contesté en voz alta:

– Porque vengo á ver á usted.

– ¡A mí! ¿Y para qué?

La pregunta, por lo terminante, hubo de dejarme perplejo y algo turbado. Verdad es que había salido también al balcón y que tenía junto á mí el rostro de Teresa, bañado de lleno por la luz del farol más próximo de la calle, y la hermosura de aquel rostro me atraía de igual modo que atrae en una gran altura el abismo: siente uno deseos de precipitarse á él, sin reparar en el peligro.

—¿Para qué? – repetí; – para decirle á V. una cosa muy antigua y muy cursi, pero que no puede decirse de otro modo: que desde hace ocho días, desde el mismo momento que la ví á usted, me tiene V. perdidamente enamorado.

– ¿De veras?... ¿Y Calipso?

– ¡Dale con Calipso! Dejémosla en la cama, ya que está enferma.

– Corriente, la dejo; pero el jueves próximo estará ya buena, á Dios gracias, y vendrá.

– Es posible,—repuse impaciente, – pero...

– ¿Y qué hará V. en tal caso?

No eran preguntas las de aquella mujer, eran incisiones con una navaja de afeitar; tal me parecían de frías y cortantes.

– Pues... haré... haré lo que usted quiera.

– Muy bien. ¿Y si lo que quiero es que en toda la noche se acerque V. á Calipso?

No era cosa de titubear; además, si su lengua era, como apuntado queda, un tajante cuchillo, sus ojos eran dos puntas que se me hundían en las entrañas. Sin embargo, unas y otras heridas me deleitaban tanto que quería hacerlas más profundas.

– No me acercaré en toda la noche.

– Tendrá V. que reñir con ella.

– Reñiré.

– ¿Y qué habrá V. ganado con ello?

– Obedecer á usted.

– ¿Y nada más?

– Usted juzgará si merezco alguna recompensa.





PINTURAS DECORATIVAS, de Arturo Fitger

–¡Ah! ¿Luego obra V. por interés?

–Sin duda.

–¿Cuál?

–El de agradar á usted.

–Es que V. no me desagrada.

–¿De veras?

Esto fué casi un grito, y con toda el alma.

–¿Quiere V. hacerme el obsequio de ver dónde está mi padre?

Me asomé al salón, volví y dije:

–Entregado en cuerpo y alma á una «polonesa» de Chopin que está tocando el pianista.

–Bien; acerque V. dos escabeles: estaremos mejor sentados... Sí, aquí, al balcón. ¡Qué noche tan hermosa! ¿Verdad?

–A mí me parece tempestuosa.

–¿Cómo?

–Al lado de V. un hombre que siente no puede estar en calma.

–Ya... ¿Y está V. muy enamorado de Calipso?

–¡Pero Teresa!...

–¿Quiere V. responderme?

–*Quiero... Lo estuve algo*, algo nada más; pero dejé de estarlo el jueves último.

–¡Ah!...¡Pobrecilla!

–Hace V. mal en burlarse de ella, y más aún en prevalerse de estas confesiones, que usted me arranca sin que pueda yo resistir.

–Míreme V. á la cara, señor de Mendoza, –y se irguió altanera, –y dígame si me cree capaz de los chismes é intrigas de otras mujeres.

–Perdone V., –balbuceé ofuscado.

–Quedamos, pues, –siguió Teresa con el mismo acento cortante, –en que no quiere usted ya á Calipso.

–Y en que sólo quiero á usted.

–*Corre V. que vuela.*

–¿Ha visto V. nada que corra con más rapidez que un incendio?

Te juro, Leonardo, que hablaba como sentía.

Dobló Teresa la cabeza sin contestar; permaneció breves instantes silenciosa, y después, alzando el semblante y mirándome de hito en hito, dijo con voz dura y acento grave:

–Usted no sabe que tengo novio...

La temperatura cambió para mí de improviso al oir esto de manera que sentí el mismo frío que en diciembre.

–¡Novio!... ¿Y quién es? –pregunté con rabia.

–Nada importa para el caso.

–¿Y dónde está?

–Repito lo mismo. Sin embargo, para que vea V. si soy complaciente, le diré que no está en Madrid.

–¿Y V. le quiere?

–¡Oh! amigo mío, eso es mucho preguntar.

–Tiene V. razón. Me paso de indiscreto y aun de importuno. *Usted perdone. A los pies* de usted.

Y me aparté para marcharme; no veía de pena y de coraje.

–No sea V. tan vivo ni, sobre todo, tan exigente. Aguarde V. el fin... Ya sabe V. que hasta el fin nadie es dichoso.

No sé yo, querido Leonardo, si lo que hacía aquella peligrosísima mujer era y se puede llamar coquetería. Lo negaba en cierto modo su actitud, siempre arrogante; el fulgor, más bien sombrío que provocador, de sus ojos; el sonido penetrante y duro de su voz.

Sé tan sólo que me detuve mareado, lo que se llama mareado, como si anduviese por alta mar en una lancha... Y lo peor es que navegando en plenas olas con tal embarcación lo de menos es marearse; porque hay riesgo inminente de naufragar.

Como sucedió. Verás, si no, lo ocurrido.

–Hace V. mal en burlarse de mí...—continué,— ó por lo menos en echar á broma lo que hablamos, porque me tiene de tal manera trastornado la hermosura de usted... (esto lo decía yo muy junto á ella, echando lumbre por los ojos y con el gaznate seco) que daría, ¡ya lo creo que los daría! diez años de vida por... por...

Al llegar aquí noté que iba á cometer un tremendo desaguisado, y pude contenerme.

–¿Por qué?

–Por nada, –contesté fosco.



ESTUDIO, de Rafael Sanzio, copiado del original que se halla en el Museo Albertina de Viena

–Me fastidian soberanamente las personas que en sus palabras ó en sus acciones se quedan á mitad camino.

¿Aquello era desafiarme?

–Es que temo...

–Lo que ha de temer V. es impacientarme, como lo está V. consiguiendo, ó cansarme, como lo va V. á conseguir... Con que hable V. claro y pronto, –ordenó con imperio, acercándome la cabeza á la vez que clavaba sus ojos en los míos como dos arpones de hierro.

«El todo por el todo,» pensé enloquecido.

–Pues bien, los daría... por un beso.

No bien pronuncié frase tan audaz, me arrepentí... El efecto que le produjo á Teresa fué terrible; se le encendió el rostro como si fuese de cristal y tras de él ardiese de improviso una hoguera; luego se puso otra vez pálida, ¿qué digo pálida? blanca como el papel en que te escribo. Noté al propio tiempo claramente que temblaba de pies á cabeza, y tanto, que retrocedió y se dejó caer en el asiento más próximo al balcón, cual si le faltara apoyo para sostenerse.

–¡Teresa! –exclamé asustado. –¿Qué le pasa á usted? ¡Perdóneme V.! ¡Estoy loco, loco! Yo...

Resonaron aplausos en el salón; luego, muy cerca, voces; había terminado sin duda su misión el pianista, y los oyentes se diseminaban por las habitaciones para charlar. Ibamos á tener testigos en el despacho de D. Ramón; quizá á D. Ramón mismo.

Teresa se irguió con el ímpetu de una hoja de acero toledano que después de encorvada se suelta; me dijo con voz precipitada y ronca, pero clara: «Mañana, á las dos, bajo de estos balcones;» y salió con tal rapidez por la puerta de escape, que cuando llegaron tres ó cuatro fumadores al despacho, sólo me vieron á mí con la misma cara y ademán que si me hubiera caído encima de la cabeza el colosal montante de la panoplia del señor de Fueros.

Adivinarás fácilmente que aquella noche no volvió á salir Teresa á la tertulia y que á la siguiente, ó más bien á la madrugada del tercer día, estaba yo, como buen galán español, al pie de los balcones de la casa. Porque, claro es, que las dos, hora á que me había citado la terrible hermana de Angelita, no podían ser las dos de la tarde, hora de mucho tránsito por el Prado, incluso por aquella parte, frontera ya al Jardín Botánico y la menos concurrida.

En cambio, después de media noche apenas cruzaba nadie por allí, y por lo tanto, á excepción del sereno, sólo una ó dos personas ví pasar en todo el tiempo que *permanecí junto á los balcones*.

Eran éstos muy cercanos al suelo; D. Ramón padecía de agobios y no podía subir escaleras; por esta razón habíase edificado años hacía aquella casa, dotando como sabes, de la mayor comodidad, holgura y buen aspecto el piso que, más que entresuelo, era bajo.

Las dos y siete minutos señalaba mi cronómetro de bolsillo cuando se abrió, muy despacio, según era de presumir, el último balcón de la fachada, hacia la parte de Atocha; asomó Teresa, me vió, sacó un almohadón al alféizar y sentándose en él, al ras del pavimento de la habitación, me increpó antes de que yo abriese la boca, en estos términos:

–*¿Cómo está Calipso?*

–Pero Teresa...

–¿Cómo está Calipso?

–Mejor.

–¿Sigue aún en cama?...

–Sí.

–Y V., ¿ha pasado allí la tarde?

–¡Yo!

–O tal vez la noche, hasta ahora...

–¡Pero Teresa!

–Si no me contesta V. clara y terminantemente á todo, sin embajes ni disimulos, no aguardaré tanto como el jueves; cerraré el balcón y le dejaré á V. solo.

Decía esto con el aire enérgico y decidido que le era peculiar; yo la miraba hablar, y de golpe comprendí lo que *medio barruntaba* desde la última noche en que habíamos conversado.

Teresa, sería buena ó mala; fría como una losa de sepulcro ó ardiente como una bocanada del infierno; me querría por amor ó por juego, para su dueño ó para su domingüillo, pero era indudablemente una mujer especial, exterior y casi superior á las leyes sociales en uso, y con la cual sería un sandio si empleaba el lenguaje, los recursos y las costumbres de los devaneos triviales y de los galanteos ordinarios.

Aunque la comparación te parezca rara, diré que había que tratarla como un domador á una leona: de frente y sin rodeos ni artimañas; pronto á la lucha, pronto á la muerte quizá; ora complaciéndola, ora amenazándola, sin engañarla nunca, ni pensar nunca que era una gata y no una leona: resuelto á que se me rindiera ó á que me devorase.

–Sí, vengo ahora de su cuarto, –dije.

–Hace V. bien en ser franco.

–*Por lo mismo añadiré* que la he querido, que la quiero todavía, pero que V., sobre todo cuando me mira y está cerca, me subyuga de un modo que ya no hay quien conserve ascendiente sobre mí.

–Sí, pero cuando se aleja usted...

–Si llevara conmigo un recuerdo que fuera para el alma como el sello candente de los antiguos forzados para el cuerpo, ya no habría, ni ausente ni presente, nada para mí en el mundo más que usted.

–Ese sello, –y sonrió de manera que casi me dió miedo, –es por el que daría V. diez años de vida, ¿no es verdad?

–Sí.

Callamos.

–¿Y qué piensa V. hacer de Calipso?

–¿Y V. de su novio?

–¡Mi novio!...Contésteme V. terminantemente, como á mí me gusta, y al punto trataremos de mi asunto, se lo prometo.

–Pues bien, terminantemente, haré lo que V. quiera.

–No ir á verla.

–No iré.

–*No recibirla V. en su casa...*

–¡Cómo! ¿V. piensa?...

–Estoy segura.

–No vendrá.

(Continuará)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN